ALFAGUARA

Sergio Ramírez

La maldición de Ramfis



Narrativa Hispánica PREMIO CERVANTES

Sergio Ramírez

La maldición de Ramfis

ALFAGUARA

Dedicatoria

Para Carlos Fernando y Desirée

Citas

El hombre malo, el hombre depravado,
Es el que anda en perversidad de boca;
que guiña los ojos,
que habla con los pies,
que hace señas con los dedos.
Perversidades hay en su corazón;
anda pensando el mal en todo tiempo;
siembra las discordias.
Por tanto, su calamidad vendrá de repente;
súbitamente será quebrantado,
y no habrá remedio.

Proverbios 6:12-15

¿Qué vale a ninguno lo que sabe si no lo procura saber y hacer mejor que otro? Exemplo gratia: si uno no es buen jugador, ¿no pierde? Si es ladrón bueno, sábese guardar que no lo tomen. Ha de poner el hombre en lo que hace gran diligencia y poca vergüenza y rota conciencia para salir con su empresa al corrillo de la gente.

FRANCISCO DELICADO
La lozana andaluza, Mamotreto XLI

Wikipedia
DOLORES MORALES

El inspector Dolores Morales (Managua, Nicaragua, 18 de agosto de 1959) es un antiguo guerrillero que participó en la lucha contra el dictador Anastasio Somoza Debayle (1967-1979), depuesto por la revolución triunfante del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en julio de 1979. Fue miembro de línea de la Policía Sandinista desde su fundación (más tarde Policía Nacional), y tras recibir la baja se convirtió en un investigador privado.

Biografía

Nacido en el barrio Campo Bruce, al oriente de la ciudad de Managua, su padre, también de nombre Dolores Morales, de oficio ebanista, y su madre, Concepción (Conchita) Rayo, se separaron, debido al mal vivir del primero, y la madre emigró en busca de fortuna a Costa Rica, donde se perdió todo rastro de ella. Por tanto, el niño, hijo único, fue criado por su abuela materna, Catalina Rayo, quien fue dueña en un tiempo de un estanco de aguardiente en las vecindades de la estación del Ferrocarril del Pacífico, y más tarde tuvo un puesto de abarrotes en el mercado San Miguel, ambos en el corazón de la vieja capital destruida por el terremoto del 22 de diciembre de 1972.

Siendo aún adolescente entró en las filas del FSLN bajo el seudónimo Artemio, y tras ser parte de los comandos urbanos en la capital, en 1978 pasó a incorporarse a una de las columnas guerrilleras del Frente Sur, que pugnaban por avanzar hacia el interior del país desde la frontera con Costa Rica, comandada por el sacerdote asturiano Gaspar García Laviana, de la Orden del Sagrado Corazón.

En noviembre de ese mismo año, en uno de los combates para apoderarse de la colina 33, el mismo donde cayó herido mortalmente el propio padre García Laviana, un balazo de Galil le deshizo los huesos de la rodilla. Tras serle amputada la pierna, pues amenazaba la gangrena, fue trasladado a Cuba donde le implantaron una prótesis.

Tras la creación de la Policía Sandinista resultó asignado a la Dirección de Investigación de Drogas, donde llegó a obtener el grado de inspector, y en esas dependencias se encontraba prestando sus servicios cuando sobrevino la caída del poder del FSLN tras las elecciones de febrero de 1990 que ganó la candidata opositora Violeta Chamorro (1990-1997).

Allí continuó sirviendo, sumido en el anonimato, en medio de las transformaciones sufridas por la institución, que pasó entonces a llamarse Policía Nacional, despojada de su carácter partidario. Apegado a la modestia, siguió usando su pequeño Lada de fabricación rusa, bastante maltratado.

Saltó a la fama en el año 1999, cuando bajo el Gobierno de Arnoldo Alemán (1997-2002), del mismo Partido Liberal de Somoza, encabezó un operativo que terminó con la captura de los capos de la droga Wellington Abadía Rodríguez Espino, alias El Mancebo, del cartel de Cali, y Sealtiel Obligado Masías, alias El Arcángel, del cartel de Sinaloa, sorprendidos en una finca de las laderas del volcán Mombacho, cerca de la ciudad de Granada, donde se daría una reunión de coordinación de ambas organizaciones criminales. Puestos en manos de la DEA, fueron llevados prisioneros a Estados Unidos.

Dada la corrupción ya imperante, el operativo desagradó a las altas autoridades del gobierno, y el ministro de Gobernación, en connivencia con el primer comisionado César Augusto Canda, ordenó su retiro del servicio, bajo el pretexto de que se trataba de una acción inconsulta, y así su carrera dentro de la institución terminó abruptamente.

Después de algún tiempo de inactividad, durante el cual sus tendencias a la bebida se hicieron evidentes, y ya bajo el nuevo régimen del comandante Daniel Ortega (2006-…), invirtió su fondo

de retiro, que habían tardado en liquidarle, en abrir una agencia de investigaciones privadas. A este fin logró rentar un módulo en el Shopping Center El Guanacaste, en el barrio Bolonia, al occidente de Managua, donde antes funcionó una tienda de ropa infantil. Armados de una cámara fotográfica, él y su asociada, doña Sofía Smith, se dedicaron a espiar y documentar los encuentros de parejas furtivas, por encargo de cónyuges ofendidos.

De esta rutina lo sacó un sorpresivo encargo del millonario Miguel Soto Colmenares, quien le solicitó investigar el caso de la desaparición de su hijastra, Marcela Soto Contreras, bajo oferta de un atractivo honorario. La pesquisa dejó patente la sórdida personalidad de Soto, y también sus vínculos con el régimen, que le permitieron amasar una fortuna fraudulenta, siendo su intermediario y valedor el comisionado Anastasio Prado, alias Tongolele, jefe de los servicios secretos, y un personaje ubicuo que prefería mantenerse en el anonimato; una biela maestra, pero silenciosa, de la máquina de poder.

El inspector Morales logró seguir el rastro de la desaparecida en los meandros del Mercado Oriental de Managua, conducido por un viejo conocido, Serafín Manzanares, alias Rambo, subalterno suyo en el Frente Sur; y habiendo traspasado los límites que su cliente le había impuesto, pues existía detrás un secreto que éste buscaba a toda costa preservar, nada menos el haber convertido a su hijastra en su amante forzada, razón de su huida, tramó una persecución contra él para neutralizar su injerencia en el caso. Pero dio con ella, Marcela denunció a su padrastro en público, y luego logró salir hacia Estados Unidos para encontrarse con su novio; el inspector Morales, mientras tanto, se había enamorado vanamente de la muchacha. Tras el desenlace del caso pasó escondido por un tiempo en Managua, pero Tongolele, que lo perseguía a petición de Soto, logró capturarlo y lo mandó al destierro en Honduras, junto con Rambo, a través del puesto fronterizo de Las Manos.

La misma medianoche en que había sido obligado a atravesar la frontera, al enterarse de que su compañera sentimental de vida, Fanny Toruño, enferma de cáncer, había sufrido una recaída, decide regresar a Nicaragua de manera clandestina, valiéndose del auxilio

del vendedor de lotería Genaro Ortez y Ortez, alias Gato de Oro. Emprenden el regreso a pie, por veredas, en compañía de Rambo, y en un tramo del camino, sicarios del régimen asesinan a Gato de Oro con el fin de amedrentar a su tío, monseñor Bienvenido Ortez O. P., párroco de la población fronteriza de Ocotal, y declarado opositor al régimen. Logran contactarlo, y él los envía a Managua disfrazados de curas, bajo el cuido del padre Octavio Pupiro, quien debe ponerlos en manos del padre Francisco Xavier Aramburu (padre Pancho), párroco de la iglesia de la Divina Misericordia.

Al llegar a Sébaco, a medio camino de Managua, se encuentran con las primeras manifestaciones de la rebelión que empieza a crecer en el país en contra de la tiranía, y que se centra en el repudio a los árboles de la vida, estructuras metálicas que la primera dama ha mandado a erigir como símbolos mágicos del poder, bajo los consejos de la profesora Zoraida, la quiromántica oficial, madre de Tongolele, el jefe de los servicios secretos. La primera dama transmite a ambos sus instrucciones a través de la caja china, transportada cada vez bajo escolta militar y con gran solemnidad protocolaria.

Ya acercándose a Managua, el padre Pupiro recibe por teléfono la noticia de que han agredido a monseñor Ortez al salir de la casa cural en Ocotal, golpeándolo con un tubo en la cabeza, y que lo traen en una ambulancia para ser atendido en el Hospital Metropolitano. Mientras tanto, llegados a su destino, y recibidos por el padre Pancho, el inspector Morales logra reunirse con doña Sofía en la casa cural de la iglesia de la Divina Misericordia; discuten entonces acerca de dos mensajes misteriosos, que llevan como firma al pie la mascarita del personaje de la tira cómica *V. de Venganza*, dirigidos al propio inspector Morales, y donde se revelan los nombres, y aun se incluyen fotografías de los responsables tanto del asesinato de Gato de Oro, como del atentado contra monseñor Ortez.

Doña Sofía crea una cuenta de Twitter para divulgar esos mensajes, y otros que irán llegando; mientras tanto, crecen las protestas en las calles, crece la represión, y al mismo tiempo progresa dentro de los meandros mismos del poder una conspiración

contra Tongolele en la que participan dos lugartenientes suyos, Pedrón y la Chaparra, dirigida por el comisionado de policía Arquímedes (el enano) Manzano, quien busca sustituirlo en el puesto.

Tongolele es degradado, y a través de la caja china recibe órdenes de ponerse bajo el mando del comandante Leónidas, antiguo jefe guerrillero que se había pasado a las filas de la contra, para luego regresar al lado del régimen, y ahora encargado de jefear las fuerzas paramilitares que ejecutan la operación limpieza mediante la cual son reprimidas a sangre y fuego las protestas y se desmontan las barricadas levantadas en las calles. En el curso de la operación es sometida a ataque la iglesia de la Divina Misericordia, llena de estudiantes que han buscado refugio en sus predios tras el asalto al campus vecino de la Universidad Nacional. La represión dejará en el país un saldo de más de cuatrocientos muertos, centenares de heridos y prisioneros, y miles de exiliados.

En uno de los episodios de la operación limpieza, tras haber sido incendiado un inmueble donde funciona una fábrica de colchones, y que es a la vez vivienda de la familia propietaria de la fábrica, que perece entre las llamas, Tongolele, a cuyas órdenes se halla la fuerza que ejecuta el incendio, es asesinado como culminación de la conjura en su contra. El inspector Morales, quien, igual que doña Sofía logra salir de la iglesia de la Divina Misericordia, cercada por las fuerzas paramilitares, va a refugiarse en casa de la Fanny, cuya enfermedad avanza cada vez más, y se casa con ella en una ceremonia oficiada por el padre Pancho, el mismo día en que monseñor Ortez es enviado al exilio en Roma con un cargo fantasma en la burocracia del Vaticano. El silencio y la represión se imponen sobre el país, las cárceles llenas de prisioneros…

Relaciones sentimentales

En el Frente Sur el inspector Morales conoció a la joven panameña Eterna Viciosa, de seudónimo Cándida, combatiente de la columna Victoriano Lorenzo, con quien contrajo matrimonio en ceremonia oficiada por el padre García Laviana. Fue una relación que no habría

de durar, dada su afición constante a las camas ajenas, debilidad suya más persistente que la del licor.

Su relación más duradera es la que establece con Fanny Toruño, con quien se casa, según se ha ya mencionado; cuando la conoció era telefonista de servicio al público en la empresa de telecomunicaciones ENITEL, casada con un topógrafo del Plantel de Carreteras, quien la abandonó cuando la supo enferma de cáncer. Se convierte en colaboradora suya, al opinar libremente sobre las investigaciones en marcha, y acertar no pocas veces en sus juicios.

Asociados más cercanos

En las pesquisas que precedieron a la captura de los capos de los carteles de Cali y Sinaloa, tuvo un papel preponderante el subinspector Bert Dixon, Lord Dixon, originario de la ciudad de Bluefields, en la costa del Caribe, también antiguo combatiente guerrillero, quien pereció a consecuencia de un atentado en el barrio Domitila Lugo de Managua, cuando el Lada del inspector Morales, en el que ambos viajaban, fue ametrallado por sicarios al servicio de los mencionados carteles. Difícilmente logró reponerse de la muerte de Lord Dixon, dada la íntima amistad de ambos.

Destaca en su entorno doña Sofía Smith, de quien se ha hecho ya referencia. Colaboradora de las redes clandestinas del FSLN durante la lucha guerrillera, en su papel de correo, y madre de un combatiente caído en la insurrección de los barrios orientales de Managua en 1979, pasó a trabajar como afanadora en la Dirección de Investigación de Drogas, y dado su talento natural para las pesquisas policiales, se convirtió en asesora del inspector Morales. Disciplinada militante del FSLN en los años de la revolución, siguió fiel, sin embargo, a su fe protestante, feligresa de la iglesia Agua Viva en su barrio El Edén, el mismo donde tenía también su casa el inspector Morales.

Hechos políticos insoslayables

Para el tiempo en que se establece como investigador privado ocurren cambios políticos de trascendencia en Nicaragua, pues el comandante Daniel Ortega, quien había presidido el gobierno

durante la década revolucionaria de los ochenta, regresa al poder en 2006 gracias a un pacto con el expresidente Arnoldo Alemán, su antiguo adversario, y al respaldo del cardenal Miguel Obando y Bravo, su antiguo adversario también. Ortega ha permanecido en la presidencia a través de sucesivas reelecciones, la última de ellas en 2021, y ahora, junto con su esposa Rosario Murillo forma una dictadura bicéfala, conforme la reforma a la Constitución que da a ambos el título de copresidentes, con poderes para dirigir los órganos legislativo, judicial y electoral, lo mismo que autoridad suprema sobre el ejército y la policía. En la medida en que el matrimonio consolida su égida familiar, se consolida también una nueva clase de capitalistas provenientes de las propias filas del FSLN, o de su periferia, entre los más connotados el ya mencionado empresario Miguel Soto Colmenares…

(https://es.wikipedia.org/wiki/Dolores_Morales)

Introducción

Los sepultureros recogieron sus cuerdas y sus palas, y el inspector Dolores Morales golpeó el uno contra el otro los talones de los zapatos lustrados con esmero por doña Sofía esa mañana, buscando limpiarlos de la tierra que les había caído cuando rellenaban a paladas la fosa abierta entre los nichos y las cruces de abigarrados colores del cementerio Milagro de Dios, en los confines de las barriadas del sudeste de Managua.

Doña Sofía también lo había obligado a ponerse una corbata negra que le colgaba desmadejada por debajo del cinturón, y así vestido, con una camisa blanca de mangas cortas y unos jeans que le quedaban flojos de las nalgas, porque había adelgazado en las últimas semanas, parecía más bien el ayudante del chofer del carro fúnebre, que, agobiado por el solazo, fue a buscar refugio a la sombra de un guarumo mientras discurría el funeral.

La Fanny había muerto poco antes de la medianoche del 18 de noviembre y fue velada en la funeraria Reñazco de Planes de Altamira, cercana a la iglesia San Agustín, donde ofició la misa de cuerpo presente el padre Pitito, un cura italiano ya muy viejo que se apoyaba en un andarivel para ir de la silla presbiterial al altar.

Desde allí habían partido hacia el cementerio, el inspector Morales junto al chofer en el asiento delantero del carro fúnebre, un Chevrolet de tiempos idos que hacía sonar sus latas en cada bache, más numerosos a medida que dejaban atrás las calles de Villa Venezuela y entraban en Villa Milagro; en el resto de la comitiva iban Dionisio, el cuñado de la Fanny, al volante de la camioneta de reparto de cilindros de gas butano con la que se ganaba la vida en Ciudad Sandino; a su lado en la cabina, su esposa Ilusión, la hermana menor de la Fanny, armada de unos grandes anteojos

oscuros imitación de Gucci; y apretada junto a la puerta, doña Sofía, que estrenaba el vestido de popelín negro cosido por ella misma con anticipación. Apiñados en taxis y en motocicletas iban los vecinos del callejón de la Carlanca que se habían atrevido a asistir, venciendo el miedo, porque era un funeral bajo asedio. A la cola los seguía una Toyota Hilux con seis efectivos de la Policía Nacional en la tina, todos con pecheras antibalas y armados de fusiles Aka.

El padre Pancho, que sin duda los habría acompañado en el trance, había sido sacado de la casa cural de la iglesia de la Divina Misericordia una madrugada de mediados de agosto, tres meses atrás, en shorts y camiseta, como solía dormir, y conducido hasta la frontera de Peñas Blancas, donde fue forzado a atravesar a pie a territorio costarricense. Y cuando doña Sofía decía trance, no se refería sólo a la agonía y la muerte de la Fanny, sino también a lo que ella llamaba, y Lord Dixon le daba la razón, los desafortunados tropiezos del compañero Artemio.

Las cosas empezaron a descomponerse cuando el inspector Morales recibió la visita de un viejo colega de la policía antidrogas, ya hacía años retirado, el capitán Romeo Guardiola, a quien por sus orejas gachas y su aspecto desmañado al caminar apodaban Tribilín, el amigo de Mickey Mouse. Era guasón por naturaleza, y confianzudo, con habilidades histriónicas suficientes para fingirse traficante de drogas y así infiltrarse en los incipientes cartelitos que a finales de los años noventa empezaban a formarse en los barrios de Managua, como el de Los Pitufos en Monseñor Lezcano, o el de Los Mertiolatos de San Judas, que no pudieron correr muy lejos.

Había cambiado poco, según notó doña Sofía cuando le abrió la puerta una mañana de comienzos de aquel noviembre, salvo que tenía las orejas de perro de Walt Disney más caídas, y el hocico menos prominente, y en lugar de sus zapatones cosiclavos de antes, usaba ahora unos tenis Adidas tricolores que parecían nadarle en los pies. Nunca le cayó bien mientras lo trató en las oficinas de la plaza del Sol, siempre tomándola por mandadera para que le fuera a comprar cigarrillos, o incordiándola para que le sirviera café; y ahora, aunque se deshizo en zalemas al verla, no dejaba de darle un mal pálpito que apareciera de pronto en casa de la Fanny a buscar al

compañero Artemio, después de tantos años de no vérsele la cara. ¿Y cómo es que sabía dónde encontrarlo?

Y el inspector Morales, a pesar de las angustias y tensiones en que entonces vivía, con la Fanny cada vez peor, y encerrado como se hallaba por el temor de que fueran a capturarlo en la calle, sin poder salir siquiera a cortarse el pelo a la barbería, tarea que tocaba a doña Sofía, armada de unas tijeras de costura, recibió a Tribilín de buena gana, sin preguntarle siquiera cómo había dado con su paradero, y se sentó en la acera a conversar con él, entre risotadas del visitante que doña Sofía, entrando y saliendo del dormitorio de la Fanny en su papel de enfermera de cabecera, no dejaba de reprobar con rezongos.

Esas demostraciones la disgustaban no sólo porque en la casa se velaba a una agonizante, sino porque las encontraba majaderas, muy propias de lo que siempre había sido Tribilín, quien se daba cuerda a él mismo para reírse de cualquier cosa; aunque nadie pudiera haberle negado, en aquel entonces, la sangre fría de meterse camuflado entre los delincuentes peligrosos de los cartelitos, que ya debían muertes, como aquel Chico Mertiolato que había asesinado a su propio hermano por una mala rendición de cuentas. Y más la molestaba el hecho de que el inspector Morales celebrara sus algazaras, si no con carcajadas, que habría sido ya el colmo, con sonrisas de complicidad.

Volvió por varios días seguidos, siempre a la misma hora, las diez de la mañana, ya tan temprano con aliento a cerveza, y como había enfrente una pulpería, allí seguía abasteciéndose, y ya hubiera sido el colmo de los colmos que el inspector Morales aceptara acompañarlo a beber.

A retazos lo escuchaba contar lo bien que era tratado desde allá arriba. La casa que la Alcaldía de Managua le acababa de asignar en el proyecto de vivienda social Nueva Jerusalén, amoblada y equipada con electrodomésticos, ¿por qué el inspector Morales no solicitaba una?; la camioneta de doble cabina de segunda mano comprada por cuenta del fondo rotativo de la Asociación de Veteranos de la Policía, ¿por qué el inspector Morales no se inscribía en esa Asociación?; la canasta navideña con licores finos, nada menos que champán,

nunca había que tomarlo tibio porque sabe a orín de caballo, y vinos chilenos, latas de conserva, manzanas y uvas, chocolates extranjeros, iba a empezar a recibir su canasta este diciembre, ya estaba en la lista.

¿Y cómo es que tenés semejante vara alta?, le preguntó en una de tantas el inspector Morales. ¿Te acordás de la Chaparra?, preguntó Tribilín. No, no se acordaba. Estuvo en un tiempo en la plaza del Sol, en homicidios, pero al poco tiempo la transfirieron a seguridad personal; es mi prima hermana, Yasica Benavides, yo soy Benavides por rama de mi mamá; de seguridad personal pasó a inteligencia, a trabajar al lado de Tongolele, y allí conoció a su marido Pedrón, ¿de Tongolele sí te acordás? Y Tribilín se tiró una gran carcajada. Cuando vino la desgracia de Tongolele, que fue apeado del pedestal y acabó quemado en las barricadas, el cuerpo hacé de cuenta que era un tizón, se salvaron ellos dos de la debacle, y cayeron parados con el nuevo jefe, el comisionado Manzano, ¿tampoco lo conocés al enano Manzano? Y otra carcajada, cómo le herían los oídos a doña Sofía esas risas, ese sarcasmo. Los pasaron a los dos a retiro honroso, la Chaparra, mi prima, ascendida antes al grado de capitán, ella es una fiera, y bueno, le maneja unos negocios al comisionado Manzano, y sigue siendo su asesora personal, la oye en todo, así podés explicarte la fuente de mi dicha, porque si el enano Manzano te favorece, lo que resuelva tiene la bendición anticipada de la Compañera allá arriba; ya ves, mi hermano, todo es saber manejarse, navegar con cautela para sortear las olas, no ponerse contra la corriente, no andar de redentor para acabar crucificado. Carcajada.

Una de esas veces, en lugar de las risas de siempre, lo que doña Sofía pudo percibir fue un murmullo; Tribilín había bajado la voz, cambiando el tono chusco, y el inspector Morales le respondía con protestas apagadas, y muestras de reticencia. Algo más grueso que entrar en la lista de los beneficiarios de la canasta navideña le estaba proponiendo.

Aquel parlamento misterioso se repitió al día siguiente, y cuando Tribilín se marchó, el inspector Morales la buscó en la cocina, donde ella pelaba unos plátanos verdes para hacer los tostones que

comerían en el almuerzo. Con el rabo del ojo lo vio parado en el vano de la puerta que daba a la salita comedor, la cabeza baja, apoyando el peso del cuerpo en el bastón que sostenía con ambas manos. Lo conocía como si lo hubiera parido para darse cuenta de que algo grueso se le atoraba en el galillo.

—Tribilín me ha hecho un ofrecimiento que quería consultarle —balbuceó.

Lord Dixon se asomó en ese mismo momento por la puerta que daba al patio enclaustrado, donde tendían a secar la ropa:

—Esa actitud arrepentida denuncia que de antemano se declara culpable de algo que no sabemos, doña Sofía.

Doña Sofía cortaba enérgicamente los plátanos en rodajas, con un cuchillo que había perdido el mango.

—No me diga que Tribilín le ha propuesto irse juntos de payasos en algún circo ambulante.

—No sé por qué usted le tiene tanta mala voluntad. Bromista ha sido toda la vida, y a estas alturas eso ya nadie se lo quita —se quejó el inspector Morales.

—Ni que estuviera yo tan desocupada y ociosa como para ponerme a corregirle los modales a ese vago —doña Sofía echó aceite en la cazuela donde iba a sofreír las rodajas de plátano.

—¿Y no se ha puesto a pensar que su presencia me ayuda a botar las tensiones, aunque sea por un rato? —replicó el inspector Morales.

—Dígale que se deje de tantas remetálicas y desembuche de una vez —dijo Lord Dixon, que había vuelto a sacar la cabeza.

—A ver, compañero Artemio, no la dibuje tanto. ¿Cuál es esa propuesta? —doña Sofía se secó las manos en el delantal.

El inspector Morales se agachó con dificultad para recoger el bastón que se le había caído.

—Que internemos a la Fanny en el Hospital Militar para que reciba toda la atención que necesita. Allí va a tener su cuarto privado.

—Vaya poder el que tiene Tribilín para hacer esos ofrecimientos —doña Sofía sentenció lentamente con la cabeza.

—Es que, para decir verdad, no es propiamente Tribilín —la voz del inspector Morales se volvía menos audible.

—Ya vamos llegando donde debemos llegar. ¿Recadero de quién es ese caballero tan gentil? —dijo Lord Dixon, que se había metido en la cocina y en el apuro tropezó con el tacho de la basura.

—Ya me decía yo que ese mequetrefe que se ríe sin que le hagan cosquillas no apareció aquí por milagro —volvió a cabecear doña Sofía—. ¿Y de parte de quién viene?

—Dice que del comisionado Manzano —respondió cabizbajo el inspector Morales—. La Chaparra, una prima de Tribilín que trabaja con él, le habló del caso, y la respuesta fue positiva.

—Primer eslabón, la Chaparra, una esbirra hecha y derecha. —Doña Sofía aplastaba con un majador las rodajas de plátano ya sofritas—. Siguiente eslabón, el enano Manzano. Fíjese bien en qué honduras se está metiendo.

—Ninguna hondura, sé bien dónde pongo mis pies —protestó, contrito, el inspector Morales.

—Le están tendiendo una trampa, compañero Artemio —sentenció doña Sofía mientras echaba más aceite en la paila para freír los tostones.

—¿Qué trampa puede ser ésa? —intentó alegar el inspector Morales—. La Fanny va a estar superbién, con la atención de los mejores especialistas, con enfermeras las veinticuatro horas.

Doña Sofía fue a echar en el tarro de desperdicios las cáscaras de los plátanos y Lord Dixon tuvo que apartarse para dejarle paso.

—¿El enano Manzano tiene por sí mismo potestades sobre el Hospital Militar, compañero Artemio?

El inspector Morales había dado unos pasos tímidos para acercarse a ella.

—Pues necesariamente tuvo que consultarlo con la Compañera.

—Como me estoy quedando sorda, a veces no sé si es que no he oído bien. —Doña Sofía iba echando uno a uno los tostones en la cazuela, y comenzaron a dorarse—. ¿Ha dicho «la Compañera» o la «Compañía»?

—No me la ponga difícil, doña Sofía, que ya suficientes angustias estoy pasando para que usted me las aumente con sus burlas —abatió la cabeza el inspector Morales—. La Compañera.

—¿Compañera de quién? Compañera mía no es, ni suya tampoco —doña Sofía fue sacando los tostones de la cazuela con un tenedor.

—Así se habla, doña Sofía —dijo Lord Dixon haciendo amago de aplaudir.

El inspector Morales se volvió hacia él con el bastón en alto.

—Y vos, no sigás soliviantando a doña Sofía. ¿Qué querés? Por lo menos así la Fanny va a tener oxígeno para que no muera asfixiada.

—Ya no me meto más —dijo Lord Dixon y retrocedió con las manos en alto—. Pero después no se queje cuando le cobren los diezmos y primicias.

Doña Sofía secaba ahora los tostones con una servilleta de papel.

—Usted ya es mayorcito, compañero Artemio. Sabe a lo que se mete. Así que, adelante, yo no lo detengo.

—Nada me están pidiendo a cambio, no hay ningún compromiso —la voz del inspector Morales era mansa—. Y he pensado que así usted descansa. Ya son muchos días de desvelo.

—Por mí no se preocupe, que yo aguanto. —Doña Sofía regaba sal sobre los tostones—. Pero ya veo que quien no ha aguantado es usted.

Lord Dixon se alejó por donde había venido, y volvió a tropezar con el tacho de la basura.

—El que por su gusto muere, que lo entierren bocabajo… —dijo.

Un cortejo de médicos de gabachas verdes, paramédicos en overoles naranja y enfermeras de uniformes y tocas almidonados se presentó temprano de la mañana en la casa, y en medio de la expectación de los vecinos del callejón de la Carlanca, aglomerados en las puertas, los paramédicos sacaron en una camilla de ruedas a la Fanny para subirla a la ambulancia de brillante carrocería que esperaba junto al andén.

Pese a sus reticencias, doña Sofía la acompañó en el viaje hasta el Hospital Militar, en las inmediaciones de la plaza España, mientras el inspector Morales iba detrás, como pasajero del carro de Tribilín, quien se había presentado al mismo tiempo que el equipo médico y permaneció vigilante de la operación del traslado mientras reportaba constantemente por medio de su celular.

Le asignaron a la Fanny una suite junior, y una mañana que el inspector Morales se hallaba solo en la salita de estar, porque doña Sofía había ido a la casa a cambiarse de ropa, y Tribilín, contra su costumbre, no se había presentado a hacerle compañía, entró, sin haber tocado la puerta, una reportera del Canal 4 Multinoticias, una de las televisoras oficiales. La muchacha, de pelo teñido color caoba y metida en carnes, llevaba unos anteojos de montura celeste que le quedaban grandes.

Por todo saludo le informó que el canal preparaba un programa donde se recogían las valoraciones de nicaragüenses patriotas, entre ellos veteranos de la policía y de las fuerzas armadas, sobre la cruzada del Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional para derrotar el golpe de Estado en marcha desde abril de ese año.

—Tengo afuera las cámaras, no le quito más de cinco minutos. —Y adelantó un paso para que el inspector Morales la siguiera.

Pero él no se movió del sillón, y le sonrió apenas:

—Mejor buscá gente conocida. Yo soy del montón, y a nadie le importan mis opiniones.

Ella se llevó el dedo al puente de los anteojos porque se le resbalaban constantemente por la nariz:

—Usted es más famoso de lo que cree. Y si quiere oír un consejo sano, no le conviene decirme que no.

Siguió sin moverse, y volvió a sonreírle:

—Te agradezco el consejo, pero decile a quien me puso en tu lista que yo no doy entrevistas ni chiquitas ni grandes.

Cuando la reportera se había ido, apareció Tribilín, con cara de reproche:

—Ideay, maje, ya la cagaste toda, no jodás. ¿Y ahora?

—¿Ahora qué? —lo desafió el inspector Morales.

—¿Qué vas a hacer con tu moribunda? La van a sacar del hospital —se rio Tribilín con desgano.

El inspector Morales se puso de pie y se le acercó tanto que el otro tuvo que retroceder.

—¿Éste era el cobro, muy cabrón?

—Era la primera cuota —se rio otra vez Tribilín, con cara de tristeza—. Pero ahora vas a tener que pagar el principal con los

intereses, y las costas por daños y perjuicios.

Esa misma tarde lo llamaron para que se presentara en la administración del hospital. La permanencia de la paciente a partir de ese día correría por cuenta propia. Y a la noche la Fanny estaba de vuelta en el callejón de la Carlanca, trasladada por una ambulancia de la Cruz Roja que hubo que solicitar con insistencia.

Las visitas de Tribilín cesaron, y, en cambio, una patrulla de la policía se instaló frente a la casa, y otra en la entrada del callejón. Los vecinos eran requisados cuando entraban y salían. Agentes de civil seguían a doña Sofía cada vez que iba hasta la miscelánea a hacer la compra, y el inspector Morales desistió siquiera de asomarse a la puerta.

Cuando regresaron del funeral, los agentes de la patrulla que los habían seguido desde el cementerio no se quedaron dentro del vehículo, como siempre, sino que ocuparon el andén, y las voces de las comunicaciones por radio podían escucharse desde dentro de la casa.

—Se la van a llevar presa a usted también, doña Sofía —dijo Lord Dixon—. Se acabaron los plazos.

—A una vieja para qué la quieren, me les puedo morir en la tortura —respondió ella.

—No se quede a averiguarlo —dijo Lord Dixon—. Y este cabeza de fierro de su amigo que no crea tampoco que la cosa es jugando. Le pueden quebrar la vida.

—Ya se lo he advertido, pero hagamos de cuenta que hablo con una pared —se quejó ella.

—Imponga su autoridad, doña Sofía —dijo Lord Dixon—. Háblele como una madre a un hijo. Tienen que irse. Y es hoy mismo.

—Ni que resucitara su abuela Catalina lo convencería —negó doña Sofía con aflicción—. ¿Y usted? Háblele. Usted tiene ascendiente sobre él.

—Cuando no quiere oírme no me pasa palabra, como ahora, que hace como que no existo —dijo Lord Dixon.

El inspector Morales, hosco de semblante, se mostraba terco frente a doña Sofía, pero estaba consciente de que el cerco se estrechaba, y terminaría en el Chipote, donde había ahora

centenares de presos políticos, aislado en una celda en total oscuridad, o con la luz encendida noche y día.

A través de Dionisio, el cuñado de la Fanny, vendedor de gas butano, contactó a una red de coyotes que operaba desde Ciudad Sandino, quienes se comprometieron a sacarlo clandestino hacia Costa Rica. El mismo Dionisio le prestó los ochocientos dólares cobrados por los coyotes. Pretendía irse solo, pues pensaba que una vez fuera de Nicaragua dejarían en paz a doña Sofía, y por eso mantenía en secreto frente a ella sus planes.

Pero la medianoche en que los coyotes iban a recogerlo en el callejón trasero, lindante con el patio de tender la ropa, y se disponía a trasponer el muro de bloques, ella apareció de pronto a su lado, en la mano un maletín donde había metido unos pocos trapos.

—No va a ser así nomás que se deshaga de mí —le advirtió, en tono de reproche.

Y entonces la ayudó a escalar de primera el muro.

1. El Sea Cloud a la vista

Doña Sofía flotaba bocarriba, mecida en el lomo de agua, como si el mar estuviera devolviendo su cadáver desde las profundidades. Luego se hundió verticalmente, empujándose con los pies, y resurgió, sacudiendo la cabeza.

—¡Qué mar tan comedido, nada borrascoso como el de Nicaragua! —alzó la voz para dejarse oír.

Avanzó hacia la orilla, su figura a contraluz oscurecida por el resplandor solar. Arrastraba los pies para evitar el aguijón de alguna raya traicionera, el camisón de dormir con que se había metido a bañar esponjado como una vela.

—¡Un mar tico, y por tanto muy educado! —gritó también el inspector Morales desde el borde del agua.

Apoyado en equilibrio en el bastón, como una vieja garza, las olas lo alcanzaban débilmente y le lamían el único pie.

—Parece mentira, si apenas a media hora en lancha ya es mar de Nicaragua. —Doña Sofía sacudía la arena de las chinelas de hule antes de ponérselas.

—Ya ve lo que son las diferencias de carácter. —El inspector Morales no dejaba de vigilar el horizonte, haciendo visera con la mano—. No sólo las olas. Aquí en Costa Rica, cuando los perros lo muerden a uno, enseñan primero su tarjeta de vacunación.

La vistosa calzoneta de colores sicodélicos, olvidada por uno de los clientes del hotelito de playa Estrella de Mar, donde se hallaba empleado como guarda de seguridad, se le escurría por debajo del ombligo, y quedaba al descubierto la tensa comba del vientre humedecida de sudor.

Tenían ya cerca de un año de haber huido de Nicaragua, guiados por el coyote que los había llevado en un carro con placas de taxi

hasta un paraje de la carretera sur, cercano a la frontera, y desde allí a pie hasta la margen del río Sapoá que atravesaron asidos a una cuerda, de un lado atada al tronco de un guácimo, y del otro sostenida por el coyote, que se había aventurado antes.

Ahora eran refugiados políticos en Costa Rica, con domicilio en Puerto Soley, frente a la bahía de Salinas. Cuando la guerra contra Somoza, el inspector Morales había conocido bien estos parajes, zona de operaciones del Frente Sur, desde el puesto fronterizo Los Mojones, junto a la costa del Pacífico, a las colinas que se extendían por el sur de Rivas, donde un balazo le había deshecho la rodilla en el curso de un combate, y de allí hasta la carretera Panamericana que bordeaba la costa del Gran Lago de Nicaragua y toda la franja hacia el oriente del río Sapoá.

—Lo va a dejar ciego la resolana. ¿Qué es lo que tanto mira? —lo regañó amablemente doña Sofía.

Ahora se secaba el pelo con una enorme toalla donde figuraba la efigie verde del Grinch ataviado con un gorro de Navidad.

—El barco fantasma, que allí sigue —el inspector Morales se acarició la costura del muñón a la altura de la rodilla, las viejas huellas de las puntadas enrojecidas por el sol.

El velero de tres palos, con la arboladura desnuda, se mantenía anclado en las aguas de la bahía, que cambiaban del azul profundo al gris, y los vientos alisios de finales de diciembre, que suelen soplar con fuerza repentina, lo habían hecho girar desde el costado de estribor hasta dejarlo de proa a la costa. La noche anterior lo habían visto aparecer desde el rumbo norte, viniendo de aguas nicaragüenses, las ristras de luces encendidas como si a bordo celebraran una fiesta, aunque desde la costa no era posible escuchar ninguna música.

—Eso es que no han acabado de botar los desperdicios. —Doña Sofía se volvió también hacia el barco con gesto desdeñoso.

—Según la ley no se puede lanzar basura al mar sino a veinte kilómetros de la costa, y el barco fantasma está varado dentro del área de veda, delante de la isla Bolaños. —El inspector Morales alzó el bastón para señalar la probable distancia, y escapó de perder el equilibrio.

—¿Y usted piensa que los tagarotes dueños de ese velero van a estarle haciendo caso a las leyes de estos países? —Doña Sofía se anudó la toalla a la cintura, encima del camisón remojado.

—En todo caso, éste no es un crucero de esos de tres mil pasajeros, que también pasan por aquí, como para entretenerse tanto tiempo botando desechos, doña Sofía. —El inspector Morales, asentando el bastón con fuerza a cada paso, avanzó hasta la roca donde había dejado la prótesis—. Es un velero exclusivo, para pasear a grandes millonarios. Usted misma lo googleó hoy temprano.

—Me metí a averiguar en Internet ante tanta insistencia suya de alegarme que el velero se llamaba Santa Claus, cuando con toda facilidad se leía Sea Cloud en el casco. —Doña Sofía emparejó al inspector Morales, pendiente de que no fuera a tropezar y caerse.

—Apenas estaba amaneciendo, y no tengo ojos de gato, como los suyos. —El inspector Morales se dejó caer en la roca, que ardía como una brasa en sus nalgas.

Doña Sofía alzó con cuidado la prótesis, como si se tratara de un niño de pecho, y cuando se inclinó para entregársela, fijó la vista en una mochila de lona que el inspector Morales había traído consigo, y vio asomar el pescuezo de una botella de ron Plata, que extrajo con rapidez.

—¿Se puede saber qué es esto que tiene aquí escondido? —lo confrontó, ya con la botella en la mano.

—Qué otra cosa va a ser, doña Sofía, un producto nacional para consuelo del mal de patria. —El inspector Morales se ataba los correajes de la prótesis con la diligencia que le deparaba la costumbre.

Doña Sofía sostenía la botella a distancia, como si se tratara de un animal peligroso, capaz de morderla en cualquier momento.

—¿Y de dónde sacó tan pronto ron Plata? Estoy con ganas de botar esta marranada.

El inspector Morales asentó con firmeza el talón de la prótesis en la arena, para probar que había quedado bien ajustada.

—Lo venden en la pulpería de los hermanos Sándigo, en La Cruz, pero no siempre hay. Y no vaya a cometer ese pecado de

derramarla, que no le he dado más que un trago.

—Ya se ve que el vicio no tiene frontera —doña Sofía, resignada, le entregó la botella.

El inspector Morales la alzó con unción, para mirarla a trasluz:

—Volviendo al velero, ¿qué partes eran ésas de lo que halló en Google que no me quiso leer?

—Vagabunderías que ahora no faltan en las redes —respondió ella, sin poder ocultar su azoro.

Tras buscar en la computadora que el Estrella de Mar tenía para uso de los huéspedes, había descubierto una extensa referencia al Sea Cloud, y se la leyó al inspector Morales, quien arrimó una silla a la mesita del monitor colocada en un rincón del lobby desierto, de cuyo techo colgaba una red con boyas de cristal, y en uno de cuyos tabiques un pez espada disecado soltaba aserrín.

Monsieur Bonnet, el dueño del hotelito, un belga nacionalizado costarricense, vivía en Desamparados, cerca de San José. No se presentaba sino de vez en cuando, y el inspector Morales actuaba de hecho como administrador. De todas maneras, la clientela era escasa. Puerto Soley, que de puerto sólo tenía el nombre, no estaba en los mapas turísticos de la provincia de Guanacaste, con más de un millón de visitantes al año; la trocha hacia La Cruz, el poblado más próximo, atravesado por la carretera Panamericana, se hallaba en situación ruinosa, y el hotelito sólo se animaba en ocasión de las bodas colectivas de parejas del mismo sexo que se quedaban a pasar su luna de miel. Era cuando monsieur Bonnet aparecía para presidir el jolgorio. Había sido el primero en desposar a un bailarín de la Compañía Nacional de Danza al que doblaba en edad, cuando se aprobó la ley de matrimonio igualitario en Costa Rica.

Por lo demás, la población de Puerto Soley era bastante exigua, compuesta mayormente por pescadores agrupados en unas cuantas viviendas en lo alto de la duna, hasta donde arrastraban las pangas al volver de la faena, y no lejos de ellas se alzaba un templo de los Testigos de Jehová de tejado de zinc, abierto por los cuatro costados. Y vecinas al hotelito, casas de veraneo poco frecuentadas,

con los muebles metálicos de playa herrumbrándose tras las rejas de los porches.

Doña Sofía consultó varias entradas sobre el Sea Cloud en Internet, y desechó las que contenían datos que le parecieron demasiado técnicos, hasta que por fin encontró una en un sitio llamado *Legendary Ships*; ésta fue la que leyó al inspector Morales, dando clic antes a la función de traducción; y mientras leía, iba decidiendo, a su mejor criterio, callar los párrafos en los que el autor anónimo dejaba de lado la compostura, y se propasaba con referencias contrarias a la decencia y al recato:

UN PALACIO FLOTANTE

El velero Sea Cloud (Nube del Mar) es toda una leyenda romántica, verdadero palacio flotante dedicado a cruceros exclusivos, que recala en diversos puertos, tanto del Mediterráneo como del Caribe y el Pacífico centroamericano. Conserva el estuco historiado en las paredes de salones, cabinas y camarotes, los muebles de teca, los ricos tapices, baños y chimeneas de mármol de Carrara y las llaves de los grifos bañadas en oro.

La lista exclusiva de sus 56 pasajeros, atendidos por 60 tripulantes, es un secreto bien guardado cada vez que el velero se hace a la mar, pues hay entre ellos poderosos empresarios y políticos de renombre que prefieren el incógnito. El chef y el sommelier provienen del hotel Arlberg Lech de Austria, y la cava es más que selecta.

Con 2.500 toneladas de registro bruto, 110 metros de eslora, 15 de manga, un velamen de 3.000 metros cuadrados, y equipado con cuatro motores de 3.200 caballos, lo que lo hace capaz de alcanzar una velocidad de 14 nudos, el Sea Cloud se convirtió en el yate de vela más grande del mundo cuando fue botado en los astilleros Krupp de Bremen en 1931, construido a un costo de 7.5 millones de dólares por encargo del magnate financiero Edward F. Hutton y su cónyuge Marjorie Merriweather Post, dueña de

General Foods (Alimentos Generales) y emperadora de los corn flakes (copos de maíz) Postum.

Su siguiente propietario fue el generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, presidente vitalicio de la República Dominicana, quien lo adquirió en 1955. En diciembre de ese mismo año tocó puerto en Ciudad Trujillo, la capital del país, durante la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre, montada para celebrar los veinticinco años del Generalísimo en el poder, y fue rebautizado con el nombre de su hija Angelita (María de los Ángeles del Sagrado Corazón de Jesús Trujillo), entonces de dieciséis años, reina de la feria, y quien, a pesar de los rigores del calor tropical lució en la ceremonia de coronación un abrigo confeccionado con seiscientas pieles de armiño bielorruso por la casa romana de *haute couture* (alta costura) Sorelle Fontana.

El velero no tardó en convertirse en un cabaret flotante gracias a Ramfis, hijo mayor del Generalísimo, quien figuraba a la cabeza de la Cofradía, un grupo de disolutos gamberros del que formaban parte su hermano Radhamés, lo mismo que sus hermanas Angelita, la madrina del velero, y Flor de Oro, desposada con Porfirio Rubirosa, también conspicuo en la Cofradía, íntimo amigo del príncipe Alí Khan y amante de celebridades rutilantes tales como Kim Novak, Marilyn Monroe, Zsa Zsa Gabor, Judy Garland, Dolores del Río, Joan Crawford, Rita Hayworth, Ava Gardner, etcétera, etcétera.

[Era fama que el órgano viril de Rubirosa tenía un tamaño fuera de lo común, a tal punto que en el café de Flore (café de Flora) de París, bautizaron a los molinillos de pimienta como «rubirosas», y aún no es raro escuchar a alguna dama sentada en la terraza del café reclamar al camarero: «¡Alcánceme el rubirosa!» cuando desea pimentar su plato de *welsh rarebit* (conejo galés). Alabó aquel artefacto, fenómeno de la naturaleza, nada menos que Truman Capote en las páginas de su libro *Answered Prayers* (*Plegarias atendidas*), describiéndolo como «un ariete color *café au lait* (café con leche) de once pulgadas, tan grueso como la muñeca de un hombre»; admiración compartida por una de sus amantes, quien preguntada si compararía aquel portento con un

zapato del número 12, respondió, desdeñosa: «Aceptar tal comparación sería hacerle un favor gratuito al zapato»].

Rubirosa se divorció de Flor de Oro en 1938, sin que por eso perdiera el favor de su suegro, para casarse con Doris Duke, la heredera del imperio tabacalero fabricante de los cigarrillos Pall Mall (Calle del Mazo), matrimonio que sólo duró unos meses; y luego con Barbara Hutton, la heredera de la cadena de almacenes Woolworths (Granja de Lana), de quien también se divorció. Entre los regalos de despedida que una y otra le hicieron (no menos descomunales que su célebre molinillo) se hallaban un avión bombardero B-25, una mansión del siglo XVII en la rue de Bellechasse (calle de la Buena Caza) en París, una plantación de café en la cordillera Aberdare de Kenia y otra de caña de azúcar en San Pedro de Macorís, en la propia República Dominicana…

Las fiestas en el Angelita eran frecuentes, ya estuviera anclado o en travesía. Se alternaban las orquestas de música romántica de Luis Alcaraz, Ray Conniff y Percy Faith, con las bandas dominicanas que tocaban bachatas, merengues y ripiaos, como la Súper Orquesta San José, que tenía como cantante estrella a Joseíto Mateo, el Rey del Merengue; la orquesta Generalísimo, que dirigía el maestro Luis Alberti, o la orquesta Angelita, de la que llevaba la batuta el maestro italiano Enrico Cabiati; y no era raro ver allí a astros de la pantalla como Frank Sinatra, Yul Brynner, Cary Grant, Stewart Granger, David Niven, Sammy Davis Jr., Peter Lawford, etcétera, etcétera, etcétera. Algunas veces comparecía a esas fiestas el propio Generalísimo (y hay quien atestigua que se paseaba sin ropa alguna por la cubierta, deseoso de mostrar sus atributos delante de la concurrencia, pues se preciaba de no quedar a la zaga de Rubirosa en materia genital).

El Generalísimo fue muerto a tiros la noche del 30 de mayo de 1961 en la avenida George Washington de Ciudad Rodrigo, la capital, que por decreto llevaba su nombre, cuando se dirigía a bordo de su automóvil Chevrolet Bel Air azul celeste hacia la casa campestre que poseía en su poblado natal de San Cristóbal. Tras un solemne y multitudinario funeral de Estado, y en medio de una

cacería sangrienta en busca de los culpables, fue sepultado inicialmente en la iglesia de Nuestra Señora de la Consolación, en el mismo San Cristóbal; pero al desmoronarse el régimen, Ramfis, temiendo la profanación del cadáver, lo hizo exhumar para cargarlo en el Angelita, junto con numerosos cajones de billetes de dólar provenientes de las bóvedas del Banco Central.

Tras partir del puerto de Boca Chica rumbo a Cannes, el 18 de noviembre de ese año de 1961, el velero fue interceptado cerca de las islas Azores por la Marina de Portugal y obligado a regresar al puerto de origen con su carga, cadáver y cajones, donde no fue admitido, con lo que el féretro anduvo errante hasta ser sepultado en el cementerio de Père-Lachaise (Padre Lachaise) en París, primero, y luego en 1970 en el de Mingorrubio-El Pardo, Comunidad de Madrid, donde también yace el generalísimo Francisco Franco tras su exhumación de la cripta de la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos en 2019.

En el mismo mausoleo de mármol negro de Carrara de Mingorrubio fue sepultado también Ramfis, quien murió en Madrid en un accidente de automóvil la madrugada del 28 de diciembre de 1969, día de los Santos Inocentes; después de una de tantas fiestas, conducía en estado de ebriedad un Ferrari 250 GT Berlinetta azul cobalto sobre la avenida de Burgos, cerca de Alcobendas, cuando chocó frontalmente con un Jaguar, a cuyo volante iba doña Teresa Bertrán de Lis y Pidal, duquesa de Alburquerque, muerta asimismo en la colisión.

Porfirio Rubirosa había fallecido en París en 1965, cuando chocó contra un castaño en el bois de Boulogne (bosque de Bolonia), al timón de otro Ferrari 250 GT Berlinetta, éste de color plateado. Regresaba también de una fiesta, en el Jimmy’s Bar (Bar de Jaimito) de Montparnasse (Monte Parnaso), tras haber ganado la Coupe de France (Copa de Francia) en el campeonato de polo. Está enterrado en el cementerio de Marnes-la-Coquette (Marnes la Coqueta).

A Radhamés le dieron muerte en 1994, en Colombia, sicarios del narcotráfico por haber dispuesto para su propio provecho de un cargamento de cocaína que le había sido confiado por el cartel de

Cali. Invitado por ardid a la celebración del cumpleaños de Miguel Rodríguez Orejuela, quien compartía la jefatura del cartel con su hermano Gilberto, fue secuestrado, torturado y asesinado por órdenes de ambos, sin que se haya llegado a saber el paradero de su cadáver.

Flor de Oro murió de cáncer colorrectal en 1978 en el Beth Medical Center (Centro Médico Casa Israel) de Nueva York, y está enterrada en el Cementerio Nacional de la avenida Máximo Gómez, en Santo Domingo. Angelita, quien terminó administrando una estación de gasolina en Miami, Florida, y predicaba en las esquinas la llegada del Reino, publicó un libro titulado *Trujillo, mi padre, en mis memorias*, y murió en 2023, a los ochenta y cuatro años, a causa de un ictus cerebral; está enterrada en el cementerio de Woodland Park North (Parque Forestal del Norte), en Miami, donde también se halla la tumba del presidente dictatorial de Nicaragua Anastasio Somoza Debayle, despedazado por una bazuca en un atentado en Asunción, Paraguay, en 1980, país en el que se hallaba refugiado después de su caída del poder.

Tras la muerte del generalísimo Trujillo, el Angelita pasó por varias manos. El gobierno del doctor Joaquín Balaguer, quien lo sucedió en la presidencia, logró confiscar el yate, y fue rebautizado como Patria, con el propósito de convertirlo en buque escuela; pero esa intención nunca se cumplió, por lo que en 1966 fue vendido a la empresa Operation Sea Cruises Inc (Compañía Operadora de Cruceros). Siguieron ocho años de disputas judiciales y, mientras duraron los litigios permaneció en dique seco en el puerto de Colón, en Panamá, donde sufrió un considerable deterioro, al punto que se llegó a considerar su desguace y hundimiento.

Fue finalmente restaurado a su viejo esplendor por el armador alemán Hermann Hebel, presidente del Hansa Treuhand Group (Grupo Fiduciario Hansa), quien lo puso de nuevo a navegar al servicio del turismo de alta gama.

Cabe finalmente agregar que en el libro *Trujillo, mi padre, en mis memorias*, Angelita Trujillo menciona una carta de su hermano Ramfis, fechada en 1963, donde califica la confiscación del velero

como «un descarado robo del ingrato pendejo de Balaguer», refiriéndose al doctor Joaquín Balaguer, quien había asumido la presidencia de la República Dominicana después de la muerte del Generalísimo; y cuenta que Papa Laurent, un houngan (sacerdote del rito vudú), le ha hecho el servicio de lanzar una maldición fatal contra el yate, invocando «al Barón Samedi, el loa que tiene el poder de vida y muerte en sus manos», a fin de que «haga caer sobre el barco, de la proa a la popa, de babor a estribor, velamen y cubiertas, tenga el nombre que llegue a tener, la sangre y la desgracia».

El inspector Morales, la barbilla sobre las manos apoyadas en la cabeza de chacal del pomo del bastón, había seguido atento la voz de rezo de doña Sofía, que sólo vacilaba en cancaneos al encontrarse con los párrafos suprimidos *ipso facto* por inconvenientes.

—Tanto muerto y tantas tumbas en tantas partes para contar la historia de un barco de vela —suspiró cuando doña Sofía apagó la computadora.

—La tumba nos aguarda con sus fúnebres ramos, por mucha fiesta y gozo terrenal que en vida hayamos tenido —doña Sofía meditaba frente a la pantalla, lerda en oscurecerse porque era un equipo viejo.

—Ese tal Ramfis, además de bacanalero creía en brujerías. —El inspector Morales señaló la computadora con el bastón, como si el primogénito del Generalísimo hubiera quedado encerrado dentro.

—Y tenía nombre de faraón egipcio, así que esa maldición que el hechicero le echa por petición suya al yate, podemos decir que es la maldición de la momia. —Doña Sofía cubrió con la funda de nylon el monitor.

El inspector Morales se alejó hacia el ventanal para mirar desde allí al Sea Cloud.

—Lo que a mí me queda claro es que éste es un barco donde una pandilla de sátrapas sanguinarios y ladrones bailaron, bebieron, comieron y se entregaron a toda clase de desmanes y francachelas.

Doña Sofía se acercó también al ventanal.

—Allí tiene razón, compañero Artemio. Un barco maldito sin necesidad de que lo maldigan, lleno de almas en pena que cargan con sus muchos pecados.

A partir de entonces el Sea Cloud se convirtió para ellos en el barco maldito. Y ya avanzada la mañana lo estaban contemplando otra vez desde la playa, con sus velas plegadas en las vergas y el cordaje a la vista.

El inspector Morales se incorporó por fin, apoyado en el bastón, asentando primero sobre la arena el pie falso, que alzó de inmediato, como si le quemara. Luego se puso a examinarlo, tal si nunca antes lo hubiera visto, sucio y deteriorado, el vinilo que lo cubría, más claro que su propia piel, los dedos sin nada que simularan uñas. Luego, como para curarse del disgusto, empinó sin recato un trago de la media botella de ron Plata.

—El barco maldito no se ha detenido a botar basura, sino porque a bordo se ha cometido un crimen, doña Sofía —afirmó de manera tajante.

2. La sangre y la desgracia

Iban a ser las doce del día. En la playa desolada sólo estaban ellos dos a merced de la resolana, y en la distancia el yate de vela sobre el que se cernía ahora una nutrida bandada de gaviotas. Un repentino chiflón alzó de la duna una cortina de arena que los envolvió, escociéndoles la piel.

Doña Sofía se desanudó la toalla de la cintura para colocársela en la cabeza porque el sol hervía en su mollera:

—¿Un crimen? Siga bebiendo y ya pronto verá desde aquí cómo tiran el cadáver por la borda, y distinguirá hasta el color del pelo del muerto.

El inspector Morales volvió a sentarse sobre la piedra, y colocó la botella de ron Plata a sus pies:

—¿No dice su Internet que en ese barco sólo viajan millonarios? Pues sucede que, en este viaje, a uno de ellos, un bullshit de Wall Street, su médico lo notificó que padecía de una enfermedad mortal, y sólo le quedaban meses de vida.

Doña Sofía, entre intrigada y resignada, se sentó a su lado:

—Querrá decir un big shot, compañero Artemio.

—Lo que sea, no me haga perder el hilo. —El inspector Morales destapó la botella—. Entonces, el banquero desahuciado decide despedirse del mundo con un crucero al que invita a su médico de cabecera.

—Y el millonario es asesinado a bordo del barco. Ya vamos mal. ¿Para qué iban a matarlo si de todos modos se va a morir? —replicó doña Sofía.

El inspector Morales trazó un círculo en la arena usando la contera del bastón, mientras mantenía en la otra mano la botella:

—No asesinan al banquero, doña Sofía, sino al médico. El millonario, que no tiene hijos, ha invitado también a ese viaje a todos sus familiares cercanos, que sólo cuando han subido al barco se dan cuenta que han sido desheredados, y que el beneficiario de la fortuna es el médico.

Doña Sofía miró con atención al círculo en la arena, como si allí estuviera contenida la explicación del misterio que el inspector Morales estaba planteando:

—Todos son sospechosos entonces, cualquiera de ellos puede ser el asesino.

El inspector Morales dividió el círculo en cruz:

—Anoche hubo una cena de gala para los invitados, en ausencia del millonario, que de tan moribundo permanece recluido en su camarote. La cena fue amenizada por la orquesta de salsa romántica de Oscar D'León, que llevan a bordo. Nosotros no la oímos desde aquí, pero venían tocando «Llorarás» mientras el yate navegaba: «así te darás cuenta, que si te engañan duele…»

—Óigame, compañero Artemio, ¿no cree que una orquesta como ésa hace demasiada bulla? —alegó doña Sofía—. Recuerde que el millonario va en las últimas.

—También llevan a Marco Antonio Solís, el Buki Mayor, para que les cante «Navidad sin ti»: «otro año ya se ha ido, cuántas cosas han pasado, algo hemos aprendido y algo hemos olvidado…» —el inspector Morales entonó a media voz la canción, y luego dio un trago a pico de botella.

—Todavía me parece muy estridente. ¿Por qué no ponemos mejor un pianista de esos que tocan suave, como Raúl Di Blasio? —propuso con entusiasmo doña Sofía.

—No se olvide los demás pasajeros, doña Sofía. —El inspector Morales amagó con beber de nuevo, pero desistió—. Son gringos que quieren probar lo exótico, y aunque no saben bailar salsa, de todos modos se lanzan al ruedo como muñecos de cuerda.

—Bueno, pues así dejémoslo, aunque esa música alborotada no es de mi propio gusto —se rindió sin más doña Sofía—. ¿Qué pasa entonces en esa cena de gala?

El inspector Morales le mostró la botella:

—¿No quiere un traguito? No me tenga asco, le limpio bien el pico. Además, qué mejor desinfectante que el alcohol.

Doña Sofía pareció primero ofendida ante la propuesta, pero luego, como dominada por el peso de la resignación, se encogió de hombros:

—Uno, nada más. Por no despreciar.

—Desde aquella vez que se bebió la cerveza que le brindó el padre Pancho en la casa cural de la Divina Misericordia, no la había vuelto a ver probando licor —observó el inspector Morales.

Doña Sofía arrugó con aspaviento la cara tras dar un corto trago:

—Ni me verá hacerlo otra vez, que no es costumbre mía el licor.

—Un trago a tiempo no mata a nadie. —El inspector Morales recibió de vuelta la botella.

—Usted siga hilvanando los vericuetos y pormenores de su crimen y no se me distraiga en dicharachos —replicó doña Sofía.

El inspector Morales retomó pausadamente el hilo:

—En la cena de gala, como tal, no pasa nada. Pero ocurre que antes de que sirvan los postres, el médico abandona el comedor, y se retira a dormir. Los camarotes se hallan en la cubierta inferior. Ocupa el de Porfirio Rubirosa. El nombre del playboy se lee en una placa metálica en la puerta. Es parte de la atracción del barco: el camarote de Ramfis, el de Radhamés, el de Flor de Oro, el de Angelita. Y los más caros: el de Ava Gardner, el de Kim Novak.

—¿Por qué se va a acostar tan temprano ese médico? ¿Está aburrido? —Doña Sofía sintió la estocada del ron en su propio aliento—. ¿Los familiares del millonario le hacen el vacío, disgustados porque a él le queda toda la fortuna del moribundo?

El inspector Morales contempló, meditabundo, la botella.

—Se va a dormir la mona, doña Sofía, después de atravesarse un litro entero de Buchanan’s de dieciocho años, vaso tras vaso, sin hielo ni nada. Está hasta la misma mierda.

Doña Sofía lo miró con reproche.

—En lugar de semejante grosería, para ilustrar el estado de ebriedad en que el médico se halla, bien podría usar un sustituto gracioso del habla nicaragüense como «va hasta el queque», «va

hasta los mambos». O «va hasta la samagolleta». Pero bueno, usted ya nació malhablado; sigamos.

El inspector Morales alzó la botella para ver cuánto quedaba, y volvió a ofrecérsela. Ella la empinó, con cara de sacrificio, y tras dar otro trago se rio, divertida.

—¿Qué es esto? Siento como una liviandad en la cabeza y una flojedad de canillas.

—Este roncito es de la categoría «Especial Suave», doña Sofía, no le tenga miedo. —El inspector Morales recibió de vuelta la botella—. Haga de caso una seda en la lengua y una caricia tibia en la barriga.

—Más que caricia en la barriga, es como una cosquilla sabrosa —siguió riendo doña Sofía—. Y lo que es la lengua, se me pone como de trapo. Pero no se detenga, compañero Artemio.

—Con dificultad, el médico baja las escaleras alfombradas que conducen a los camarotes. —La mano del inspector Morales marcaba la cadencia de unos pasos que descienden—. Y cuando está buscándose la llave para abrir su puerta, alguien se le acerca sigilosamente por detrás.

—Un solo golpe en la cabeza —meditó, taciturna, doña Sofía—. ¿Le dan con un martillo, compañero Artemio? ¿O es con una llave inglesa?

—Lo estrangulan más bien —afirmó, tajante, el inspector Morales —. Un marinero que subía de hacer una reparación en la sentina descubre el cadáver en el pasillo. El capitán, al enterarse del crimen, ordena parar las máquinas.

—Y decide entonces recurrir al auxilio del famoso inspector Morales, pues sabe que se encuentra exiliado en Costa Rica. —Doña Sofía se golpeó con entusiasmo las rodillas.

—Usted lo ha dicho —afirmó gravemente el inspector Morales—. El mensaje es transmitido por radio a la guardia costera, pero aún tardan en averiguar el paradero exacto de aquel que buscan.

—¡Ignora el capitán que esa persona se halla precisamente en Puerto Soley, apenas a media milla náutica del buque, en sus propias narices, cumpliendo funciones de seguridad y vigilancia en un hotel de recreo! —doña Sofía parecía narrar el pasaje de una radionovela.

—¡Y que su célebre colaboradora, doña Sofía Smith, se encuentra allí también, empleada como mucama! —siguió en el mismo tono de locutor el inspector Morales.

—«Mucama» es un vocablo que no pertenece al léxico de nosotros, compañero Artemio —le advirtió doña Sofía.

—Escoja entonces cualquier otra palabra que le parezca apropiada —concedió el inspector Morales—. ¿Qué le parece «doncella»?

—Tampoco doncella, suena como de cuento de hadas y duendes —negó doña Sofía—. Camarera está bien. Así aparece en mi carnet de la Caja del Seguro Social de Costa Rica, y así figura en esta novela.

El inspector Morales aprovechó para dar otro trago.

—Una lancha rápida del servicio de guardacostas nos lleva a bordo del velero. Digo nos lleva, porque usted me acompaña. Lejos de poner alguna objeción, el capitán se muestra satisfecho de que participe en la investigación del crimen.

Doña Sofía tenía en sus manos la botella que otra vez le había pasado el inspector Morales.

—Y ese capitán, compañero Artemio, ¿es holandés, o sueco? ¿O inglés? El capitán del Titanic era inglés. El de la película tenía una barba blanca muy bien recortada, muy bonita.

El inspector Morales no la pensó mucho.

—El capitán no es otro que Ramfis Mateo, hijo de Joseíto Mateo, el Rey del Merengue, el que amenizaba las fiestas de la Cofradía. Sucede que, obligado, escogió como padrino de su vástago a Ramfis Trujillo, y, obligado también, le dio su nombre a la criatura.

Doña Sofía, la botella en la mano, volteó a mirar, sombría, hacia el yate.

—Barcos, ciudades, calles, escuelas, hasta los niños. Todo tenía que llamarse como ellos, pandilla de léperos.

El inspector Morales se apresuró en proseguir:

—Esa historia sobre su nombre de pila la da a conocer el capitán Mateo en un descanso de las arduas investigaciones que la pareja realiza a bordo, mientras almuerzan los tres en la mesa reservada para él en el comedor.

—Es toda una distinción la que nos hace, sentarnos a su mesa, la mesa del capitán. —Doña Sofía bebió otra vez, y otra vez arrugó la cara.

—En ese almuerzo les cuenta todo desde el principio: Joseíto ya llevaba cinco días cantando en una eterna fiesta de año nuevo que Ramfis daba a bordo, el velero anclado en Bocachica, balneario de la costa dominicana. —Y el inspector Morales movió rítmicamente las manos, como si tuviera en ellas un par de maracas.

—El barco repleto de estrellas de Hollywood, refulgen los diamantes, las esmeraldas… Ya lo estoy viendo, compañero Artemio. —Doña Sofía cerró los ojos—. Elizabeth Taylor luce el diamante que le regaló Richard Burton.

—Fue esa vez cuando Joseíto le prestó el micrófono a Frank Sinatra, que llegó desde Las Vegas, para que cantara su hit de entonces, «Ven a volar conmigo: hay un bar en la lejana Bombay, ven a volar conmigo, volemos, volemos lejos…». —El inspector Morales empuñaba ahora la mano cerca de su boca, como si tuviera un micrófono—. Todo eso en inglés, claro está.

—A mí la que más me gusta de Frank Sinatra es «My Way». —Doña Sofía abrió los ojos, como si despertara—. Que cante mejor «My Way».

—No puedo darle gusto en eso, doña Sofía —negó con pesar el inspector Morales—. Para esa fecha aún no existía «My Way». Frank Sinatra no la incluyó en su repertorio hasta varios años después. En estas cosas hay que ser exactos, para que lo contado tenga credibilidad.

—Entonces, si es así, yo retiro lo dicho respecto al diamante de Elizabeth Taylor, porque, si hacemos cuentas, Richard Burton no se lo había regalado todavía —concedió doña Sofía, muy apesarada.

—Hace bien, doña Sofía. —El inspector Morales le echó el brazo—. Así nadie nos puede reprochar mentiras.

—Como que de pronto se me vienen ganas de ponerme alegre, aunque yo no quiera, compañero Artemio. —Doña Sofía parecía sorprendida de sí misma—. Hasta me dan ganas de cantar «My way: regrets, I have had a few but then again, too few to mention…».

—Deje a la alegría gobernar su voluntad, doña Sofía. —La sacudió el inspector Morales por el hombro mientras la mantenía abrazada—. Cuando quiera cantar, cante, y si quiere pegar un grito, dese el gusto, que aquí no hay quien nos oiga, y hasta el eco se lo traga la tumbazón del mar.

—¿Y de qué manera fue que Joseíto se vio obligado a ponerle el nombre del sátrapa al niño? —se volvió hacia él doña Sofía.

El inspector Morales la libró del abrazo.

—«Estos músicos están muy lentos, denle a cada uno medio vaso de Old Park», ordenó Ramfis al quinto día de la juerga. «Se lo beben de un solo sorbo, y en prueba, deben dejar el vaso bocabajo; a Joseíto me le dan el vaso lleno hasta el tope, para que se le fortifique la garganta, que parece que le está flaqueando».

—Y Joseíto, el pobre, ¿obedeció? —Los ojos de doña Sofía se llenaron de asombro.

—Ni siquiera se acercó el vaso a los labios. —El inspector Morales volvió a destapar la botella de ron Plata—. Ante la admiración de todos por su osadía, lo regresó lleno, tal como se lo habían pasado.

—Ya se lo llevó candanga a Joseíto, ahora lo crucifican —se dolió doña Sofía.

El inspector Morales bebió lo que quedaba en la botella.

—Los sicarios lo amarraron, lo bajaron del yate, y lo metieron en una celda de castigo en el cuartel militar de Bocachica, donde le raparon la cabeza, las cejas y el bigote. Y al quinto día se presentó Ramfis en la celda, guasón ahora, como si nada hubiera ocurrido. «Ya puedes irte a tu casa, y como tu mujer está preñada, al hijo que tengan, si es varón, tú le pones Ramfis, y yo seré el padrino».

Doña Sofía se secó los ojos con la punta de la toalla que le cubría la cabeza.

—Lo humilla, lo encarcela, manda que lo rapen, y luego se hace su compadre… ¡Habrase visto!

—Espérese que no todo el tiempo la suerte es negra, doña Sofía —la confortó el inspector Morales—. Cuando el Angelita recaló en Nueva York, en una de las giras parranderas de Ramfis, Joseíto se fugó del barco, y ya había dejado instrucciones a su familia de que cruzara la frontera con Haití. De Puerto Príncipe, la madre y la

criatura pudieron viajar a Estados Unidos para juntarse con él. Es así que el capitán Ramfis Mateo creció en Nueva York, y se enroló en la Marina Mercante.

—Todo eso está muy interesante, pero nos hemos desviado del asesinato, compañero Artemio —reclamó ella de pronto.

El inspector Morales, tras mirar la botella vacía con pesar, la lanzó a las olas.

—Es parte de la estrategia narrativa, doña Sofía, irse por veredas para después regresar al camino real.

—Pues no dilate mucho las cosas, que una estrategia morosa puede terminar enemistándose con el asunto de por medio —le advirtió ella, con dedo admonitorio.

El inspector Morales apresuró el ritmo de su relato:

—Pido la lista de los pasajeros, los hago comparecer uno a uno al cuarto de mapas que el capitán Mateo pone a mi disposición, los interrogo, lo mismo que a los miembros de la tripulación, sin descanso, apenas para ir a orinar…

—Hasta ahora no sabemos cómo se llama el médico asesinado —lo interrumpió doña Sofía—. Hemos olvidado ese dato fundamental, compañero Artemio.

—Es lo primero que averiguo —la tranquilizó el inspector Morales —: el nombre del occiso, que ahora yace en el frigorífico del barco, es Percy Stevenson Junior, con domicilio en Nueva York, de cuarenta y ocho años de edad, soltero, oncólogo muy reputado. El cadáver muestra hematomas y abrasiones en el cuello, siendo perceptible el color cianótico del rostro.

La vista de doña Sofía se había quedado fija en la botella que, mecida sobre las olas, no terminaba de desaparecer.

—Señales claras de estrangulamiento, no hay duda.

—Lástima que se nos acabó el roncito, doña Sofía. —El inspector Morales puso también la vista en la botella.

—¿Y usted piensa que soy alcohólica o qué, para estar ansiando un trago? —se encrespó ella.

—Lo digo por su mirada de pesar —se justificó el inspector Morales.

—¿Ya no puede una mirar para donde le dé la gana? —doña Sofía no rebajaba su enojo—. Usted mejor siga en lo suyo. ¿El occiso fue estrangulado con las manos?

—Con una corbata. —El inspector Morales hizo el ademán de apretarse el cuello.

—¿Su propia corbata? —se extrañó doña Sofía.

—La víctima no llevaba corbata, iba vestido de sport, pantalones de lino y una camiseta polo —aclaró el inspector Morales—. Es allí donde se halla la clave. Hay que averiguar a quién pertenece esa corbata.

—¿El asesino deja la corbata, digamos, el arma homicida, en el cuello de la víctima? —Frunció las cejas doña Sofía.

—Por la prisa de no ser sorprendido, al oír acercarse los pasos del marinero por el pasillo, ya no pudo llevársela —explicó el inspector Morales—. Se trata de una corbata marca Wembley, de color azul oscuro. El equipaje de cada uno de los pasajeros es examinado a conciencia. Ninguno de ellos ha traído traje formal a bordo. Toda su ropa es deportiva, propia de los climas tropicales. También los miembros de la tripulación visten de manera casual.

—¿Y el millonario? ¿Qué pasa con él? Tampoco sabemos cómo se llama —lo urgió a responder doña Sofía.

El inspector Morales meditó apenas un momento antes de responder con soltura:

—Su nombre es Patrice O'Sullivan, y figura como presidente ejecutivo de una compañía dedicada a inversiones inmobiliarias. Es viudo desde hace diez años. En su lecho del camarote han instalado una tienda de oxígeno para que pueda respirar.

—¿Qué le parece si lo situamos en el camarote principal del buque, el que estuvo reservado para el generalísimo Trujillo? —propuso doña Sofía.

—Es allí mismo donde se halla —afirmó el inspector Morales—. La cama es de dosel de cuatro columnas torneadas, y tiene cortinajes de terciopelo rojo. Es inútil interrogarlo. No tiene conciencia de sí mismo. Un enfermero se encarga de asistirlo.

—¿Y los familiares que viajan a bordo? —Doña Sofía se enjugó el sudor que resbalaba por su frente y su nariz.

El inspector Morales no se demoró ahora para nada con la respuesta:

—Ninguno de ellos posee una fortuna importante, ni mucho menos. Se trata de su hermano Clarence, dueño de una licencia de taxi en Manhattan, un hombre de modales burdos, que no se despega del bar bebiendo martinis secos. Su sobrino Pete, músico de una banda de jazz que toca en Soho; su camarote huele a mota verde. Y su sobrina Edna, delgada y paliducha, se tiñe el pelo de rojo encendido, y dice ser diseñadora de modas en Brooklyn.

¿Cuántas veces había bebido de la botella de ron Plata?, se preguntó doña Sofía. No más de tres, y semejante estrago. La suavidad algodonosa que sentía en la cabeza envolvía también sus palabras, que se quedaban en su lengua más tiempo del que habría querido.

—Al desaparecer el heredero testamentario, esos familiares pueden dividirse ahora el patrimonio del difunto, compañero Artemio. Cualquiera de ellos, hambriento de fortuna, es candidato a ser el culpable. Salvo la diseñadora de modas.

—¿Por qué salvo ella, doña Sofía? —El inspector Morales comenzaba a sentir el ardor inclemente del sol en la cabeza, como si la tuviera al rojo vivo.

—Es elemental, compañero Artemio —lo miró ella con suficiencia —. Las mujeres no usan corbata.

El inspector Morales deseó tener sobre su cabeza uno de aquellos sombreros de palma de enormes alas que usaban las marchantas del Mercado Oriental de Managua.

—No la saque de la lista de manera tan fácil. ¿Y si compró la corbata en una tienda de Nueva York, y la ha traído en su equipaje, envuelta en papel de regalo?

—Una mujer delgada y paliducha no tiene la fuerza necesaria para apretar el nudo de una corbata hasta la asfixia —persistió doña Sofía.

—Pero acuérdese que en todo crimen hay autores materiales, autores intelectuales, y también cómplices. —El inspector Morales fue doblando los dedos de la mano derecha para contar cada categoría.

Doña Sofía meció la cabeza, aturdida por una somnolencia repentina.

—Está bien, queda siempre la diseñadora de modas en la lista de sospechosos. Usted es quien dirige la investigación.

El inspector Morales, que caía también en el sopor, cobró un entusiasmo repentino:

—Lista que es despejada rápidamente. Porque ha bastado un día de indagaciones para identificar al autor del asesinato. Y ahora procede a reunir a todos los pasajeros y a los tripulantes en el salón de baile del Sea Cloud, donde revelaré el resultado de mis pesquisas.

—Y el culpable está presente entre ellos —esponjó los labios con sorna doña Sofía—. Eso está ya muy trillado. Marca Agatha Christie.

El inspector Morales no hizo caso al gesto de desdén.

—El lector se irá de culo, doña Sofía. Porque el culpable es nada menos que el capitán Ramfis Mateo.

—¡Pero si presidía la cena de gala esa noche! —Alzó las manos en rechazo doña Sofía—. ¡No cuadra!

—Se había retirado del comedor con antelación al doctor Stevenson, alegando dolor de cabeza —replicó el inspector Morales —. ¿No recuerda que él mismo nos lo dijo?

Doña Sofía pareció resignada.

—¡Quién lo hubiera dicho! ¿Y cuál es el motivo del crimen?

—En la travesía ha tenido un affaire con el doctor Stevenson —le soltó el inspector Morales a boca de jarro.

La cabeza de doña Sofía se despejó repentinamente de los vapores que la nublaban, y reaccionó agitada:

—¿Cómo es eso que un affaire? ¿Está hablando de una relación amorosa entre ellos dos?

El inspector Morales buscó apaciguarla:

—Algo muy normal en estos tiempos, doña Sofía. El affaire sentimental surgió en la travesía. Resulta que el capitán Mateo es pasional y vengativo. Y el doctor Stevenson le ha dicho que en realidad no lo ama, que para él aquel romance ha sido sólo una distracción, pues tiene su esposo legítimo en Nueva York, un

maquillador de los camerinos del Radio City Music Hall con el que disfrutará la herencia que está por recibir.

—Está usted improvisando a la loca, compañero Artemio —lo reconvino doña Sofía—. De la nada está sacando ese absurdo. Nunca va a poder imponerse a esa mente tortuosa suya.

—¿Por qué mente tortuosa? —El inspector Morales la miró con extrañeza—. ¿No trabajamos aquí, usted y yo, en un hotel para parejas del mismo sexo, que vienen a casarse y a pasar su luna de miel? ¿Monsieur Bonnet no está legalmente casado con un bailarín?

—Eso es aparte, trabajo es trabajo y en el exilio no anda uno escogiendo el pegue. —Doña Sofía elevó las manos en señal de rechazo—. ¿Qué es eso de que el capitán Ramfis, que tiene un matrimonio tranquilo, y hasta nietos, va a caer en semejantes actos licenciosos?

—Nadie ha dicho que esté casado y que tenga nietos —replicó el inspector Morales.

—Bueno, déjeme suponer a mí también, que ya suficiente ha tenido usted la batuta en la mano —se soliviantó doña Sofía.

—No hay por qué sofocarse. —El inspector Morales puso su mano sobre la de ella—. Proponga entonces un final a su gusto, y santas paces.

Doña Sofía lo pensó por un momento.

—Qué sé yo. ¿No dice la Internet que Ramfis buscó a un brujo para que atrajera sobre el barco la sangre y la desgracia? La maldición de Ramfis pesa entonces sobre la cabeza del capitán Mateo, y esa maldición le nubla la razón y lo induce al crimen.

El inspector Morales meditó también.

—Sólo agreguemos que el capitán Mateo es víctima propicia de la maldición de Ramfis no sólo por ser su ahijado, sino porque es hijo suyo, fruto del adulterio.

—¿Ahora va a levantar semejante falso contra una señora que usted ni conoce? —El ánimo de doña Sofía volvió a encenderse.

—No es culpa de esa señora, la esposa de Joseíto Mateo, doña Sofía. Ninguna mujer podía negarse a ser amante de Ramfis, fuera soltera o casada.

—Dejemos de lado esas insolencias suyas, y vamos al grano —ripostó acremente doña Sofía—. ¿Cómo es que usted averigua quién es el dueño de la corbata?

El inspector Morales sacó lentamente el aire de los pulmones.

—Me resulta extraño que en el closet del camarote del capitán Mateo no haya ninguna corbata, pues del perchero cuelga su traje azul marino de cuatro botones, con las insignias navales de su rango. Entonces decido cablegrafiar a la compañía armadora del Sea Cloud, en Hamburgo, preguntando por la corbata de uso reglamentario para los capitanes de la flota, y la respuesta no tarda: corbatas de la marca Wembley, color azul oscuro.

—Bueno, veo que ahora todo calza muy bien —se apaciguó doña Sofía—. Lo felicito.

—Sin sus aportes, no hubiéramos avanzado mucho. —El inspector Morales tomó su bastón y se puso de pie.

—Nunca me hubiera imaginado al capitán Mateo capaz de estrangular a nadie, tan caballero, tan gentil de modales. —Doña Sofía se incorporó también.

—Esos son siempre los peores, doña Sofía. —El inspector Morales inició la marcha.

Ahora ascendían por la duna hacia el cobertizo techado de asbesto que se alzaba al lado del hotelito, en un predio desnudo de vegetación salvo por un par de icacos escuálidos. Debajo del cobertizo se hallaba embancada la carcasa verde y naranja del autobús que tenían por vivienda. Despojado de sus asientos y sus dos puertas, estaba dividido en el medio por una cortina de cretona, con un catre de campaña en cada lado de la cortina, y a falta de closets guardaban su ropa en cajas de cartón colocadas debajo de los catres. En el frontis de la carcasa aún se leía PEÑAS BLANCAS-LA CRUZ-LIBERIA. DIOS GUARDE NUESTRO CAMINO.

Frente al autobús, una garrucha de madera para cables les servía de mesa de comer, alrededor dos silletas plásticas blancas.

Lord Dixon los esperaba sentado en la garrucha.

—El que antes resolvía crímenes, ahora, a falta de mejor oficio, se pone a inventarlos —se rio como solía reírse, de manera pausada y

con ecos graves.

Lejos de celebrarle la risa, el inspector Morales lo miró de manera desdeñosa.

—Vaya, apareciste por fin. Qué cara tan perdida.

—Y lo peor, corrompiendo con la bebida a doña Sofía —agregó Lord Dixon.

—No le hagás caso que ya sabés cómo es tu amigo, le pica la lengua por estar jode que jode —le advirtió la Fanny desde la puerta trasera del autobús, la parte que le tocaba a él.

El inspector Morales le sonrió, alegre de verla. Como recién salida de la ducha, la piel fresca, el pelo húmedo, vestía un short blanco y una blusa ligera, anudada encima del ombligo, del que pendía un piercing, y las sandalias plateadas dejaban ver sus uñas pintadas de ciclamen. Parecía que tuviera veinte años, cuando aún no la había conocido.

Descolgó una camisa puesta a secar en una de las ventanillas del autobús. Era una camisa verde, estampada con botellas de cerveza Corona en la guarda.

Cuando terminó de abotonársela, encaró a Lord Dixon:

—Si me decís vos qué cosa mejor puedo hacer en este hotel de mierda, te ganás un premio.

Pero Lord Dixon estaba mirando en dirección al sendero marcado a ambos lados con piedras encaladas que llevaba al porche del hotel, por donde avanzaba una tuk tuk de tres ruedas.

El intendente Johnny Oreamuno, enconchado en el asiento trasero, salió con dificultad, sacando primero el torso y luego las piernas, mientras el conductor mantenía el motor encendido.

—¡Ha habido un muerto en el barco! —anunció desde lejos.

3. Un admirador rendido del detective Cannon

La tuk tuk hizo un giro cerrado y se alejó dando brincos por el sendero con un sostenido pedorreo, mientras el intendente Oreamuno avanzaba a paso apresurado hacia el cobertizo del autobús:

—¡Éste es el caso de nuestras vidas! ¡Ahora o nunca, inspector! — el acento castizo del actor que doblaba al detective Frank Cannon en la televisión se asomaba en su voz.

Andaba por los sesenta años. Alto y de complexión vigorosa, como podía verse por el ancho de sus espaldas; si algo desentonaba notablemente en su figura era la barriga, que lo obligaba a atarse el cinturón de baqueta debajo de la pelvis. Llevaba el uniforme azul de los oficiales de la Fuerza Pública y, por razones sentimentales, un sombrero Stetson de la Guardia Rural, ya desaparecida, con la borla del cordón por delante. Al cinto, una cartuchera de nylon con la pistola de reglamento, una Smith & Wesson Parabellum de 9 milímetros, y un par de esposas metálicas.

En el antiguo régimen de la Fuerza Pública había tenido el grado de sargento, asignado a la Guardia Rural; y bajo las disposiciones de la Ley General de Policía, aprobada veinte años atrás, pudo ascender a intendente gracias a un curso remedial, cuando fue puesto a escoger entre la capacitación o el retiro. Ahora era segundo jefe del Comando Norte en La Cruz, el poblado caminero cercano al puesto de Peñas Blancas, en la frontera con Nicaragua, y antiguo paso de arrieros que llevaban partidas de ganado de uno a otro país.

El intendente Oreamuno admiraba al detective Cannon, héroe de una serie de televisión que ya nadie recordaba, con un corpachón como el suyo, e igualmente solitario: Cannon por viudo, el intendente Oreamuno por solterón empedernido. Le faltaba, sin embargo, el tupido bigote que nunca había podido cultivar porque

era lampiño, y también el lujoso Lincoln Continental que, de todos modos, de poco le habría servido para su trabajo en la Guardia Rural, donde nunca pasó de perseguir cuatreros de frontera, contrabandistas de cigarrillos y sacas clandestinas de guaro de alambique.

En sus visitas al cobertizo alternaba el relato de los casos estrella de Cannon con otro tema que igualmente lo encandilaba, el de las grandes conspiraciones que seguían en el misterio, como el atentado contra Juan Pablo II, obra de la logia secreta de los Illuminati, con tentáculos mundiales; o las andanzas de sus adversarios, los reptilianos, extraterrestres que se adueñaban de personajes como Barack Obama, y habían ejecutado en secreto a la reina Isabel de Inglaterra, juzgándola responsable del complot para asesinar a la princesa Diana de Gales.

Sin dejar su prisa se quitó el sombrero en señal de respeto para doña Sofía, derrengada en uno de los asientos de plástico con cara de arrepentimiento y de martirio.

—De ver tanta televisión se le ha secado el seso, no le haga caso, camarada —dijo Lord Dixon.

—¿De qué barco me está hablando? —preguntó el inspector Morales con voz abotagada.

—¿De qué otro puede ser? —El intendente Oreamuno señaló hacia la bahía.

Un pasajero había llamado al puesto de guardia del Comando Norte, y él mismo había atendido porque se hallaba solo en el cuartel, ya que el comandante Pacheco había salido desde temprano al mando de una patrulla hacia Aposentillo, uno de tantos pasos clandestinos, para atender una emergencia, unos inmigrantes haitianos despojados de todas sus pertenencias por los coyotes que los llevaban hacia Nicaragua, en ruta a Estados Unidos. Dos de las mujeres de la partida, madre e hija, habían sido violadas por los mismos coyotes.

El pasajero informaba que había un muerto a bordo y que, por favor, se necesitaba urgente auxilio de las autoridades nacionales.

—Siéntese y serénese. —El inspector Morales le acercó una de las sillas de plástico—. Y empiece por el nombre de la persona que hizo

la llamada.

Cuando se oía desde el cobertizo el sonsonete de la tuk tuk acercándose por el sendero, era el intendente Oreamuno que venía a visitarlos, siempre en la mano algo de regalo, un túper con pejibayes cocidos en sopa de carne, que a doña Sofía le repugnaban con sólo olerlos, o una bolsa de palmitos recién asados, para los que no se olvidaba de llevarles también sobrecitos de mayonesa Lizano.

La Policía de Migración y el Comando Norte tenían su sede en el mismo edificio de oficinas públicas en La Cruz, y cuando ellos se habían presentado para inscribirse como refugiados políticos, la mañana después de haber atravesado la frontera, ante las negativas del oficial de turno a tramitar la solicitud, y sus amenazas de mandarlos al calabozo, el intendente Oreamuno, que llegaba en ese momento, intervino a favor de ellos.

Llamó al orden al insolente, y le advirtió que sería él quien iría al calabozo si no procedía a cumplir con su deber. Se trataba, además, del inspector Dolores Morales, a quien no tardó en identificar. No entraba en la categoría de Cannon, pero era digno de su respeto. E igual respeto debía a doña Sofía, por su sagacidad proverbial. Una vez solventada la gestión, los llevó a desayunar al comedor Thelma, cruzando la calle.

«Éstos vienen a resultar los peores», les había dicho, refiriéndose al agente de migración, ya instalados junto a la ventana enrejada en la mesa en la que platos y cubiertos retemblaban al paso constante de los furgones de carga. Porque el agente era de origen nicaragüense, igual que la mitad de la población de La Cruz. Padecía del «mal del bote lleno», tal como el intendente Oreamuno había escuchado comentar al doctor Constantino Urcuyo en el programa *Hablando Claro* de Radio Columbia, del que era fiel escucha: el que ya está instalado en el bote y se siente a salvo, le da con el remo en las manos a los que quieren subir porque no quiere a nadie más a bordo, así sean de su propia sangre.

No tenían otro amigo mejor en su destierro. Era él quien los había recomendado con monsieur Bonnet.

—Nombre no dio el pasajero, y el número de teléfono aparecía en la pantalla del conmutador como desconocido. —El intendente

Oreamuno se había sentado en el filo de la silla, que se hundía en la arena bajo su peso.

—Será de esas personas que prefieren permanecer ocultas cuando llaman por celular —doña Sofía hablaba como desde otro mundo, sin atreverse a abrir los ojos—; para eso existe la aplicación de terceros, muy sencilla de manejar.

—Y encima dicen que las personas mayores pertenecen a la categoría de inmigrantes digitales porque aprenden tarde, y mal —dijo Lord Dixon, acomodado a sus anchas en la garrucha—. Quienes así afirman no conocen a doña Sofía.

—No da su nombre, no sabe el número de teléfono, y usted asume que lo están llamando desde el barco, cuando bien podría tratarse de un bromista de La Cruz, uno de esos vagos que se juntan en el bar del Gato Félix. —El inspector Morales se cruzó de brazos, sin soltar el bastón.

—Ese bar, se lo he dicho cien veces, ya no existe más —replicó impaciente el intendente Oreamuno—. Como usted se ha vuelto un ermitaño y no va nunca a La Cruz, piensa que todo sigue igual que cuando la guerra de los nicas, que ya va para el medio siglo.

La guerra de los nicas llamaba el intendente Oreamuno a la lucha armada para botar a Somoza, cuando en 1979 La Cruz había servido como retaguardia a las guerrillas del Frente Sur. Allí habían llevado herido en una parihuela al inspector Morales, y una avioneta lo transportó a San José, donde le amputaron la pierna en el hospital Calderón Guardia.

—Habrá de todos modos otros bares donde se reúnan los vagos, El gato que aúlla, El gato enamorado, lo que sea. —El inspector Morales enarbolaba ahora el bastón—. No me va a decir que ya no hay vagos en La Cruz.

El intendente Oreamuno se esforzaba por dominar su agitación y mantenerse quieto en el asiento.

—Yo lo que le puedo decir es que la voz se le oía entrecortada a esa persona, y se alejaba por momentos, pero después volvía.

—Para que la señal de antena sea aceptable, se necesita conectarse a menos de dos millas náuticas de la costa. —Doña Sofía

abrió perezosamente uno de los ojos—. Si no, se entorpece y puede llegar a ser nula.

—Un pasajero llama para notificar que hay un muerto a bordo. ¿Y el capitán? Bien, gracias. —Volvió a cruzar los brazos el inspector Morales—. ¿No se le ha ocurrido que todo barco tiene un capitán, y cuenta con un sistema de comunicaciones?

La mirada de doña Sofía, ya ambos ojos abiertos, era perpleja, como si al contemplar el cobertizo estuviera entrando en un mundo desconocido.

—El Sea Cloud está dotado de un sistema bidireccional de muy alta frecuencia, llamado VHF, que enlaza por satélite con estaciones terrenas y con las antenas de otros barcos. Averiguado en Internet.

—Doña Sofía, usted es toda una nativa digital —dijo Lord Dixon—. No hay quien se le ponga por delante.

El intendente Oreamuno reacomodó la cartuchera revolviéndose en el asiento, porque la pistola le estorbaba en el costado.

—El pasajero dijo que, por alguna razón que ahora no me acuerdo, o no le entendí, las computadoras del barco se hallaban inutilizadas.

—Del sistema informático del barco dependen las comunicaciones y los aparatos de navegación —afirmó, siempre perpleja, doña Sofía —. Es por eso que el capitán mandó a parar las máquinas, y tenemos al Sea Cloud a la vista, varado en la bahía. Es lo que ordena el reglamento. No puede navegar a ciegas.

El inspector Morales persistía en sus dudas:

—Y ese pasajero de su cuento, intendente, ¿hablaba con acento extranjero?

El intendente Oreamuno recapacitó antes de responder:

—Hablaba en español con acento inglés. Bueno, y este interrogatorio, ¿hasta qué horas va a durar?

El inspector Morales, aunque una fina broca le taladraba con encono la cabeza desde el occipital izquierdo, en vez de quejarse, sonrió con desdén.

—¿Y por qué se le ocurre a ese pasajero llamar al puesto de guardia en La Cruz? Un lugar perdido que ni siquiera debe estar en los mapas.

—Si el pasajero utilizó la aplicación de Google Maps de su teléfono, vio que La Cruz era el poblado más cercano a la costa —lo contradijo doña Sofía—. Después sólo necesitaba escribir La Cruz-Costa Rica-Policía y ya tuvo a la vista el número de teléfono.

—Si ya se le acabaron sus preguntas, inspector, tenemos que ponernos en movimiento para hacernos cargo de averiguar ese asesinato. —El intendente Oreamuno se incorporó haciendo gala de agilidad.

—¿Asesinato? En todo caso el supuesto pasajero habló de un muerto, no de un asesinato. —El inspector Morales seguía clavado en su sitio—. En los barcos se muere la gente. De un derrame, de un infarto. De una indigestión.

—Ese pasajero se mostraba alarmado, y lo que estaba pidiendo era auxilio. —El intendente Oreamuno comenzaba a exasperarse—. Nadie llama a la policía para notificar una muerte común y corriente.

—Y en ultimadas cuentas, si se ha cometido un crimen a bordo de ese barco, nada pintamos ni usted ni yo. —Ahora lo que el inspector Morales sentía en la cabeza era una punzada asesina entre las cejas —. Su deber es notificar de inmediato a sus superiores.

El intendente Oreamuno avanzó tres pasos y enfrentó de manera resuelta al inspector Morales:

—No sea huevón. En ausencia del comandante Pacheco, que se halla en misión de servicio, yo soy mi superior.

El inspector Morales lo que quería era que le sacaran el taladro que otra vez volvía a horadarle el cerebro. O que le cambiaran la cabeza por una de repuesto.

—A quien le toca ir a ese barco a ver lo que pasó es al Organismo de Investigaciones Judiciales, la OIJ, que usted bien sabe tiene delegación provincial en Liberia.

Era difícil que el intendente Oreamuno se sulfurara, pero el inspector Morales lo estaba consiguiendo.

—¡Nadie me va a enseñar a mí las leyes de Costa Rica! También está establecido que en ausencia de la OIJ, es deber de la autoridad policial en conocimiento del caso iniciar las investigaciones.

Un pichel de agua helada, mitad agua mitad hielo, que sudaba por fuera de tan frío, se le apareció al inspector Morales como una visión

beatífica.

—¿Ausencia de la OIJ? ¡Pero si no la ha llamado!

El intendente Oreamuno se caló el sombrero con movimiento enérgico.

—Puesto que no quiere venir, me voy solo. Pensé que le interesaba un caso como éste, pero ya veo que no.

Que apagaran la luz del sol, y acostarse en su catre a dormir. Eso era todo. Y el pichel de agua helada a su alcance en la oscuridad.

—A usted nada más lo van a sancionar conforme el reglamento de la Policía, por abuso de funciones, o suplantación, o lo que sea. A mí me expulsan del país, y me mandan de vuelta a Nicaragua.

—Yo sí lo acompaño, intendente. —Doña Sofía, vuelta a la vida, se incorporó—. Sólo déjeme que me ponga ropa seca.

El inspector Morales se le interpuso.

—No sea imprudente, doña Sofía. Allí la quiero ver refundida en una celda del Chipote con la luz encendida a toda hora, para que no sepa cuándo es de día y cuándo es de noche, después que la deporten.

Doña Sofía lo apartó con calma y suavidad.

—Puede que me saquen de Costa Rica, o puede que las autoridades me agradezcan mi colaboración. No sé. Lo que sé es que no me van a mandar de vuelta a Nicaragua, que eso está en contra de los derechos humanos. Y si acaso aún me falta correr mundo, pues veremos qué otro país me toca en suerte. La pelota se hizo para rodar.

—Antes fantaseando sobre un crimen a bordo del Sea Cloud, y cuando hay un muerto de verdad, lo que hace es poner un pretexto tras otro, camarada —dijo Lord Dixon, sentado ahora en la grada del autobús, a los pies de la Fanny.

—Amor, no podés dejar sola a doña Sofía. —La Fanny vino hasta él y le puso la mano en el hombro. Las uñas, largas y pulidas, pintadas de ciclamen, brillaban como ascuas, y su pelo olía a champú de manzana.

—Después no digan que soy yo el que nos mete siempre en enredos. —El inspector Morales alzó las manos como quien se rinde frente al enemigo.

—Entonces procedo a juramentarlos a los dos como auxiliares de policía. Pónganse aquí delante de mí y levanten la mano derecha. —El intendente Oreamuno levantó de una vez la suya.

—¡Eso sí que es ilegal, no tiene ninguna autoridad para juramentar a nadie! —Lord Dixon se acercó alarmado.

—¿No sos vos el que decís que sólo pongo pretextos? —El inspector Morales lo miró de reojo, ya la mano en alto—. Pues ahora me callo.

El intendente Oreamuno los hizo jurar fidelidad al cuerpo policial, desempeñar sus funciones con lealtad, honestidad y patriotismo, y guardar la estricta confidencialidad de todos aquellos actos y procedimientos en los que participaran.

—Bueno, ahora ya estamos. Bautista nos lleva, ya nos está esperando con la panga —concluyó.

Efectivamente, Bautista, un viejo moreno y fibroso, desnudo de la cintura para arriba, con unos viejos jeans recortados a la rodilla, se divisaba en la costa, en guardia al lado de su panga varada en la arena.

Era el vecino más próximo que tenían. Oficiaba como diácono del Salón del Reino, la iglesia sin paredes de los Testigos de Jehová, que celebraba sus asambleas penitenciales los sábados y domingos por la tarde; y como los parlantes del equipo de sonido eran poderosos, desde el cobertizo podían escuchar las oraciones, cantos y confesiones en alta voz de los fieles.

Así se enteraron de que Bautista había repudiado en público a su esposa Abigail, una rubiecita enclenque, tan joven que más bien parecía su nieta, porque se había atrevido a celebrar su cumpleaños en casa de una prima, contra la estricta prohibición de fiestas semejantes; y, en el colmo de los males, se había llevado sin autorización el equipo de sonido para poner reguetones de Don Omar y demás demonios del perreo.

Cuando terminaba la faena de pesca con sus dos sobrinos, Gamaliel y Josías, Testigos de Jehová también, Bautista se presentaba en el cobertizo para regalarles, deber de vecino, la primicia de lo que Dios ponía en su atarraya, una cabrilla, un pez loro, un jurel; y apenas terminaba de leer el número mensual de *La*

Atalaya, se lo pasaba a doña Sofía, a quien consideraba una pariente lejana en religión, por evangélica. Pero cuando ella lo sermoneó por repudiar a Abigail, acusándolo de bárbaro retrógrado, se llevó de vuelta el hermoso jurel que traía esa vez colgado de la mano, y no volvió más.

Bautista saludó al inspector Morales con un gesto distante, pero a doña Sofía no le dirigió la palabra. Cuando sus tres pasajeros estuvieron acomodados en los travesaños de la panga, la empujó hacia las olas con la ayuda de los sobrinos, que se quedaron en tierra. Y ya sentado en la popa, antes de que lograra encender el motor fuera de borda, un Suzuki de 25 caballos que rugió al tercer intento, la panga había sido catapultada a lo alto del tobogán de una ola revuelta, de la que descendieron entre espumarajos, y doña Sofía, que iba sentada en la proa, agarrada con ambas manos a la amura de estribor, el estómago en la boca, resultó bañada de pies a cabeza; pero mientras enfilaban hacia el velero, hendiendo la superficie rizada del agua, el sol que caía a plomo sobre el bote no tardó en orearle el uniforme de camarera que se había puesto por ser lo que tenía más a mano.

El Sea Cloud se había vuelto de nuevo hacia estribor, y el águila de alas plegadas del mascarón de proa se mecía encabritada debajo del bauprés.

Bautista maniobró con el motor apagado para alcanzar la plataforma de la escalerilla de acceso que se movía a ras del agua cerca de la popa, donde un marinero esperaba para alcanzarle una cuerda. Y una vez que los tres desembarcaron, hizo un giro y se alejó de nuevo hacia la costa.

El capitán resultó ser un filipino de Mindanao, egresado de la Escuela Náutica de Barcelona, y se llamaba Avelino Saltarín. Los aguardaba en cubierta, al cabo de la escalerilla, uniformado de blanco, con medias largas y calzones cortos, el quepis bajo el brazo. Pasaba de los cincuenta años y el pelo, rebelde al peine, lucía entreverado de canas.

Lord Dixon, conforme su costumbre de encontrar parecidos, le sopló al oído al inspector Morales que así habría llegado a ser Bruce Lee, de no haber muerto tan prematuramente.

Al lado del capitán Saltarín se hallaba el oficial de cubierta, míster Duncan Patterson, originario de Kingston, Jamaica, que lo doblaba en estatura y en volumen corporal, también en uniforme blanco.

La camisa verde del inspector Morales, estampada con botellas de cerveza Corona en la guarda, hacía mal contraste con la calzoneta de baño de colores sicodélicos, la vieja prótesis a la vista; y el uniforme de camarera de doña Sofía, que apenas terminaba de secarse, llamaba también la atención de los anfitriones, quienes examinaban a ambos con mirada entre dudosa y confundida.

El intendente Oreamuno sacó del bolsillo del pantalón la billetera que había tenido la previsión de meter en un ziploc para protegerla del agua, y mostró su chapa policial. Luego procedió a introducir a sus dos asistentes jurados.

—No creo que queden nada tranquilos estos caballeros, a pesar de las presentaciones —dijo por lo bajo Lord Dixon—. Un estrafalario en plena resaca alcohólica, una camarera a la que sólo falta la cofia, y un policía experto en cuatreros, admirador perdido del detective Cannon, al que ojalá no se le ocurra exponer ahora mismo su teoría de que la Tierra es plana.

La cubierta se hallaba desierta, sin ningún tripulante a la vista, y el único ruido era el de las jarcias que chirriaban con el vaivén del barco. Todo brillaba con reflejos impolutos. La madera noble de la tarima, las barandillas y los pasamanos barnizados en tinte oscuro, igual que la rueda del timón y la vecina bitácora de pedestal; el cobre bruñido de las bombardas de los tubos de ventilación, y el esmalte blanco de los botes salvavidas cubiertos por lonas, colgados de los garfios de los pescantes.

El movimiento constante del velero, aunque leve, contribuía poco a serenar la resaca del inspector Morales, que sentía el mundo ir y venir bajo sus pies; doña Sofía, con el estómago zarandeado, no le iba a la zaga.

Concluida la bienvenida, se dirigieron al área de popa donde se servía el desayuno a los pasajeros bajo un dosel a rayas verdes. Todo había quedado listo esa mañana según la rutina. Las mesas, rodeadas de asientos de rafia con cojines floreados, vestidas de manteles y servilletas color lila y adornos florales al centro; los

cubiertos, vasos y copas ordenados con mano maestra; y, en un largo mostrador, bandejas vacías, fuentes de plata con tapaderas colocadas sobre calentadores de butano apagados, rimeros de platos y tazas, y una máquina de Nespresso.

Como en la mesa solo había cuatro sillas, el inspector Morales y doña Sofía se quedaron a la zaga, hasta que el capitán Saltarín, muy amablemente, volvió a levantarse para arrimar una adicional.

—Debo informarle, señor intendente, que mientras la autoridad policial no llegara para esclarecer el asesinato, decidí pedir a los pasajeros permanecer dentro de sus camarotes, donde son atendidos. La tripulación se halla recluida también, y sólo se ocupa de las tareas básicas.

—¿Asesinato? —los ojos del intendente Oreamuno brillaron con una chispa de entusiasmo.

—No entiendo, doña Sofía, cómo alguien puede alegrarse de que hayan matado a alguien —dijo Lord Dixon.

—Un asesinato cometido en aguas de Costa Rica —confirmó el capitán Saltarín—. Alguno de los pasajeros demandó que regresáramos al puerto de origen, pero debí atenerme a los reglamentos. Teniendo un cadáver a bordo, estaba impedido de atravesar de regreso la frontera marítima. Y con los instrumentos electrónicos de navegación inutilizados, y las comunicaciones en cero, tampoco podía dirigirme al puerto nacional más próximo, que según la carta náutica es Puntarenas, en el golfo de Nicoya.

—¿Los instrumentos de navegación? ¿Las comunicaciones? ¿Todo anulado? —el intendente Oreamuno no salía de su asombro.

El capitán Saltarín miró a míster Patterson con gesto de fatiga, invitándolo a responder.

—El sistema informático, del que dependen los instrumentos de navegación, y también las comunicaciones, fue inutilizado. Un sabotaje. Dañaron el panel del ordenador. Estamos tratando de repararlo.

La voz grave y profunda de míster Patterson, y su español, con acento de inglés caribeño, le recordaban al inspector Morales a Lord Dixon.

El intendente Oreamuno miró a sus dos asistentes, que guardaban silencio, y luego se volvió hacia sus anfitriones:

—¿Y el asesinato cómo se dio? ¿Con arma blanca? ¿Con arma de fuego?

—Con arma de fuego —respondió, compungido, el capitán Saltarín —. Un balazo certero en el pecho. Le dispararon a la víctima en su propio camarote.

—¿Dónde está el pasajero que llamó poniendo la denuncia? —El intendente Oreamuno soltaba las preguntas con avidez.

—No fue un pasajero, he sido yo, desde mi celular —intervino míster Patterson.

La voz del inspector Morales, rasposa de ron, se dejó oír por primera vez:

—¿Quién es la víctima, capitán?

Míster Patterson, diligente, alcanzó al capitán Saltarín una carpeta:

—Miguel Soto Colmenares —leyó por encima el capitán Saltarín—. Un empresario nicaragüense. Fue él quien contrató el crucero.

—Para celebrar su cumpleaños con un grupo de familiares y allegados —agregó míster Patterson.

4. Viejos conocidos

El inspector Morales y doña Sofía, sentados a ambos lados del intendente Oreamuno, se miraron con asombro. En alguna parte de las entrañas de aquel velero que cabeceaba mansamente, donde todo en la cubierta resplandecía recién pulido, y el olor a alquitrán y a resina no se apartaba de las narices, yacía el cadáver ensangrentado de Miguel Soto Colmenares. Y el inspector Morales lo vio otra vez, seguido por su sobrino Manuelito, subiendo las escaleras hacia la terraza donde lo aguardaba el helicóptero que lo llevaría al aeropuerto a tomar su avión privado rumbo a Houston, mientras el zumbido de las aspas invadía el despacho donde lo dejaba prisionero, a merced de Tongolele.

—¿No es ése el mismo Soto que sale en *Ya nadie llora por mí*? —preguntó el intendente Oreamuno por lo bajo.

—No creo que haya otro —asintió el inspector Morales.

—Quién le hubiera dicho a Soto que navegando en un barco de vela iba a hallar su fin. —Doña Sofía movió sentenciosamente la cabeza.

Soto había desaparecido por la escalera, el helicóptero alzaba vuelo, y las imágenes desaparecían de su cabeza como si alguien hubiera desconectado el proyector. Enseguida se acercó al intendente Oreamuno.

—No me toca a mí estar preguntando. Pídale al capitán que resuma los hechos.

—Mi colaborador solicita una relación de los hechos, capitán. —El intendente Oreamuno puso su mano en el hombro del inspector Morales—. Y cualquier pregunta que él haga tómela como mía.

El capitán Saltarín repasó las hojas contenidas en la carpeta.

—Una de las firmas comerciales de míster Soto, La Dalia Imports Exports, contrató en nuestras oficinas de Miami un crucero chárter, con duración de dos semanas, a iniciarse el 27 de diciembre en el puerto de San Juan del Sur, rumbo a las aguas del Caribe; tras cruzar el canal de Panamá tocaríamos el puerto de Bridgetown en Barbados, y luego La Guaira en Venezuela, donde terminaba el viaje el 13 de enero.

Cerró la carpeta, y miró uno a uno a sus visitantes.

—El Sea Cloud, según el compromiso, ancló el día de ayer 27 de diciembre, por la mañana, frente a la bahía de San Juan del Sur, donde los pasajeros fueron recogidos del muelle de pesca cerca de las 6 pm en la lancha motora del barco. Míster Soto dispuso que deseaba cenar a bordo en compañía de sus invitados, antes de zarpar, y el servicio del comedor se levantó pasadas las 9 pm, cuando todos los pasajeros se retiraron a sus respectivos camarotes.

»Partimos poco después, con los motores encendidos por falta de viento, a una velocidad de seis nudos, y atravesamos la línea imaginaria de la frontera marítima a las 10.15 pm. La camarera entró a las 10.35 pm a la suite A de la primera cubierta, ocupada por míster Soto, para llevar una cobija de lana solicitada por el intercomunicador al ama de llaves. Tras golpear con los nudillos y no ser atendida, abrió la puerta, que se hallaba sin cerrojo, y descubrió el cadáver.

—¿Las comunicaciones fueron cortadas antes o después del asesinato? —preguntó el inspector Morales.

—Míster Patterson me reportó la avería total del sistema a las 10.20 pm, y mandé detener la marcha. —El capitán Saltarín volvió a acudir a la carpeta.

—¿Quiere usted decir que cuando el asesinato se produjo el barco se hallaba detenido? —preguntó el inspector Morales.

—Cuando la camarera encontró el cuerpo, ya habíamos detenido la marcha —afirmó el capitán Saltarín—. Pero no se apagaron los motores. Pensamos que podríamos solucionar rápidamente el problema.

—Sólo nos dimos cuenta de que se trataba de un sabotaje grave una vez que concluimos la inspección del sistema, después del

asesinato —agregó míster Patterson.

—¿Y el arma con que le dispararon? —El inspector Morales se reacomodó en el asiento.

El capitán Saltarín miró a míster Patterson, quien se puso de pie y volvió al poco tiempo con un ziploc colgando de la mano. Dentro había una pistola semiautomática.

—Una Walther PPK de 9 milímetros —acotó el capitán Saltarín—. Una de estas pistolas usó Hitler para suicidarse.

—La misma que utilizaba el detective Cannon —se apresuró a agregar el intendente Oreamuno.

—Siento corregirlo. —Míster Patterson le extendió la bolsa—. El detective Cannon utilizaba un revólver Colt 38 calibre corto, mejor conocido como Colt Detective Special.

—Ideay, ya le salió su cuero de tigre —dijo Lord Dixon.

El intendente Oreamuno enrojeció, azorado.

—Ah, claro, quien la usaba era Barnaby Jones.

—Sorry, pero tampoco —negó con toda cortesía míster Patterson —. Barnaby Jones llevaba una Smith & Wesson, modelo 10.

—Creo que el intendente Oreamuno se refería más bien a James Bond —intervino doña Sofía.

—Allí sí estaría en lo cierto —aceptó míster Patterson.

—¿Dónde fue hallada el arma? —Volvió a reacomodarse en el asiento el inspector Morales. El cojín le resultaba incómodo.

—Estaba tirada en la alfombra, al lado de la puerta —respondió míster Patterson—. Por el susto, la camarera no alcanzó a descubrirla. Me puse guantes de látex antes de manipularla. Los guantes están también dentro de la bolsa.

El capitán Saltarín tomó una hoja de la carpeta.

—El doctor Mortimer, el médico de a bordo, ha practicado de manera preliminar el reconocimiento forense del cadáver. Tuvo que moverlo para determinar la trayectoria del proyectil, pero volvió a dejarlo en la misma posición en que lo encontró en la cama. He traducido del inglés su dictamen:

A las 12.21 horas antes del meridiano del 28 de diciembre del año que corre, en mi calidad de médico de a bordo del Sea Cloud,

reconocí el cadáver de un adulto de sexo masculino, de aproximadamente 80 años. Yacía semidesnudo en el lecho de la suite A, cubierta principal. Presentaba herida en el tórax provocada por arma de fuego, a la altura del tercer espacio intercostal izquierdo, sin marcas de pólvora. Se infiere disparo al menos a media distancia, con orificio de salida por la espalda, zona dorsal. Muerte por afectación de órganos vitales, probablemente el corazón, a precisar mediante autopsia.

Doña Sofía levantó la mano tímidamente, como si estuviera sentada en un banco de la escuela.

—Diga usted, señora —el capitán Saltarín le sonrió cordialmente.

—¿La camarera no escuchó el disparo? —preguntó ella.

—Cuando se remodeló el Sea Cloud las suites fueron acondicionadas para bloquear todo ruido —respondió el capitán Saltarín—. Es como si esa pistola hubiera tenido un silenciador.

—Otra pregunta —volvió a levantar la mano doña Sofía.

El capitán Saltarín le dio la venia con otra sonrisa.

—¿Por qué el asesino habrá dejado el arma a la vista, cuando era tan fácil deshacerse de ella lanzándola al mar?

—Ya míster Patterson y yo nos hemos hecho la misma pregunta, y no encontramos respuesta. Corresponderá a ustedes averiguarlo —contestó el capitán Saltarín.

—Cuando revisen la pistola, señor intendente, encontrarán que el número de serie fue borrado a conciencia con una lima —intervino míster Patterson—. Hay una novela de Ellery Queen donde ocurre lo mismo.

—Exacto —se apresuró a intervenir el intendente Oreamuno—. En *El misterio del zapato blanco*.

—Se avizora un duelo de titanes —dijo Lord Dixon—. No sabía que míster Patterson también es adicto al mismo vicio.

—Siento sacarlo de su error —respondió, siempre cortés, míster Patterson—. Allí el asesinato se da por estrangulamiento. Me refiero a *El misterio de la pistola americana*, como es obvio.

—En esa novela tampoco se menciona para nada que el número de serie hubiera sido borrado —terció con toda propiedad doña Sofía

—. La intriga se concentra alrededor del paradero del arma.

—Ya les salió a los dos expertos la venada careta. —Se frotó las manos Lord Dixon.

Míster Patterson, ya temeroso, dejó de un lado las novelas de Ellery Queen:

—Esta pistola es de colección, y como hay pocas en el mundo, no será difícil identificarla, aun borrada la serie.

—Si es que es auténtica —opinó, siempre certera, doña Sofía—. Abundan en el mercado las falsificaciones de armas clásicas.

—¿Y si el dueño de la pistola fuera el mismo occiso? —preguntó el intendente Oreamuno.

—¿Cómo alguien iba a poder matarlo con su propia pistola? —lo cortó míster Patterson.

—Porque la tenía en su poder para matar al que lo mató, pero el otro se la arrebató antes —respondió, ya no tan seguro de sí mismo, el intendente Oreamuno.

—Una mente analítica de brillo cegador —dijo Lord Dixon.

—¿Podríamos ver la lista de pasajeros? —pidió el inspector Morales.

—Tengo no sé por qué el pálpito de que vamos a encontrar caras familiares en esa lista —comentó doña Sofía.

El capitán Saltarín volvió a recurrir a su carpeta, sacó una hoja y se la extendió al intendente Oreamuno.

—Aquí la tienen. Hay un resumen de datos personales al lado de cada nombre. La nave tiene capacidad para 56 pasajeros, pero sólo hay ocho a bordo por tratarse de un viaje chárter de carácter privado.

El intendente Oreamuno alejó la hoja de sus ojos a causa de su presbicia y recorrió con el dedo la lista, mientras repetía los nombres en voz baja:

COLMENARES SOTO, MIGUEL, Mr. Nacido en Nicaragua, 1943. Viudo. Pasaporte diplomático República Bolivariana de Venezuela A29415322. Suite 1, main deck.

MARITANO, MÓNICA, Ms. Nacida en Nicaragua, 1965. Soltera. Asistente personal de Mr. Soto. Pasaporte ordinario República de Nicaragua L25501415. Suite 2, main deck.

SOTO, MANUEL, Mr. Nacido en Nicaragua, 1985. Soltero. Sobrino de Mr. Soto. Pasaporte ordinario República de Nicaragua L78901456. Cabina de lujo 3, main deck.

PENCE Jr., THOMAS, Mr. Nacido en Boca Ratón, Fla., 1992. Casado. Yerno de Mr. Soto. Pasaporte Estados Unidos de América C00325291. Cabina de lujo 4, main deck.

ARDILA, JOAQUÍN, Mr. Nacido en Nicaragua, 1970. Soltero. CEO Holding MSC Enterprises. Pasaporte Estados Unidos de América C05647121. Cabina de lujo 7, main deck.

MONCADA, ALBA LUZ, Mrs. Nacida en Nicaragua, 1963. Soltera. Abogada de Mr. Soto. Pasaporte República de Nicaragua L67891235. Cabina de lujo 8, main deck.

GUARDIOLA, ROMEO, Mr. Nacido en Nicaragua, 1963. Soltero. Servicio de protección personal de míster Soto. Pasaporte ordinario República de Nicaragua L39258315. Cabina 16, Promenade deck.

—Tiene toda la razón doña Sofía. —El intendente extendió la hoja al inspector Morales—. Aquí están algunos de los personajes que rodean a Soto cuando le encarga a usted encontrar a su hijastra desaparecida.

—La inefable Mónica Maritano, capaz de vender a su madre a plazos. —El inspector Morales repasaba con fruición la lista—. Manuelito, el sobrino, al que le gustaba disfrazarse del agente Smith de la película *The Matrix*…

—¿Imaginó que volvería a toparse en su vida con Soto y su elenco estelar, camarada? —dijo Lord Dixon.

El inspector Morales le pasó la lista a doña Sofía.

—¡Vaya sorpresa, compañero Artemio! ¿Ya se fijó quién cierra el repertorio? —Doña Sofía alzó la vista del papel, con cara de malicia —. Su amigo Romeo Guardiola, alias Tribilín, ¡en calidad de guardaespaldas de Soto!

—Amigo mío no es, ni nada parecido —rezongó el inspector Morales.

—¿Esta Alba Luz Moncada, que aparece como abogada de Soto, no será la Cachorra, vieja amiga suya también? —preguntó doña Sofía, con la misma malicia burlona.

—A menos que se trate de otra persona con el mismo nombre. —El inspector Morales buscaba disimular su turbación—. Pero sería doble casualidad que ésta también fuera abogada.

—Cuando menos se espera, allí está el pasado esperándolo a uno para emboscarlo con alevosía. —Doña Sofía seguía sin quitarle la mirada provocativa al inspector Morales.

—¿De qué pasado están hablando? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Del pasado de algunas personas que se solazan en la promiscuidad. —Doña Sofía sonreía mientras escrutaba al inspector Morales.

El capitán Saltarín y míster Patterson se miraban entre ellos, sin entender las alusiones.

La Cachorra, meditó el inspector Morales. A los dieciséis años había salido de aquel hervor de calor y polvo del caserío de Tonalá, perdido entre los algodonales de Chinandega, donde el sol quemaba siempre como si fuera mediodía, para incorporarse a una escuela de entrenamiento guerrillero en El Sauce, donde por poco la matan en un asalto sorpresivo del Ejército de Somoza. Al triunfo de la revolución habían entrado juntos en las filas de la Policía, él aún aprendiendo a manejar la prótesis, como si siempre asentara el pie en terreno fangoso, y ella, huraña y ensimismada, jamás se despojaba, ni aun fuera de servicio, de su uniforme guerrillero viejo y deslavado, ni de su gorra de trapo en la que lucía una estrella solitaria pintada a mano con anilina de zapatos.

Aprendió a leer y a escribir durante la Cruzada Nacional de Alfabetización, junto a otros guerrilleros convertidos en policías, con una brigada de estudiantes blanquitos del Colegio Centroamérica de los jesuitas, y el día que recibieron su diploma hubo una celebración en un restaurante de la loma de Tiscapa. La fiesta se había prolongado hasta la medianoche, y ahora no recordaba cómo, cerveza tras cerveza, se quedaron los dos solos en una mesa de la terraza que se asomaba al cráter de la laguna, para terminar en un motel de la carretera vieja a León, donde había en el patio una familia de pavorreales que no se apartaron del camino cuando al traspasar el portón los alumbró con los faros del jeep Land Rover confiscado que tenía en asignación, y más bien el macho desplegó su cola como si lo desafiara.

La Cachorra olía a humo de candil, como en la cuartería de Campo Bruce donde tenía una pieza su abuela Catalina, las rodillas y los codos ásperos, las aureolas de los pechos de un intenso morado, oscura la piel del vientre y el vello del pubis espinoso. Turbado, parpadeó ante aquel recuerdo que llegaba como un tronco descuajado que arrastra una crecida.

—Soto viudo —doña Sofía volvió a la lista—. ¿Cuándo habrá muerto doña Ángela?

—Ésa es la beata aquella que no tuvo empacho en ocultar que Soto violaba a su propia hija, según me acuerdo por la novela —afirmó el intendente Oreamuno.

—¿Y cuándo se hizo Soto venezolano? —preguntó, a su vez, el inspector Morales.

—Y esa Mónica Maritano, y ese Manuelito, el sobrino de Soto —siguió el intendente Oreamuno—. Son amantes, o fueron amantes. Y la Maritano también fue amante del muerto.

El capitán Saltarín y míster Patterson seguían mirándose sorprendidos.

—Estamos hablando de los pasajeros, conocemos a varios de ellos —les aclaró el inspector Morales.

La cara del intendente Oreamuno era de complicidad satisfecha cuando se dirigió al capitán Saltarín:

—El inspector Morales es famoso como investigador. En su larga carrera ha tenido que vérselas con varios de los pasajeros, empezando por el occiso. Es una ventaja para esta investigación.

El capitán Saltarín miraba al inspector Morales con curiosidad, en la que dejaba transparentar algo de suspicacia ante la afirmación del intendente Oreamuno en cuanto a su fama, lo cual ofendió a doña Sofía.

—El inspector Morales ha aparecido en libros —proclamó ella, con cierta altanería.

—No lo dudo, señora —respondió con una inclinación de cabeza el capitán Saltarín—. Sólo espero que la fama del inspector redunde en beneficio de la solución de este crimen.

—Se hubiera vestido correctamente, apreciado camarada, y no estaríamos en estas dificultades de imagen —dijo Lord Dixon.

—Main deck. ¿Qué significa? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Cubierta principal —respondió el capitán Saltarín—. De la mitad hacia la popa, están las suites y cabinas de lujo. Hacia la proa, se halla el cuarto de máquinas. Mejor le hago un diagrama.

Sacó su estilográfica, y sobre la tapa de la carpeta dibujó con pocos trazos el plano del yate, marcando las escaleras, cercanas a la popa, por las que se descendía a la cubierta principal. Las suites 1 y 2 eran las últimas al fondo, a ambos lados del pasillo, vecinas a las cabinas de lujo 3 y 4.

—¿La suite número 1 era la del dictador Trujillo? —preguntó doña Sofía.

Por la cara del capitán Saltarín pasó una leve sombra de disgusto.

—Prefiero decir que fue la suite de Mrs. Merriweather Post, la dueña original del barco, quien la diseñó a su gusto. La otra, la número 2, fue la de su esposo, Mr. Hutton.

—¿Puede indicarme los sitios donde se hallan instaladas las cámaras de seguridad? —pidió el inspector Morales.

—En estos puntos del pasillo. —Míster Patterson fue señalando con la estilográfica—. Pero le advierto que, al apagarse el sistema, quedaron inutilizadas.

—Nunca antes hemos andado tan a ciegas en un caso —comentó, con desesperanza, doña Sofía.

—Entiendo que querrán empezar por la inspección de la escena del crimen. —Míster Patterson miró su reloj.

—Y una vez cumplida la inspección por parte de ustedes, debo disponer el traslado del cadáver a la morgue. —El capitán Saltarín se puso de pie y se calzó el quepis.

—¿Morgue? —se sorprendió doña Sofía.

—No lanzamos los cadáveres al mar, como en las películas de corsarios —en la voz del capitán Saltarín había un leve toque de ironía—. Los preservamos en una morgue antes de poder llevarlos a puerto.

—Ramfis tuvo que mantener el cadáver de su progenitor en el frigorífico de las carnes y los pescados mientras anduvo errante por los mares —dijo Lord Dixon.

—También tenemos un hospital de cinco camas. Muchos de nuestros pasajeros son habitualmente de la tercera edad —agregó míster Patterson, recogiendo su quepis de la mesa.

—Sin intención manifiesta de aludir a los ilustres visitantes —dijo Lord Dixon.

Míster Patterson les ofreció una caja de guantes de látex.

—Supongo que van a necesitarlos.

El capitán Saltarín se apartó para dejarles paso.

—Míster Patterson los acompañará a la suite de la víctima. Yo debo ocuparme de supervisar los trabajos para que se restablezca el sistema. En cuanto lo logre dirigiré el barco hacia Puntarenas. Según mi derrotero se halla a 95 millas náuticas al sur.

—Suena como una advertencia para su detective Cannon, inspector —dijo Lord Dixon—. El capitán Saltarín está deseando atracar en Puntarenas cuanto antes para poner el caso en manos de una autoridad seria.

Las señales de alarma en la cara del intendente Oreamuno se hicieron evidentes. Miraba el sombrero Stetson como si no fuera suyo, y no sabía si debía ponérselo o no.

—Cuando usted enfile su barco a puerto, el asesino irá esposado bajo mi custodia —afirmó de manera contundente.

5. Happy Birthday

La luz que penetraba por los ojos de buey, velada por las tenues cortinas de gasa, se proyectaba en haces sobre el lecho, como en un escenario teatral. El cadáver de Miguel Soto estaba sobre la cama, el torso erguido sobre las almohadas acuñadas contra el espaldar. Tenía sólo el pantalón del pijama puesto, y el pecho desnudo ensangrentado. La sangre, ya oscura y apelmazada, mojaba también las almohadas, las sábanas y el cobertor de damasco.

Míster Patterson activó el switch al lado de la puerta, y la luz difusa que se filtraba por los ojos de buey dio paso a una claridad deslumbrante, multiplicada por los espejos de cuerpo entero colgados en las paredes laterales.

El decorado de la suite le recordó a doña Sofía una película en tecnicolor sobre la emperatriz Sissi que había visto hacía años en el cine Luciérnaga de la Managua que se llevó el terremoto. Los espejos rematados en morriones, las lágrimas de cristal del candelabro, colgado de un rosetón de escayola en el techo, que parecían arder como ascuas, el sofá forrado de seda a rayas donde la emperatriz se sentaba a llorar sus desventuras, y la cama imperial con un cortinaje de terciopelo granate, pendiente de una corona de latón, que caía sobre la cabecera en dos vuelos atados por cordones dorados.

El inspector Morales se acercó a la cama. El aire acondicionado, encendido al máximo, soplaba sobre el cabello blanco y sedoso de Miguel Soto, agitándolo. Le costaba reconocerlo, tras años sin verlo, pero sin duda era él. El mismo al que había conocido la vez que lo invitó a desayunar en el comedor solitario de su mansión de la sierra de Managua, cuando escogió huevos rancheros a la diabla en el

menú ofrecido por el camarero de chaquetín rojo, un plato que creyó apetitoso, pero que lo decepcionó.

El *rigor mortis* le daba un aspecto extraño y lejano. Tenía la cabeza inclinada hacia la derecha y los ojos abiertos como en asombro. Pero, además, le habían caído encima los años, y el cabello blanco, que lo hacía parecerse al magnate de la FIAT Gianni Agnelli, empezaba a ralear en su cráneo, igual que la piel del cuello, aflojada en arrugas, y los antebrazos descarnados, fuera ya de la rutina diaria de ejercicios que antes solía practicar cada mañana en el gimnasio de su mansión. Y la dentadura, que asomaba por la boca entreabierta, era demasiado perfecta como para no ser postiza.

La camisa de la pijama de seda tornasolada se hallaba tendida sobre el lado derecho de la cama, con la abotonadura abierta, sin salpicaduras de sangre. Era una pijama de esas antiguas, con tréboles en los ojales de la camisa, y un cordón anudado para ajustar el pantalón. ¿Cómo se podía dormir con una prenda de seda puesta, por lujosa que fuera? La seda debía causar picazón en la piel.

Si Soto solicitó una cobija al ama de llaves, era por el aire acondicionado, y no porque pensara dormir con el torso desnudo. Cuando llamaron, supondría que era la camarera. Estaría a punto de ponerse la camisa cuando fue sorprendido por quien había entrado empuñando la pistola. En sus ojos abiertos quedó fijada la sorpresa ante la presencia de alguien que no esperaba, al ver alzar el arma, al presentir el fogonazo del disparo.

—Bonita manera de adelantarse a cantarle el «Happy Birthday» —comentó para sí.

Míster Patterson observaba mientras tanto al intendente Oreamuno, que lleno de entusiasmo tomaba fotografías al cadáver desde todos los ángulos posibles con su teléfono celular.

—Fuera de la manipulación del cuerpo que tuvo que hacer el doctor Mortimer, no hemos tocado nada más para no contaminar la escena.

—Aquí hay huellas de ida y vuelta marcadas con sangre. —El inspector Morales señaló con la contera del bastón la alfombra rojo oscuro que cubría todo el piso.

—Deben ser del doctor Mortimer —se acercó míster Patterson—. Tuvo que llegar hasta la cama para hacer el reconocimiento.

Podía haber otras que no quedaban a la vista. Pero sólo era posible determinarlo con un escáner para captar huellas plantares. La OIJ disponía de esos aparatos portátiles, según recordó el intendente Oreamuno, sin dejarse de afanar con la cámara, uno de ellos utilizado en la investigación del asesinato de una doctora anestesióloga en un hotel de la playa de Manuel Antonio, en Quepos.

Doña Sofía abrió el cajón de la mesa de noche, donde halló un ejemplar del Nuevo Testamento empastado en azul, y la revista turística *Paradises at Hand: The Caribbean Islands*, editada por Lonely Planet.

Se los mostró a míster Patterson.

—El Nuevo Testamento lo reparten los Gedeones Internacionales, y se pone en todas las habitaciones por disposición de la compañía —comentó él—. La guía turística, en cambio, debió pertenecer al fallecido. A menos que un huésped anterior la haya dejado olvidada; pero sería algo muy inusual, porque todo se revisa y limpia antes de cada viaje.

En la portada de la revista, impresa en papel cuché, descollaba una lujuriosa vegetación tropical, y al fondo unas colinas volcánicas esfuminadas en azul celeste. Doña Sofía la abrió por una página que tenía la esquina doblada, donde se reseñaban los diez mejores sitios para comer en Bridgetown, y dentro de un círculo trazado en rojo, se hallaba el restaurante Rascals en Brandon's Beach. En el margen inferior de la misma página había un número anotado a mano: 001 246 7235400.

Doña Sofía recurrió de nuevo a míster Patterson para enseñarle la página.

—Pues ya no me cabe duda. —Le devolvió la guía tras una rápida hojeada—. Era propiedad de míster Soto. Se proponía celebrar su fiesta de cumpleaños en Bridgetown. Me parece que el 2 de enero. Nosotros mismos tramitamos la reserva del restaurante que aparece marcado en rojo. Es el más exclusivo de la ciudad.

—¿Y el número? ¿Será algún teléfono de Barbados? —preguntó ella.

—Parece serlo. —Míster Patterson tomó de nuevo la guía y revisó la anotación—. El área code está correcta. Pero los números de Barbados tienen siete cifras, y comienzan siempre por 4. Puede ser que a míster Soto se lo hayan dictado durante alguna llamada, y lo copió mal.

—¿Contrata un crucero de lujo para celebrar su cumpleaños, y hace la fiesta en tierra? —comentó el intendente Oreamuno, siempre en movimiento por la habitación, teléfono en mano.

Míster Patterson pareció recordar en ese momento que se hallaba en presencia de un cadáver, y se apresuró en quitarse el quepis.

—No se asombre. Puedo decirle que estoy acostumbrado a tratar con millonarios, y son extravagantes en sus costumbres. Con decirle que míster Soto hizo subir a bordo un cargamento de champán Moët & Chandon para esa fiesta en el Jumas. Las cajas fueron acomodadas en la bodega bajo su propia supervisión, no fuera a quebrarse alguna botella.

El inspector Morales, que se hallaba dedicado a revisar el closet, le pidió ayuda al intendente Oreamuno para bajar las maletas, depositadas en el tramo superior. Eran dos, marca Rimowa, de titanio acanalado, parecidas a los baúles que se usan para trasladar la impedimenta en las giras de conciertos de los artistas de cartel.

Se hallaban vacías. Todo el contenido, chaquetas, pantalones, shorts, ropa interior, zapatillas, estaba desplegado en las perchas y en los tramos y gavetas, de manera ordenada. El nécessaire con los efectos de tocador había sido colocado sobre la plancha de mármol del lavamanos en el baño.

—El trabajo de deshacer las maletas del huésped le toca al valet asignado a la suite —informó míster Patterson.

—No veo por ningún lado el maletín —mencionó el inspector Morales.

—¿Cuál maletín? —el intendente Oreamuno lo enfocó con el celular, como si fuera a fotografiarlo.

—Debió traer un maletín con sus documentos personales, las tarjetas de crédito, el pasaporte —respondió el inspector Morales—.

No está tampoco su teléfono. Ni su computadora.

—Teléfono y laptop debieron estar dentro del maletín desaparecido —intervino doña Sofía.

Míster Patterson asintió pausadamente:

—Tiene usted toda la razón, inspector. Míster Soto subió a bordo con un maletín ejecutivo en mano. Era de cuero, color borgoña, con cierres metálicos. Me llamó la atención porque lo llevaba sujeto a una cadena, pendiente de una pulsera.

El intendente Oreamuno sonrió para sí al recordar un capítulo de la serie del detective Cannon. Un empleado de una joyería transportaba diamantes en el tren subterráneo de Nueva York, con el maletín sujeto por una cadena a la muñeca, y los ladrones trataban de cortar la cadena con un alicate, en medio de un forcejeo. Cannon, para desgracia de los ladrones, iba en el vagón, pues se hallaba de vacaciones en la Gran Manzana.

—Como el empleado de la joyería que viaja en el metro en uno de los capítulos de la serie de Cannon, y es asaltado por los ladrones —agregó míster Patterson, y el intendente Oreamuno lo miró con rencor.

—Eso significa que el asesino venía por el maletín —comentó doña Sofía—. Mató a Soto, buscó el maletín, y se lo llevó.

—Si lo encontramos en el camarote de alguno de los pasajeros, este caso es pan comido. —El intendente Oreamuno fotografiaba mientras tanto las maletas vacías.

—O el maletín fue a dar al fondo de la bahía —agregó doña Sofía —, y el hechor se quedó sólo con lo que le interesaba.

El inspector Morales se dirigió a míster Patterson:

—¿Puede ordenar que busquen ese maletín en los camarotes de los pasajeros? Y la computadora, cualquier documento que pertenezca a Soto.

Míster Patterson salió a dar las órdenes.

—Aquí, por el momento, me parece que hemos terminado, movámonos. —El inspector Morales se encaminó hacia la puerta.

De inmediato recapacitó que no era facultad suya decidir si habían terminado o no. Se estaba olvidando de que no era más que un subordinado escogido al dedo, y juramentado no sabía con qué

validez. Un intruso tal vez, igual que doña Sofía, corriendo el riesgo de incurrir en algún delito de suplantación de autoridad. Y le pesaba también que, al dar su brazo a torcer y embarcarse en esta aventura, había abandonado sus responsabilidades de vigilancia en el hotelito, al cual se podían meter los ladrones y desvalijarlo, y no sería sino su culpa. ¿Y si monsieur Bonnet aparecía de improviso con una nueva partida de clientes matrimoniales, y encontraba el lugar abandonado?

El intendente Oreamuno parecía no haberlo escuchado, porque ahora fotografiaba desde uno de los ojos de buey la isla Bolaños, muy cercana a la banda de babor donde se hallaba la suite, un promontorio rocoso entre gris y ocre, de escasa vegetación, contra el que rompían débilmente las olas.

Llamó por señas al inspector Morales.

—Después le pedimos a míster Patterson que nos tome arriba una foto de recuerdo con la isla de fondo —le susurró en tono cómplice —. Y que se vea la cubierta. ¡Cuándo volveremos a subirnos en un velero como éste!

—Suficiente foto voy a tener con la que me van a tomar de frente y de perfil cuando me fichen —le sopló el inspector Morales, con repentino enojo—. Apurémonos antes de que reparen las comunicaciones y vengan los agentes de la OIJ con los jueces y fiscales y nos lleven presos.

Míster Patterson, que había vuelto, esperó discretamente desde la puerta a que terminara aquella consulta secreta antes de hablar:

—El contramaestre y dos oficiales están a cargo de la búsqueda del maletín.

—Se le agradece. —El intendente Oreamuno se llevó dos dedos al ala del sombrero—. ¿Dónde podemos hacer los interrogatorios?

—En la biblioteca. Es un lugar discreto. ¿Desean empezar con los miembros de la tripulación, o con los pasajeros?

El inspector Morales se volvió hacia el intendente Oreamuno:

—Recomiendo empezar con los pasajeros. Y llamar a los tripulantes sólo en los casos en que necesitemos a alguien en particular. Si no, no acabamos nunca.

—Que conduzcan uno a uno a los pasajeros a la biblioteca en la medida en que los vayamos llamando —pidió el intendente Oreamuno—. Los demás deberán permanecer en sus camarotes, como hasta ahora.

Cuando subían las escaleras hacia la cubierta de promenade tras míster Patterson, el inspector Morales se aparejó a doña Sofía.

—Nos toca trabajar en las peores condiciones. Con las horas contadas, y sin que usted pueda buscar datos en Internet. Así que tenemos que actuar al bolsazo en los interrogatorios.

—Chamarrear, como se dice en el póker —comentó doña Sofía—. Fingir que se tiene escalerilla en flor, aunque las cartas en mano sean charrulas.

—Me asombra cómo doña Sofía domina el lenguaje de los tahúres de los garitos, tan bien como el lenguaje digital —dijo Lord Dixon, que subía tras ellos.

—Debemos empezar con la Maritano —propuso el inspector Morales—. Primera sospechosa para mí. Esa mujer es capaz de todo. Si no disparó el arma, usó a alguien más. Y allí le toca a usted llevar la iniciativa, porque la conoce bien.

—¿Y dónde me deja a Manuelito, el sobrino? —respondió ella—. A mí me huele que a Soto lo mataron por rencillas familiares y disputas de dinero.

—Candidato a haber empuñado el arma, cualquiera que sea el autor intelectual: Tribilín —sentenció el inspector Morales—. Para guardaespaldas, demasiado viejo; pero como gatillero, es un tirador experto.

—Tanto que le advertí que no entrara en intimidades con ese individuo —le recriminó doña Sofía.

—Gracias a ese tropiezo, la Fanny tuvo por lo menos unos días de respiro en su agonía. —El inspector Morales detuvo la marcha—. Y ya cerremos ese caso, por favor. No me lo va a pasar remojando toda la vida.

—Todos tropezamos alguna vez con alguna piedra en el camino —sentenció doña Sofía, conciliadora.

—Después de Manuelito, el tercer interrogado debe ser ese tal Thomas Pence, que está marcado en la lista como yerno —agregó el

inspector Morales.

—Ése debe ser aquel novio de Marcela, la hijastra de Soto. —Doña Sofía lo miró, curiosa de adivinar su reacción.

—Supongo que sí —parpadeó, amoscado, el inspector Morales—. Ella lo llamaba Tommy.

—La flaquita esmirriada a la que usted pretendía de amores, y que tanto provocó los celos de Fanny, que en paz descanse —remató doña Sofía.

El inspector Morales, todavía perturbado, buscó parecer severo:

—Ya lo pasado, pasado, no me interesa. Caramba, usted cuando no agarra un tema, es otro.

—No mienta echando mano de la canción de José José, que todavía lleva esa quemadura en el alma, compañero Artemio —lo desafió doña Sofía.

—No sólo dominan ambos a la perfección el lenguaje de los tahúres —dijo Lord Dixon—. Ya aprendieron también a hablar como los boleros de roconola.

Habían salido a la cubierta, y pasaban frente a los ventanales en arco del suntuoso comedor, que se hallaba cerrado. Al lado estaba la biblioteca, a cuya puerta aguardaba míster Patterson.

Doña Sofía se detuvo un momento, de cara a la barandilla. Una bandada de pelicanos marrones revoloteaba tras el rastro de un barquito de pesca que faenaba hacia el sur, más allá de la isla Bolaños.

—Llama la atención la presencia de ese yerno gringo en el barco, compañero Artemio. ¿Qué pito toca aquí, después que Soto hizo lo que hizo con Marcela? Se ve que le falta dignidad.

El inspector Morales le dio la razón:

—Gente muy rara, doña Sofía. Más simpática la familia Monster de la televisión que ellos. Vea si no la conducta de doña Ángela, que después de callar la violación de su hija, víctima de su propio marido, la acompaña en la denuncia del hecho, y luego vuelve a reconciliarse con él, como si nada.

—Doña Ángela, que murió y ni cuenta nos dimos —suspiró doña Sofía—. Soto aparece en la lista de pasajeros como viudo.

—La habrá matado su propia conciencia —afirmó el inspector Morales.

Míster Patterson se acercó a ellos con aire sigiloso.

—Hay algo que deben saber. Anoche, en este mismo lugar donde están ustedes, antes de la cena, dos pasajeros hablaban de algo que puede interesar a la investigación.

—¿Cuáles pasajeros? —preguntó el inspector Morales.

—Missis Maritano y el sobrino de míster Soto. Yo venía del puente de mando, y pude escucharlos —respondió míster Patterson en tono confidencial.

—¿Y cuál era el tema de esa plática? —preguntó doña Sofía.

—La herencia de míster Soto —míster Patterson bajó aún más la voz—. Algo así como que había librado su testamento sin tenerlos en cuenta a ellos. O lo había cambiado para excluirlos.

—¿Mónica Maritano se quejaba de no haber quedado como heredera en el testamento? —el inspector Morales elevó la voz sin querer.

—Los dos se quejaban. —Míster Patterson miró cauteloso hacia todos lados—. Él, porque era su familiar más cercano. Y ella, porque después de tantos años al servicio de míster Soto, merecía ser beneficiada, aunque fuera con algo, en ese testamento.

—Está claro que hay que empezar con ellos dos el interrogatorio —afirmó doña Sofía.

Caminaron los tres hacia la biblioteca. Los pasajeros habituales del Sea Cloud no parecían ser muy dados a la lectura, porque en aquel salón lo que menos había era libros. En una de las paredes de paneles oscuros se abría un nicho donde se veían en los anaqueles ejemplares de bestsellers en rústica, sobre todo en inglés, de esos que los pasajeros dejan abandonados en los camarotes, un tomo que contenía varias novelas, editado por el Reader’s Digest, y un diccionario Webster inglés-español. En un rincón, junto al nicho, había un antiguo globo terráqueo montado sobre una peana de cuatro patas torneadas, unidas por una cruceta.

Se trataba más bien de un bar, amoblado con sillones de cuero verde colocados alrededor de mesitas de un solo pie, más una fila de banquetas frente a una larga barra de caoba, sobre uno de cuyos

extremos reposaba una botella gigante de Moët & Chandon montada en un balancín que permitía escanciarla; y contra la pared, un estante de la misma madera, con fondo de espejo, donde se alineaban las decenas de botellas de diversas formas y etiquetas que el inspector Morales, paralizado de asombro en la puerta, recorría con ojos en los que era imposible ocultar la avidez y la frustración.

Por las rejillas del techo soplaba en bocanadas silenciosas el aire acondicionado, insuficiente, sin embargo, para despejar el calor que parecía emanar de los propios muebles.

—Lo encierran aquí de por vida, tiran la llave al mar, y se olvida para siempre de los pesares y sinsabores del destierro, camarada —le dijo Lord Dixon.

—Con una cervecita de sifón me conformaría —suspiró el inspector Morales imaginando la jarra helada en sus manos, el sedoso amargor en su galillo al beber a grandes tragos, y las huellas de la espuma en la comisura de los labios.

Míster Patterson dispuso de manera diligente tres sillones frente al que debía ocupar el compareciente de turno, juntó tres mesitas de por medio, y proveyó a cada uno de bolígrafos y de un bloc de papel de carta con el emblema del Sea Cloud, un grabado en sepia del velero en la cabecera de la hoja.

El intendente Oreamuno pidió a doña Sofía apuntar el orden en que debían ser llamados los pasajeros para entregar la lista a míster Patterson, quien, cuando la tuvo en mano, comentó:

—Perdonen que me entrometa. Han dicho que sólo interrogarán a los pasajeros. ¿No sería conveniente que hablaran también con la camarera que descubrió el cadáver?

—Por supuesto —se apuró en responder el intendente Oreamuno —. Un olvido de doña Sofía no haberla incluido. Llame de primero a la camarera, por favor.

Doña Sofía iba a protestar que no era asunto suyo la omisión, pero el inspector Morales le hizo señales de callarse.

—Estaré atento en el puente de mando cada vez que necesiten un nuevo testigo —se despidió entonces míster Patterson.

—Para los efectos legales, usted debe escuchar los interrogatorios, ya que el capitán se encuentra ocupado —replicó el intendente

Oreamuno.

Ni él mismo sabía de qué efectos legales estaba hablando, pero míster Patterson aceptó con visible satisfacción la propuesta.

La camarera se llamaba Melinda Zelaya, y era de nacionalidad hondureña. Estrecha de hombros y ancha de caderas, tendría unos cuarenta años y vestía de negro con cuello de encaje blanco, la cofia también de encaje; un uniforme frente al cual, el de doña Sofía, de un celeste ya desvaído, palidecía en su humildad.

Rechazó tomar asiento, y sin apartar las manos del regazo repitió en palabras sucintas lo que había informado al capitán Saltarín.

—Vamos a ver —empezó el inspector Morales—. Usted llama y nadie contesta. Espera un momento, y vuelve a llamar. Entonces mete la llave en la cerradura.

—No hay llave que meter en ninguna cerradura. —Ella sacó de uno de los bolsillos delanteros del uniforme una tarjeta de plástico blanca, sin ningún logo ni inscripción—. Suficiente con esta tarjeta.

—Monsieur Bonnet quiere instalar esas cerraduras electrónicas en el Estrella de Mar —acotó doña Sofía, y arrepentida de su impertinencia, se llevó la mano a la boca.

—Bueno, de cualquier modo que sea, usted abre la puerta —siguió el inspector Morales—. Ahora trate de describirnos cosa por cosa lo que ve en el camarote, como si se tratara de una fotografía.

Ella reflexionó, muy concentrada.

—El cadáver. Veo el cadáver recostado en el espaldar de la cama, el pecho desnudo. La sangre oscura mancha las almohadas y las sábanas. Tiene la cabeza caída hacia un lado.

—Aparte del cadáver, trate de describirnos lo demás —le pidió el inspector Morales.

Ella se llevó la mano al entrecejo.

—Casi no hay luz, sólo está encendida la lámpara de la cabecera, al lado derecho. Sólo veo sombras alrededor.

—Hay un switch junto a la puerta. ¿No encendió las luces? —intervino doña Sofía.

—No tengo ya valor de nada en ese momento, me tiemblan las canillas —y su voz temblaba también.

—¿De verdad no pudo fijarse en nada más? ¿No recuerda haber visto un maletín sobre la cama, o en el piso? —siguió doña Sofía.

—Quiero verla a usted frente a un muerto bañado en sangre a ver si va a poder estarse fijando en maletines y no se apura en salir corriendo —la miró ella con reproche.

—Missis Zelaya, más respeto, por favor —la reprendió míster Patterson, quien había ocupado una de las butacas de la barra.

—¿Antes de entrar no encontró a nadie en el pasillo? —volvió doña Sofía—. ¿Notó que se cerraba la puerta de alguna de las otras habitaciones?

—No había alma nacida —negó ella con vehemencia.

—¿Ni al salir? —insistió doña Sofía.

—Es obvio que no sabe nada más. —El intendente Oreamuno miró a doña Sofía con reproche.

—Nada es obvio en una investigación —lo recriminó ella a su vez —. ¿Para qué estamos entonces aquí?

—Eso es todo, puede retirarse —el inspector Morales se apresuró en despedir a la camarera, y de nuevo se recriminó por tomarse atribuciones que no le correspondían.

—Si ella necesitó de la llave maestra —planteó doña Sofía cuando míster Patterson se había llevado a la camarera—, ¿cómo hizo el asesino para entrar en la suite? La explicación es que Soto debió abrirle cuando llamó. Es alguien al que estaba esperando.

—¿Cómo puede ser eso? —saltó el intendente Oreamuno—. Le hubiera disparado en la misma puerta, y el cadáver estaba en la cama.

—O Soto había dejado la puerta entreabierta para que entrara la camarera con la cobija —terció el inspector Morales—. Después de dispararle, el asesino la cerró al salir, y por eso ella necesitó de la llave.

—Allí viene ya míster Patterson con la siguiente testigo —advirtió el intendente Oreamuno.

6. Agravios de una vieja amante

Cuando Mónica Maritano entró en la biblioteca, el deslumbre del sol que traía en los ojos no le permitió distinguir a primera vista a las tres figuras sentadas frente a ella. Pero al reconocer por fin al inspector Morales en su atuendo de bongosero de orquesta tropical, y a doña Sofía vestida de camarera, sentados en los flancos del policía tico de sombrero Stetson, retrocedió asustada hacia la puerta, y míster Patterson tuvo que devolverla mediante un suave empujón de los hombros.

—¿Ustedes qué hacen aquí? —acertó al fin a preguntar—. ¿Con qué derecho…?

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —la cortó doña Sofía —. Tome asiento, si me hace el favor.

Obedeció de mala gana, recelosa, sin quitarles la vista de encima.

A doña Sofía le pareció más pequeña de estatura, como si el tiempo transcurrido desde que no la veía la hubiera reducido de tamaño. Llevaba una blusa que dejaba a la vista el ombligo del que colgaba un piercing, unos jeans con bordados en las botamangas, y zapatillas deportivas grises con suela y contrafuerte naranja. Había ganado en grosor, sobre todo en la cintura, y la papada floja y el enjambre de pequeñas arrugas alrededor de los ojos dejaban ver que envejecía. Una vieja disfrazada de jovencita, pensó doña Sofía. Y cuando se echó a llorar, con llanto convulso, no pudo evitar un amago de lástima.

Míster Patterson corrió a buscarle una botella de agua en el refrigerador del bar.

—Yo también tengo sed, si es tan amable —elevó la voz doña Sofía.

—Todos tenemos sed —reclamó también el intendente Oreamuno.

Míster Patterson, solícito, puso una botella de agua carbonatada Perrier delante de cada uno de los investigadores, que destapó antes para ellos.

—¿Cuál era su relación legal con Miguel Soto? —empezó doña Sofía tras apurar la botella—. ¿Se casó usted con él por fin cuando quedó viudo?

—¿Casarse conmigo Soto? —La Maritano entretuvo la botella en los labios—. No me haga reír. Nunca se le ocurrió semejante cosa. Y a mí tampoco.

—Se lo pregunto porque ocupa usted una de las dos suites más lujosas de este barco, frente a la del occiso. —Doña Sofía sintió las burbujas del agua Perrier cosquillearle en la nariz.

—Será que me puso en esa suite porque no quería toparse con su sobrino Manuelito cada vez que saliera. —Ella intentó una sonrisa despectiva—. Procuraba mantenerlo lo más lejos posible de él

—Si buscaba tenerlo lejos, ¿por qué lo invitó a venir en este viaje? —intervino el inspector Morales.

—Tenerlo a distancia es una cosa, pero ya sacarlo por completo del panorama, allí no se atrevía. —Ella se repasó con el dedo el trazo de las cejas—. Aunque no lo parezca, no dejaba de tenerle miedo.

—¿Cómo es su relación con Manuelito? —siguió el inspector Morales.

—No tenemos ninguna relación —la respuesta de ella fue cortante —. Así que no es ni buena ni mala. No existe.

—¿Al punto de no pasarse palabra? —El inspector Morales la miró con sonrisa curiosa.

—Tengo mucho tiempo de no oír su voz —vaciló ella.

—Salvo anoche, antes de la cena, cuando tuvieron una larga conversación —afirmó el inspector Morales.

Ella ensayó a mostrar seguridad, alzando la barbilla.

—Sí, me corrijo. Salvo anoche, cuando se me acercó para lamentarse de que su tío lo había dejado fuera del testamento. ¿Y a mí qué?

—Pero en esa conversación, usted también se quejó de haber sido excluida —acotó doña Sofía.

—Les informó mal quien oyó esa plática. —Ella se revisó las uñas de la mano, aparentando distracción—. ¿Por qué iba a heredarme algo a mí? No éramos nada. Además, ya se había comprometido a compensarme por mis años de servicio.

—¿De qué manera? —Doña Sofía se preparó para anotar la respuesta.

—Iba a abrir una cuenta en dólares a mi nombre en un banco de Barbados, apenas atracara el barco. —La Maritano sacudió la mano como si acabara de pintarse las uñas.

—¿Cuál era la cantidad prometida? —Doña Sofía continuaba aplicadamente anotando en el bloc.

—Convinimos en que serían doscientos mil dólares —en su manera casual de responder, parecía quitar toda importancia a la cifra—. Un solo pago.

El intendente Oreamuno intentó un silbido de admiración que se frustró en sus labios en un soplo.

—¿Le dejó saber en cuál banco? —Siguió escribiendo doña Sofía sin alzar la cabeza.

—Claro, exigí que me lo pusiera todo por escrito. Papelitos hablan.

Sacó del bolsillo trasero de los jeans una hoja de papel doblada, y se decidió a entregarlo al intendente Oreamuno, en atención al uniforme.

> Por medio de la presente, yo, Miguel Soto Colmenares, de generales conocidas, me comprometo a abrir una cuenta bancaria en el Republic Bank Limited de Bridgetown, Barbados, a nombre de la señora Mónica Maritano, y depositar en la misma la suma de doscientos mil dólares de los Estados Unidos de América.

Tras leer, el intendente Oreamuno pasó la hoja al inspector Morales.

—¿Esto lo escribió usted misma? —le preguntó.

—Lo redacté, lo escribí en el teclado, y lo imprimí. Pero la firma de Soto es auténtica, de eso no tengan duda.

—Y hasta que no tuvo este papel en mano no aceptó la invitación para el crucero de cumpleaños. —El inspector Morales dobló la hoja

y se la devolvió al intendente Oreamuno.

—Ya no estoy en edad de entretenerme en dilaciones —encogió ella los hombros de manera desdeñosa—. A mí el tiempo me ha pasado encima sin beneficio. Con decirle que no tengo ni casa propia.

—¿Soto tenía su propia cuenta en ese mismo banco? —preguntó doña Sofía.

—¿Piensa que él era hombre de una sola cuenta bancaria, señora? —intentó ella reírse—. Tenía muchas, en ése y en otros bancos de Bridgetown.

—Entonces llegaban al puerto, se iban directamente al banco, abría él la cuenta a nombre suyo, y después, todos en paz y contentos, celebraban la fiesta de cumpleaños en tierra —intervino el inspector Morales.

—¿Yo?, ¿en esa fiesta? De ninguna manera —se apresuró en negar ella—. Una vez los documentos de la cuenta bancaria en mi poder, yo cogía un avión y me iba para Miami. Y adiós para siempre Miguel Soto.

—¿Eso lo sabía él? —preguntó doña Sofía.

—Por supuesto que no, no soy tan bruta para habérselo dicho de antemano —volvió ella a su amago de risa—. Pero era lo que de todos modos ese desgraciado de Manuelito le metía en la cabeza, que yo lo iba a abandonar apenas me viera con la plata en mano.

—¿No le parece eso un acto de ingratitud? —la midió el inspector Morales.

—Más ingrato fue él conmigo, en paz descanse —la risa había desaparecido para dar paso al reproche—. Pero los bemoles de mi relación de pareja con Soto no creo que les interesen.

—Entonces, digamos que está aquí como huésped privilegiada del difunto, nada más. —El inspector Morales puso cara de incredulidad.

—Yo me resistí al principio a aceptar su invitación. —La expresión de la Maritano seguía siendo severa—. Y si al fin me decidí a venir, fue por la promesa de la compensación. Fueron muchos años de trabajar para él, sin horario.

—Una mujer sacrificada —sonrió con desdén el inspector Morales.

—Aunque usted lo tome a burla, yo entregué mi vida entera al servicio de Miguel Soto. —Ahora su cara era de agraviada—. En todo. Donde me necesitó, allí estuve.

El inspector Morales la miró con sarcasmo descarado, sin dejar de sonreír.

—Mejor me callo.

—Ya sé lo que está pensando, que también le serví en la cama, pero eso no es asunto suyo —lo enfrentó ella.

—Nunca tengo malos pensamientos —el inspector Morales fingió gravedad—. Mantengo a Satanás a raya. ¿Desde cuándo ya no era usted amante de Manuelito?

Ella se turbó por un instante.

—Desde hace ya mucho. Se cansa una de los pendejos. Y ni tan pendejo. Porque estoy segura de que fue él quien asesinó a su tío.

El intendente Oreamuno miró a sus asistentes con aire triunfal.

—No se entusiasme tan rápido que el pan está lejos de cocerse, apenas estamos calentando el horno —le sopló al oído doña Sofía.

—¿Lo asesinó por celos? —preguntó el inspector Morales—. Porque si ya no era usted amante de Manuelito, quiere decir entonces que volvió a la cama de Soto.

Ella lo miró con furia retadora, pero al responder su voz se aflojó:

—Ya no estoy yo para esos trotes de andar saltando de una cama a otra. Y si no es mucho pedir, tráteme con más respeto.

—Me parece que a este respecto la testigo lleva razón, camarada —dijo Lord Dixon—. Guarde la compostura profesional.

—¿En qué se basa para creer que ese tal Manuelito es el autor del asesinato de su tío? —terció el intendente Oreamuno.

—Soto se estaba poniendo decrépito —volvió ella a la calma—. Si en un tiempo fue un lince, ahora cualquiera le daba atol con el dedo. Y Manuelito creyó que, al verlo así, flojo de carácter, lo podía manejar a su antojo.

—¿Haciendo que lo declarara su heredero universal? —preguntó el inspector Morales.

Ella afirmó con la cabeza, pero siguió mirando al intendente Oreamuno.

—Era su pretensión, pero le salió el tiro por la culata, porque Soto decidió hacer testamento a favor de su hijastra.

—La misma a la que había violado. —El ceño de doña Sofía se tornó adusto.

—Y ahora la hijastra se queda con todo —siguió ella, como si no hubiera escuchado el comentario.

—¿En qué circunstancias falleció doña Ángela, la esposa de Soto? —preguntó doña Sofía.

—La hallaron muerta en su cama una mañana, con el rosario en la mano —su tono era ligeramente burlón—. Para mí que fue una sobredosis de barbitúricos; tomaba pastillas para poder dormir, y una noche decidió quedarse dormida para siempre.

—Pero ella era muy católica como para suicidarse —replicó doña Sofía.

—Pero ya ve que murió rezando el rosario —siguió ella, en son de burla.

—No estamos investigando ningún suicidio, no nos atrase con esa clase de preguntas —le susurró el intendente Oreamuno a doña Sofía.

—La verdad es que, católica o no, hay veces en que la conciencia no se aquieta ni con inyecciones de morfina —comentó doña Sofía, sin hacer caso del intendente Oreamuno.

—No le encuentro mucha lógica a eso de que Manuelito asesinó a su tío —intervino el inspector Morales—. Al matar a Soto, apresura lo que según vos no quería, que la hijastra se convirtiera en heredera.

—Marcela rechazó por escrito cualquier herencia de Soto. —La Maritano se volvió hacia el inspector Morales con cara de hacer las paces—. Y ahora Manuelito, siendo el único pariente cercano, pasa a quedarse con todo.

—Hay un Thomas Pence en la lista de pasajeros —agregó el inspector Morales—. ¿Es el marido de la hijastra?

—El mismo que viste y calza —afirmó ella—. La primera sorprendida al verlo fui yo. ¿Qué hace en este barco? No es difícil adivinarlo. Alguna negociación le propuso Soto a Marcela después del rechazo de la herencia, y ella mandó al marido en su representación.

—Y, según usted, eso apuró a Manuelito a liquidar el asunto —el inspector Morales la miró intrigado.

—Hasta un ciego de nacimiento puede verlo —respondió ella de manera displicente.

—Pero ahora no sólo Manuelito quedó fuera del testamento —terció doña Sofía—. Usted también se ha quedado sin Beatriz y sin retrato.

—Pero por lo menos no voy a ir a dar a la cárcel por asesina —respondió ella con altivez—. Y me voy a dar el gusto de ver a Manuelito tras las rejas. A él y a su cómplice. Por lo menos eso espero, que en Costa Rica apliquen la ley como se debe.

—De eso no tenga la menor duda —afirmó con toda formalidad el intendente Oreamuno.

—¿De qué cómplice habla? —preguntó doña Sofía.

—El que apretó el gatillo; Manuelito no se hubiera atrevido a hacerlo él mismo —respondió ella de manera terminante—. Ese tal Romeo, al que le dicen…

—Tribilín —acudió en su ayuda doña Sofía.

—Ése… —confirmó ella—. Un sicario que Manuelito le endilgó a Soto como guardaespaldas, y ahora ya veo bien por qué.

—¿Y si yo le dijera que fue usted la que le pagó a Tribilín para que asesinara a Soto? —el inspector Morales la señaló con el bolígrafo.

Ella le clavó la vista con altanería.

—Le respondería que sigue siendo usted un mal aprendiz de detective, y que primero me tendría que presentar las pruebas de semejante afirmación.

—Y usted, ¿qué pruebas tiene para acusar a Manuelito? —El inspector Morales la miró con más altanería aún.

—Ninguna, pero estoy ofreciéndole razones —siguió desafiándolo ella—. Manuelito tiene un móvil para haberlo matado. Quedarse como heredero de una fortuna de millones. En mi caso no hay motivo.

—Después que terminó la cena, ¿se fue usted directamente a su cuarto? —preguntó doña Sofía.

—Desde que me senté en esta silla, pensé que era la primera pregunta que iban a hacerme —suspiró ella con hastío—. Sí, bajé

directamente a mi cuarto. Y les diré más. Bajé junto con Soto, y fuimos conversando en el trayecto.

—¿De qué conversaron? ¿Viejas historias románticas? —otra vez la sorna se hacía evidente en la voz del inspector Morales.

Ella desatendió la provocación.

—Le comenté que me dolía la cabeza, que por eso había comido poco en la cena, y le pregunté si no tenía algo para dormir, porque yo había dejado mis pastillas en Managua, y me ofreció una Seconal. Entró a su suite a traer el frasquito, y me lo dio entero.

—¿Usted entró con él? —preguntó doña Sofía.

Ella sacudió la cabeza.

—No, lo esperé en el pasillo, y allí nos despedimos. Pero antes me dijo que, una vez que dejáramos abierta la cuenta bancaria, quería hacerme un regalo adicional.

—¿Más dinero? —saltó doña Sofía.

—Una alhaja que yo escogiera en la joyería The Royal Shop de Bridgetown —respondió ella calmadamente.

—¿Y después que se despidieron? —siguió doña Sofía.

—Me puse la pijama, me lavé los dientes, me tomé la Seconal, y caí como una piedra —enumeró ella—. Míster Patterson puede atestiguar que cuando llegaron a informarme que habían matado a Miguel, tuvieron que usar la tarjeta maestra porque no respondía a los golpes en la puerta.

—Se hallaba profundamente dormida, eso es verdad —confirmó míster Patterson.

—O fingía que dormía, mientras tanto Tribilín ejecutaba las órdenes que usted le había dado —aseveró el inspector Morales.

—Piense lo que le dé su regalada gana —lo desafió ella.

—¿Usted sabía lo que Soto guardaba en su maletín? —preguntó doña Sofía.

—Claro que lo sé, fui su asistente —afirmó ella—. El pasaporte, sus tarjetas de crédito. El teléfono celular. Su laptop encriptada, con las claves de las cuentas bancarias. Y documentos. Informes financieros, dictámenes técnicos que revisar.

—¿Y qué nos dice de la cadena con que se lo sujetaba? —preguntó el inspector Morales.

—Es de oro puro, de 24 kilates, lo mismo que la pulsera —respondió ella sin vacilar.

—El inspector Morales quiere saber más bien el porqué de sujetarse el maletín a la muñeca con una cadena —aclaró doña Sofía.

—¿Les parece poco el cuidado, con todo lo que llevaba en ese maletín? —respondió ella con extrañeza.

—El maletín ha desaparecido —le informó el inspector Morales.

—¿Cómo no iba a ser del interés de Manuelito sustraer ese maletín por mano de Tribilín, una vez que Soto estaba muerto? —respondió ella con gestos de quien explica algo obvio—. Búsquenlo en su camarote, allí lo van a hallar sin duda.

—Igual haremos en el suyo —le advirtió el inspector Morales.

—Mientras más pronto, mejor, así se van a dar cuenta de que no tengo nada que esconder —se alzó ella de hombros.

—Puras suposiciones y especulaciones las de esa mujer —rezongó doña Sofía cuando la Maritano había salido, escoltada por míster Patterson.

—No se olvide que en estas circunstancias las suposiciones valen —le respondió el inspector Morales.

—En eso de que hay dos implicados puede ella tener razón —intervino el intendente Oreamuno—. Uno mató a Soto, el autor material, el otro planeó el crimen, el autor intelectual. Quiénes fueron, es otra cosa.

—Ya despertó de su letargo el detective Cannon —dijo Lord Dixon.

—Y a lo mejor hay un tercero, el que saboteó el sistema informático del barco —agregó doña Sofía.

—O bien pudo ser una sola persona: cerebro que cranea, mano que mata y mano que sabotea. —El inspector Morales se puso de pie para desentumirse—. Aún estamos en plena oscurana.

Míster Patterson se asomó desde la cubierta.

—Hemos buscado minuciosamente en los camarotes de los pasajeros. Ni rastro del maletín, ni de nada de lo que pueda haber contenido.

—¡Salió lo que me esperaba! —exclamó doña Sofía—. Ese maletín fue a dar al fondo del mar.

—Y otra cosa —alzó el índice míster Patterson—: la plática de anoche entre missis Maritano y el sobrino de míster Patterson…

—Que ella empezó negando y luego tuvo que aceptar —asintió doña Sofía.

—No discutieron en ningún momento, a como ella sostiene —sentenció con el dedo míster Patterson—. Más bien había complicidad entre ellos.

—Parece que sólo yo no estaba informado que usted escuchó esa plática —se quejó el intendente Oreamuno—. La próxima vez le ruego tenerme al tanto.

Míster Patterson se hizo el disimulado ante el reclamo, y se apresuró a proponer:

—Llamaré al siguiente testigo, míster Manuel Soto, si están de acuerdo.

La botella gigante de Moët & Chandon color verde oscuro, con el gollete envuelto en papel de estaño dorado, parecía hacerle guiños al inspector Morales desde el mostrador del bar. ¿Cómo sabría el champán? Nunca en su vida lo había probado.

7. La energía de los volcanes

Manuelito entró empurrado, sin alzar la vista hacia el inspector Morales y doña Sofía, como si no existieran. Se sentó y fingió un bostezo. Después paseó la vista por el salón, el anaquel de los libros, las filas de botellas del bar, la barra, las mesas vacías, y siguió simulando que no los advertía. El inspector Morales, mientras tanto, no dejaba de observarlo con diversión.

Aquel que alguna vez bajo el sol calcinante de Managua le pareció tener el talante del agente Smith, vestido de negro funeral, con lentes oscuros de un tinte impenetrable, detrás de la oreja la serpentina del audífono, jugando a jefe de seguridad en la mansión de su tío, había empezado a perder el pelo, lo que hacía parecer sus orejas más grandes y puntiagudas; llevaba una camiseta polo y bermudas a cuadros, y las canillas, flacas, le daban un aire de cigüeña de las que ponen en las tarjetas de recién nacidos. Los zapatos formales, de amarrar, y los calcetines de nylon contradecían su atuendo de veraneante.

—¿Usted es Manuel Soto, sobrino del occiso? —preguntó el intendente Oreamuno.

Manuelito cruzó la pierna con gesto de desprecio.

—A mí no me impresiona nada que estos dos entrometidos estén aquí sentados con usted, porque yo no les reconozco ninguna autoridad para interrogarme.

—Aquí quien decide quién tiene o no tiene autoridad soy yo, muy señor mío —lo interrumpió el intendente Oreamuno.

—Esa fórmula «muy señor mío» huele a naftalina —dijo Lord Dixon.

—¿Ya sabías que nos ibas a encontrar aquí? —le preguntó el inspector Morales sin hacer caso de su desplante.

—Todo el barco lo sabe —respondió Manuelito sin dirigirle la mirada.

—Nunca imaginaste que tu tío te fuera a desheredar —el inspector Morales le sonrió, siempre divertido—. Tenés toda la razón de haberte disgustado con él. Qué malagradecido Soto.

—Cualquiera se disgusta —se sumó doña Sofía—. Fiel toda la vida, y te dejan oliéndote el dedo.

Manuelito los miró de reojo.

—Ya los conozco bien a los dos, y a mí no me van a enredar como si fuera un chavalito.

—Pero una cosa es el disgusto, en eso te comprendemos, y otra levantarse a medianoche para irle a pegar un tiro en venganza al pobre tío en su cama —siguió imperturbable el inspector Morales.

—¿Qué hizo cuando te vio entrar? ¿Te sonrió? ¿O se llevó el último susto de su vida al ver la pistola en tu mano? —doña Sofía alzó la bolsa plástica con la Walther PPK y se la mostró.

—Jamás en mi vida he visto esa pistola —manoteó en el aire Manuelito.

—Ahora me vas a salir con que ni siquiera sabés disparar armas de fuego. —Y el inspector Morales se volvió hacia el intendente Oreamuno—: Nuestro amigo aquí presente actuaba como jefe de guardaespaldas de su difunto tío, y está entrenado en el uso de armas de todo calibre.

—Me acuerdo bien de esos pasajes del libro —asintió el intendente Oreamuno—. Se le compara con el agente Smith, pero yo no he visto *Matrix*, así que me reservo mi criterio.

Manuelito descruzó la pierna y buscó estirarse los calcetines, pero el ardid no calmó su agitación.

—Es cierto que recibí un entrenamiento de tiro al blanco en un polígono de la policía en Managua, aunque eso fue hace tanto tiempo que hasta ya se me olvidó cómo se le carga el magazine a una pistola.

Doña Sofía se volvió también hacia el intendente Oreamuno.

—En Costa Rica, señor intendente, si alguien mata a su tío, ¿qué dicen las leyes?

—Eso se llama delito de parricidio —respondió el intendente Oreamuno con estudiada solemnidad—. Se da cuando se priva de la vida a padre, madre, o cualquier otro familiar consanguíneo en línea recta, conociendo el hechor la existencia del parentesco.

—Allí van metidos los tíos —agregó el inspector Morales.

—Y entonces, ¿la pena que se aplica al hechor es mayor? —preguntó doña Sofía.

—Le cae el máximo de la condena, que son cincuenta años de presidio —afirmó el intendente Oreamuno, con más gravedad que antes.

—A pan y agua, y con el pico en la mano en las canteras, de sol a sol. —El inspector Morales movió la cabeza con tristeza—. Un país cívico, Costa Rica, pero implacable con los criminales.

—Y no es como en Nicaragua, donde los que tienen vara alta cualquier delito que cometan no salen ni chamuscados —agregó doña Sofía.

—No, qué va, en Costa Rica hasta el más pintado paga sus cuentas con la justicia —sentenció con orgullo el intendente Oreamuno.

—¿Por qué iba a esperar yo a que nos subiéramos a un barco para entrar en el camarote de mi tío a medianoche y matarlo de un tiro? —Manuelito seguía estirándose nerviosamente los calcetines—. De haber querido, podía haberle inyectado aire con una jeringa mientras dormía en su casa en Managua, y eso no deja ni rastros. Hubieran pensado que tuvo un ataque al corazón.

El inspector Morales asintió, satisfecho.

—Tome nota, señor intendente, de que el declarante confiesa haber tenido en mente anteriores planes criminales para eliminar a su tío.

—Premeditación, alevosía y ventaja —escribió doña Sofía en la hoja membretada.

—¡Yo sólo estoy poniendo ejemplos que ustedes buscan cómo tergiversar! —manoteó otra vez Manuelito—. Además, eso de la herencia no es tan así como la Mónica se los puso.

—¿Cómo sabe usted lo que declaró la testigo anterior? —lo conminó el intendente Oreamuno.

—Yo no sé, sólo me imagino. —Se encogió Manuelito en el asiento —. Supongo que les habrá dicho que mi tío nombró heredera a Marcela, su hijastra, y que yo estaba ardido por eso. Pero nada más falso. A nadie le consta que exista ningún testamento formal.

—Nos lo va a confirmar la abogada de tu tío, que nos falta por interrogar —intervino el inspector Morales.

—No les puede confirmar nada esa doctora que no sé ni cómo ni por qué aparece ahora como abogada de mi tío, cuando él tiene un bufete de abogados de confianza en Panamá que le ve todos sus asuntos legales.

—¿Por qué, entonces, la trajo en este crucero, entre tan pocos invitados? —preguntó doña Sofía.

—Porque es la querida de Ardila, que aquí viene también, uno que se cree la divina garza envuelta en huevo —ahora Manuelito se atropellaba al hablar—. Engatusó a mi tío como gran financista, y por eso lo nombró gerente con gran poder, pero para mí no es más que un farsante.

—Entonces, si no hay testamento, ¿por qué insistió tu tío en que la hijastra no rechazara la herencia? —preguntó doña Sofía—. ¿Por qué buscó un arreglo con ella, a través de su marido, el gringo invitado también al crucero?

—Tampoco es tan así. —Manuelito se removía impaciente en la silla—. Eso de querer nombrarla heredera fue hace tiempo, después que murió mi tía Ángela, cuando él buscaba acercarse a Marcela para que hicieran borrón y cuenta nueva, y olvidaran todas sus diferencias del pasado.

—¿Diferencias? Vaya diferencias —sacudió la cabeza el inspector Morales—. Bueno, cuando haya sido, ayer, o anteayer. El caso es que quiso hacerla su heredera universal, dejándote a vos en la lona.

—Una locura que se le metió a mi tío, que ya flaqueaba por viejo y se había vuelto sentimental —se lamentó Manuelito—. Marcela nunca jamás iba a aceptar ninguna herencia porque es terca y caprichosa. Y él dejó de insistir cuando vio que ella le cantaba cero una y otra vez, a pesar de la buena voluntad de Tommy en ayudar a convencerla. Y Tommy ya ni siquiera sigue casado con Marcela, hace rato se divorciaron.

—Entonces, el único heredero de su tío es usted, porque, según sus propias palabras, no hay testamento a favor de esa señorita Marcela —lo cortó el intendente Oreamuno.

—¿Y por eso iba a matarlo? —se plantó retador Manuelito—. Si yo quedaba como único heredero, algún día mi tío se iba a morir. ¿Por qué iba a desesperarme? ¿Y si me descubrían? ¿Iba a arriesgar la herencia para acabar preso en Costa Rica por cincuenta años, como ustedes me amenazan?

—¿Qué hace aquí Tommy, si ya no había herencia que discutir, ni tenía parentesco con tu tío? —Doña Sofía se llevó el lapicero a la boca—. Porque según decís, se divorció de Marcela.

—Se divorciaron por la simple razón de que ella siempre ha sido una mujer temática y difícil, causa a que se le resbalan las tejas, según yo creo, y nunca congenió con Tommy, que es una persona tranquila —Manuelito respondió de corrido bajando los ojos, como si leyera.

—¿A qué se dedica ese caballero? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Es un empresario muy importante, que tiene compañías en Miami y en Tampa. Y si mi tío lo invitó a venir, es por mí —alardeó Manuelito—. Yo se lo pedí.

—Lo cual quiere decir que vos sos uña y carne con Tommy. —Doña Sofía trazó un círculo en el aire con el lapicero.

—Somos buenos amigos, nos tenemos confianza —aceptó con desdén Manuelito—. Y nos juntamos para ser socios en un negocio.

—Algún negocio turbio, no hay de otra con alguien como vos. —El inspector Morales lo miró con dureza.

Manuelito alzó la barbilla, ofendido.

—Conste que si estoy contestando es por mi propio gusto, a pesar de las ofensas, y no porque me sienta obligado frente a estos dos, que hasta ahora no me explico qué hacen aquí.

—Eso no es asunto de su incumbencia, siga adelante —lo reprendió el intendente Oreamuno.

—El negocio era una minería de criptomonedas —explicó de mala gana Manuelito—. Nosotros íbamos a crear la empresa CriptoNica.

—A mí me hablan de eso de las criptomonedas, y es como si fuera en idioma chino —se quejó el intendente Oreamuno.

—Es una moneda invisible, que existe, pero no se ve —le explicó doña Sofía—. Extraer los bitcoins es como sacar oro de una mina, y para llevar adelante las transacciones en lenguaje digital, se necesita una cuantiosa cantidad de megawatts de energía eléctrica. Suficiente para una ciudad entera.

—Quedo en la misma oscuridad que antes, tropezando con las paredes —volvió a lamentarse el intendente Oreamuno.

—Es como entrar a jugar ruleta a un casino —intervino míster Patterson—. A mí una vez me convencieron de comprar bitcoins, metí parte de mis ahorros, y me estafaron. Gracias a Dios, a tiempo me desengañé, porque si no, me dejan desnudo.

—¿Y qué pasó con la CriptoNica? —Doña Sofía miró con curiosidad a Manuelito.

—Teníamos todo listo para empezar, pero necesitábamos un aval financiero, y se lo íbamos a pedir a mi tío en este viaje. —Manuelito abatió la cabeza con pesar.

—CriptoNica suena como la kriptonita, la sustancia que es capaz de debilitar los poderes de Superman —comentó el intendente Oreamuno.

—¿Aval financiero por qué? ¿Acaso no es Tommy un gran empresario, según dijiste? —intervino el inspector Morales—. A alguien de ese calibre, con sólo su firma le abren las bóvedas de los bancos sin necesidad de pedirle garantías.

—Eso era así hasta el año pasado, pero perdió su capital en un negocio en El Salvador —confesó Manuelito.

—¿Qué clase de negocio? —se interesó el inspector Morales.

—De criptomonedas también —agregó Manuelito—. Pero no fue por su culpa el fracaso que tuvo.

—Ya vamos viendo la verdad, ningún gran empresario, sino un empresario quebrado —comentó con sorna el inspector Morales.

—Y si en El Salvador fracasó, ¿cómo es que quería repetir la prueba en Nicaragua? —preguntó, intrigada, doña Sofía.

—Ya dije que no fue su culpa ese fracaso —respondió exacerbado Manuelito—. Se arriesgó en invertir en la Bitcoin City que el

presidente Nayib Bukele iba a construir en El Salvador, en las faldas del volcán Conchagua, para aprovechar la energía geotérmica, y compró una emisión entera de «bonos del volcán», en bitcoins que ahora no valen nada porque el proyecto se hundió.

—Sigo enredado. —El intendente Oreamuno se rascó la cabeza—. ¿Qué tienen que ver los volcanes con eso de las criptomonedas?

—De los volcanes se saca energía eléctrica subterránea —volvió a explicarle con toda paciencia doña Sofía—. Es lo que se llama energía geotérmica.

—Y esa Bitcoin City de Bukele, ¿era una ciudad de verdad? ¿O iba a ser invisible, como la criptomoneda? —el intendente Oreamuno se mostraba escéptico.

—Una fantástica urbe construida en la falda del volcán Conchagua, con rascacielos, malls de compras, parques, plazas, jardines, avenidas, y hasta una ópera. —Manuelito dibujaba con gestos en el aire la Bitcoin City—. Pero se quedó en el diseño.

—Menos mal, porque de todos modos la hubiera botado el primer terremoto provocado por la erupción de ese volcán Conchagua —reflexionó con seriedad el intendente Oreamuno.

—Se ve que Tommy tiene gran intuición para descubrir dónde se encuentran los negocios de provecho, y le sobra el espíritu de aventura —el inspector Morales imitó el aire de seriedad del intendente Oreamuno.

—Es un visionario, como son los grandes emprendedores, aunque usted lo tome a burla —protestó con vehemencia Manuelito—. Se trasladó a vivir a un pueblecito de pescadores, en la costa del golfo de Fonseca, cerca del volcán, porque quería estar presente cuando se levantaran los primeros rascacielos de la Bitcoin City. Dos años se pasó allí.

—Un verdadero visionario. —El inspector Morales se cruzó de brazos mientras asentía—. Pero déjame adivinar: ustedes querían usar también la energía de los volcanes de Nicaragua para su CriptoNica.

—Teníamos vistos los dos volcanes de la isla de Ometepe en el Gran Lago —aceptó muy satisfecho Manuelito—. Y allí en la isla se

levantaría la Bitcoin City de nosotros. Ésa era la segunda etapa del proyecto.

—Y cuando esa CriptoNica quebrara, tu tío querido quedaba hasta el pescuezo con la deuda, y Tommy, el visionario, se trasladaba a vivir a otro paisaje volcánico —siguió asintiendo el inspector Morales.

—¿Por qué íbamos a quebrar nosotros? —Manuelito mostró sorpresa ante la afirmación—. Si Bukele hubiera tenido en cuenta los consejos financieros de Tommy, no hubiera habido fracaso. Pero nunca contestó los mensajes donde le daba esos consejos.

—Los genios son siempre mal comprendidos. —El inspector Morales sonrió compasivo—. ¿Y ya tu tío tenía idea de lo que le iban a proponer?

—Le presentamos un memorándum por correo electrónico hace una semana, y él se lo pasó a Ardila. —El rostro de Manuelito acusó disgusto.

—Apuesto a que Ardila se opuso a que tu tío se metiera con la CriptoNica —lo tentó el inspector Morales.

—Cómo no iba a oponerse, si me tiene tema. —Ahora Manuelito se mostraba airado—. Opinó que hacía falta un estudio de prefactibilidad. Puras trabas burocráticas, si Tommy conoce ese asunto de las criptomonedas como sus manos.

—Pero ustedes no se dieron por vencidos —agregó el inspector Morales.

—Tommy y yo estábamos seguros de que íbamos a convencer a mi tío en Bridgetown, aprovechando la fiesta de su cumpleaños —aceptó Manuelito—. Y como allí están varios de los bancos con los que él trabajaba, de una vez podía tramitar el aval.

—Pero no contaban con que Ardila iba a venir en el crucero. —El inspector Morales dio un largo trago a su botella de agua, en la que no pareció reparar hasta ese momento.

—Le metió no sé qué cuento de que quería celebrar su compromiso matrimonial con la abogada para que los invitara al crucero —se quejó Manuelito.

—Novedades tenemos, la Cachorra, novia oficial del mandamás de las empresas de Soto —musitó doña Sofía mirando de soslayo al

inspector Morales—. No hay desperdicio con ella. Siempre en afán de encumbrarse lo más alto que puede.

—¿Y vos tenías esperanzas de convencer a tu tío? —La burla bailaba en los ojos del inspector Morales.

—Estoy seguro de que al final de cuentas me hubiera apoyado, por mucho que Ardila se opusiera —respondió con toda certeza Manuelito—. Mi tío era mi tío, mientras que él no era ni su pariente lejano. Nada más un empleado.

—Claro, el llamado de la sangre. —El inspector Morales buscó poner cara de seriedad.

Aquel interrogatorio, aunque lo divertía, empezaba a cansarlo. Se necesitaba ser iluso para creer que Soto, que de lo que menos tenía era de pendejo, iba a arriesgar un solo centavo en esa moneda invisible sacada del fuego de los volcanes.

Y en cuanto a la muerte de Soto, ¿no estaría Manuelito fingiendo ser más tontoneco de lo que era? ¿Habría sido capaz de apretar el gatillo y matar a su tío, que lo vestía y lo alimentaba? Y ese Tommy, el marido de Marcela, ¿qué clase de ficha era realmente? ¿No habría instigado a Manuelito a cometer el crimen para quedarse con una tajada del capital?

—Soto andaba siempre con una legión de guardaespaldas, que en un tiempo vos dirigías —volvió a confrontar a Manuelito—. Y ahora escogió a uno sólo para este viaje, un veterano al que le traquetean los huesos, y que ya no puede ni agacharse para amarrarse los zapatos.

—¿Tribilín? No era guardaespaldas de mi tío ni nada parecido, ese señor no está entrenado para eso. —Manuelito alzó la cabeza con desprecio—. Mi tío creía que aquí, arriba del barco, no corría ningún peligro. Su gente de seguridad iba a llegar en avión a Venezuela, para esperarlo allí.

—¿Entonces qué pito toca aquí Tribilín? —inquirió doña Sofía.

—A mí me extrañó cuando lo vi en el muelle de San Juan del Sur con su valija —se encogió de hombros Manuelito—. Y entonces mi tío me explicó que lo había invitado en reconocimiento por un favor muy delicado que le debía. Pero no me explicó qué clase de favor.

—¿Y no crees que sea Tribilín el que disparó contra Soto? —el inspector Morales desenroscaba mientras tanto la tapa de la botella de agua.

—No veo la razón —negó Manuelito—. Mi tío lo socorría con dinero, le financió una moto, lo ayudó a poner una pulpería a la mujercita con la que vive. ¿Por qué iba a matar Tribilín a su gallina de los huevos de oro?

—Bueno, también vos pudiste haber matado a la gallina de los huevos de oro, nadie te ha descartado como sospechoso. —El inspector Morales terminó de beberse el agua de la botella sin quitarle vista de encima.

—Volvemos a lo mismo. Háganme la prueba de parafina y verán de una vez por todas que soy inocente. —Enseñó las manos Manuelito.

—Aquí no tenemos medios para hacer esa prueba —intervino el intendente Oreamuno—. Y, además, no serviría de nada. Ya pasaron más de dos horas, lo que duran en la piel las marcas de pólvora.

—O es que Tribilín te hizo a vos el favor de eliminar a Soto, mediante paga —el inspector Morales estrujó la botella vacía, que tronó entre sus dedos.

Manuelito se enderezó en el asiento.

—Si alguien le pagó a Tribilín por matar a mi tío, ése no soy yo, y sepan, de una vez por todas, que al respecto estoy tranquilo. No debo, no temo.

—Ya que se lo lleven de una vez —el inspector Morales buscaba dónde tirar la botella.

—Yo más bien he estado dándole vuelta a otra teoría —se puso de pie Manuelito.

—¿Cuál teoría es ésa? —preguntó doña Sofía sin esconder su curiosidad.

—El asesino se vino nadando en la oscuridad desde la costa, con la pistola metida en una bolsa plástica, hizo lo que tenía que hacer, y se volvió a ir nadando —afirmó con total aplomo Manuelito.

—No tiene remedio alguno —suspiró Lord Dixon.

El inspector Morales se había distraído de atender la peregrina respuesta de Manuelito, y tampoco escuchó el comentario de Lord

Dixon. Los ojos puestos otra vez en la botella gigante de Moët & Chandon, se preguntaba si contendría de verdad champán, o sería sólo un simulacro de propaganda y se hallaba vacía. Pero algo más que aún no alcanzaba a comprender le decía esa botella.

Y cuando míster Patterson dejó la banqueta del bar para llevarse a Manuelito, el inspector Morales se acercó a él, y le pidió que antes de traer al siguiente testigo, que según la lista de doña Sofía era Pence, regresara solo, porque necesitaba preguntarle algo.

Míster Patterson no se demoró en volver.

—Usted habló de que Soto había subido al barco un cargamento de champán. ¿Recuerda cuántas cajas? —le preguntó.

Míster Patterson entornó los ojos mientras hacía el cálculo.

—Unas treinta cajas, de doce botellas cada una.

El inspector Morales se volvió hacia doña Sofía:

—¿Me hace el favor de echarle pluma, doña Sofía? Digamos que se trata de unas diez personas las de la fiesta, asumiendo que tanto el capitán Saltarín como míster Patterson también estuvieran invitados.

—Míster Soto nos adelantó que deseaba contar con nuestra presencia —reconoció míster Patterson.

—Treinta y seis botellas per cápita —doña Sofía hizo cuentas rápidas en el papel de cartas.

—¿Acaso se proponía llenar una piscina de champán para bañarse en ella con sus invitados, como la cantante Beyoncé? —silbó por lo bajo el intendente Oreamuno.

—Salvo que tuviera pensado convidar a gente de Bridgetown, banqueros, empresarios… —reflexionó el inspector Morales.

—Recuerdo muy bien haberle escuchado comentar que era una fiesta íntima, solo con su comitiva de invitados al crucero —aseguró míster Patterson.

El inspector Morales se puso de pie tan rápido como la prótesis se lo permitía.

—Necesitamos ver esas cajas, míster Patterson. ¿Podemos bajar con usted a la bodega de carga?

—¿Está seguro de que es necesario revisar tantas cajas de botellas, inspector? —El intendente Oreamuno lo miró con aire

preocupado—. Vamos a perder mucho tiempo, y tiempo es lo que menos tenemos.

—Con unas dos o tres que abramos me doy por satisfecho —lo tranquilizó el inspector Morales.

8. Burbujas doradas

La escotilla de acceso a la bodega se hallaba en la popa, al pie del palo de mesana, y precedidos por míster Patterson bajaron con mucho tiento la escalera metálica, que no tenía pasamanos. El inspector Morales aceptó el auxilio que le ofrecía el intendente Oreamuno, y descendió apoyándose en su hombro mientras mantenía el bastón en el aire. Allí, en las entrañas del velero, el balanceo era peor, y el calor, pegajoso y espeso.

Las cajas habían sido estibadas sobre una paleta de madera, en bultos de a seis envueltos en plástico grueso y transparente, todo el cargamento asegurado a la paleta con cordeles de nylon. Como los ojos de buey estaban cegados, la iluminación provenía de unos focos metidos en jaulas de alambre, atornillados al techo.

La pobre luz amarilla de los focos no hacía sino realzar las sombras, entre las que descubrieron una figura que huía a gatas para alcanzar el pasillo entre la estiba de cajas y un mamparo enrejado donde se almacenaban bidones de aceite y cartones de conservas.

Míster Patterson se adelantó a grandes zancadas, pescó al fugitivo por el cabello, y lo condujo delante de los demás.

Frente a ellos apareció Tribilín, descalzo, en pantalones jeans recortados a la rodilla, y con una camisola de punto sin mangas. El sudor le chorreaba de la mata de pelo, untada de brillantina.

Cuando descubrió al inspector Morales, su boca se abrió como para estallar en una risotada, pero al ver a doña Sofía, se contuvo, asustado.

—Usted ha desobedecido las instrucciones de permanecer en su camarote —lo regañó míster Patterson, al tiempo que lo soltaba y

buscaba vanamente donde limpiarse la mano embadurnada de brillantina.

Tribilín se volvió con malacrianza hacia míster Patterson:

—A mí me contrataron para vigilar que nadie se acerque a estas cajas, y es lo que bajé aquí a hacer. Dígame dónde está el delito.

—No discuta, y acompáñeme de regreso a su camarote —míster Patterson estaba perdiendo la paciencia.

—Espere un momento —se interpuso el inspector Morales—. ¿Fue Miguel Soto el que lo contrató a usted para cuidar las cajas?

Tribilín se rio, ahora sí, con aquella risa que le revolvía las tripas a doña Sofía.

—Ideay, hermano, no me jodás, ¿ya no me conocés que me tratás con tanta ceremonia? ¿Desde cuándo eso de «usted» conmigo, que soy tu hermanazo?

—Responda lo que se le pregunta y déjese de irrespetos —lo conminó doña Sofía.

—¿Quién más me iba a contratar sino don Soto? —respondió, enfurruñado—. Así que trato es trato, y yo tengo que cumplir, aunque a él se lo hayan palmado.

Doña Sofía arrugó la nariz. El olor a sobaco de Tribilín no podía esconderlo el de la brillantina perfumada, que tampoco era agradable.

—¿No fue tu prima, la Chaparra, la que te mandó a hacer este trabajo?

Tribilín se mostró receloso.

—¿Qué tiene que ver ella con don Soto? Nunca se vieron en la vida, y ahora ya es tarde para que se conozcan.

—Eso no importa, que se conocieran o no se conocieran —le replicó doña Sofía—. Te pudo ella haber mandado por instrucciones del enano Manzano, que es su jefe.

Tribilín le clavó los ojos con descaro burlesco:

—Como ustedes ya no viven en Nicaragua, no saben nada de lo que pasa allá, y cuando desde fuera oyen que revienta una triquitraca ya creen que estalló una revolución contra el Comandante y la Compañera, cuando nadie va a moverlos de donde están, ni con una carga de dinamita.

—Déjese de verborreas políticas y responda lo que se le pregunta —lo requirió el intendente Oreamuno.

—Donde yo quería llegar es que, de la letra menuda, estos dos ni cuenta se dan. —Tribilín siguió adelante como si nada, ni siquiera había volteado a ver al intendente Oreamuno—. No saben ni se imaginan que a la pobre Chaparra la metieron presa porque alega el comisionado Manzano que le hizo maraña en unos negocios de comerciar mercancías que ella le miraba, así que está caída en la desgracia, y entonces qué instrucciones va a estarle dando el comisionado, que ya no es su jefe ni quiere verla ni en pintura.

¿Cuánto tiempo tendría sin bañarse Tribilín, ni cambiarse la ropa interior? La patada era demasiado intensa.

Doña Sofía retrocedió un paso.

—Pero vos siempre caés con los pies en el suelo, como el muñeco porfiado, y no necesitás de intermediarios para las marrullas. Te mandó directamente el enano Manzano a matar a Soto, y él mismo te entregó la pistola.

Tribilín quiso reírse, pero se contuvo.

—Por poco me llevan preso a mí también cuando se trinaron a la Chaparra, sin tener yo nada que ver con sus maruflas, así que al comisionado ni me le acerco para que se olvide de mí y no me sigan perjudicando; ya me quitaron la casita de Nueva Jerusalén, y hasta la canasta navideña.

—No hay quien me convenza que esta santa paloma no sigue metida en zanganadas de alto vuelo —doña Sofía se volvió con impaciencia hacia el inspector Morales.

—Me crea o no me crea, pero fue a cuentas de mi desdicha que me presenté delante de don Soto a ver en qué me amparaba, y me ofreció este trabajito.

El inspector Morales, apoyado en el bastón, había permanecido el último rato escuchando, con aire serio, y de pronto preguntó:

—¿Se puede saber cuánto te ofreció Soto por cuidar estas cajas?

—Ya vamos mejor, con más confianza, como en los viejos tiempos. —Tribilín inició el ademán de chocar puños, en señal de vieja camaradería.

—Nada de confianzas entre vos y yo. —El inspector Morales lo miró con dureza—. Aquí no estamos en Nicaragua, donde te celebran tus delitos. Quiero respuestas concretas.

—Y si se atreve a recordarle la hospitalización de la Fanny, rómpale el hocico de un bastonazo —dijo Lord Dixon.

Tribilín deshizo el gesto, amuinado, como si buscara dónde esconder la mano.

—Doscientos lolos por día, de los verdecitos. Además de un carro nuevo, de paquete, para taxear, que prometió que iba a comprarme cuando volviéramos a Managua.

—Yo se las hubiera cuidado por menos —comentó el intendente Oreamuno, celebrándose a sí mismo.

—¿Y por qué creés que Soto tenía tanto interés de que nadie se acercara a ellas? —El inspector Morales puso la mano en uno de los envoltorios de plástico.

Tribilín cabeceó, divertido.

—Buena pregunta para hacérsela a él, pero ya se ve que no se va a poder, porque lo despacharon al barrio de los calvos.

—Yo te la estoy haciendo a vos —el inspector Morales lo señaló con el bastón.

Tribilín asumió el aire de quien se toma la molestia en explicar lo obvio.

—Pues porque no quería que nadie se le fuera a beber el champán de su cumpleaños. «Mirá, Tribilín», me dijo, «vos ojo al Cristo sin despegarte de la bodega. Ese champán vale un vergazo de reales la botella; y no es un champán para cualquier hocicón, sino para picos delicados».

—Y para que le cuidaras el champán, te entregó una Walther PPK —le siguió el hilo el inspector Morales.

La reacción de Tribilín fue de alarma:

—Esa pistola con la que mataron a don Soto nunca ha pasado ni por mi vista, ni por mi mano, así que, si me querés agarrar resbalado por allí, olvidate del garabato, que yo no nací ayer, ni chupo en biberón. Me conocés de sobra, por mucho que ahora te me hagás el de a peso.

—¿No te proporcionó Soto ningún arma? —el inspector Morales ignoró la retahíla—. No te conviene mentir.

—Para un asunto como éste, me basto con mis manos. —Y Tribilín enseñó las manos de frente y de revés, como si fueran un trofeo—. Al que se acercara a querer tocar una botella, yo lo agarraba a cachimbazo limpio sin piedad ni consuelo. Pero don Soto me advirtió que no era necesaria la violencia, «nada de trompadas, Tribilín, con que vengás de inmediato a mi camarote a reportarme quién es el atrevido, con eso me basta».

—¿Noche y día te ibas a pasar metido aquí, cuidando estas cajas? —preguntó el inspector Morales, intrigado.

—Unas veces aquí adentro, otras en la puerta de la bodega, vigilando desde arriba que nadie entrara —confirmó alegremente Tribilín—. Y así, hasta el día de la fiesta del cumpleaños, cuando ya quedaba liberado y podía volverme por avión a Managua. Pero yo le pedí a don Soto seguir el viaje hasta el final.

—Y eso, ¿por qué? —se sorprendió el inspector Morales.

El gozo se pintó en la cara de Tribilín.

—Nunca he andado en barco, menos en barco de vela, y ya pasada la fiesta, iba a tener mi recreo, sin nada que vigilar, tumbado panza arriba en uno de esos cheslones de allá arriba, con mi traguito en la mano, de cara al mar. Ya me estaba haciendo desde anoche amigo del barman para que no se olvidara de llevarme a tiempo mis farolazos.

—Como todo un millonario, sólo que con el fondillo roto —comentó doña Sofía.

Tribilín volteó a verla apenas, y continuó con todo entusiasmo:

—Además, ansiaba conocer la tumba donde está enterrado el comandante eterno Hugo Chávez Frías, en el Cuartel de la Montaña de Caracas. Y don Soto me aceptó todo: «Por supuesto que sí, Tribilín, vos sos mi invitado, y cuando termine tu misión te quedás en el barco y vas a ser tratado a cuerpo de rey».

—Se ve que tenía usted gran confianza y amistad con el difunto —intervino el intendente Oreamuno.

—Cada cual en su lugar, eso lo entiendo, el de los reales era él, y el de la necesidad soy yo. Hay que saber ubicarse. —Tribilín se

apresuró a deslindar los campos con un gesto de la mano—. Pero me convidó para su fiesta, que allí probaría este champán tan caro tanto cuanto quisiera. Y yo: «No, gracias, no soy de champán, otro licor con todo gusto bebería». «Ah, pues no padecerás por eso, Tribilín, te voy a poner, para vos sólo, una botella de un ron de Barbados, de dieciocho años, que tiene fama muy bien ganada entre los añejos del Caribe», me prometió.

—Después vamos a seguir hablando de ese cariño correspondido. —El inspector Morales se adelantó hacia el cargamento—. Ahora nos vas a ayudar a abrir estas cajas.

Tribilín lo miró, asustado.

—Ni verga, yo no toco esas cajas porque va contra el trato que hice con don Soto.

—Entonces, te vamos a mandar al frigorífico donde pusieron a enfriar a Soto para mientras este barco llega a puerto. —El inspector Morales le acercó la contera del bastón a la barriga—. En lugar de cuidar las botellas, vas a cuidarlo a él. Si no te congelás antes.

Míster Patterson, alarmado, iba a protestar contra la rudeza de la amenaza, pero tras vacilar un momento, se calló.

—No me gusta el frío, ni menos me gusta ver muertos, aquí estoy bien —Tribilín hizo una mueca de risa.

—No le gusta ver muertos, sólo matarlos —rezongó doña Sofía.

—¿Qué le pasa a esta señora conmigo? —protestó Tribilín.

—Me pasa que no aguanto a los paramilitares —replicó doña Sofía.

—Denme algo entonces para romper el plástico —se rindió Tribilín —. Conste que lo hago porque no tengo de otra.

Míster Patterson fue hasta un gabinete de herramientas y trajo una cuchilla, con la que Tribilín, después de cortar los cordeles, rajó de arriba abajo uno de los envoltorios colocados en la parte superior de la estiba. Una vez libres las cajas de cartón, tomó una y la puso a los pies del inspector Morales. La tapa estaba sellada con cinta adhesiva, y le aplicó también la cuchilla.

Los golletes dorados de las botellas, colocadas verticalmente, quedaron a la vista.

—Hay que abrir ésta también —ordenó el inspector Morales señalando otra de las cajas de la base del envoltorio.

—No podemos entretenernos en revisarlas todas —se quejó el intendente Oreamuno—. Se nos va a ir la tarde en eso de abrir cajas.

—Ya le dije hace rato que no vamos a abrirlas todas —lo tranquilizó el inspector Morales—. Vamos a hacer como en las aduanas, que escogen a la suerte los bultos que van a revisar.

Tribilín rajó otra vez la cinta adhesiva. Al levantar la tapa, en lugar de golletes de botellas aparecieron fajos de billetes acomodados en hileras.

—¡Puros verdes! —Tribilín, sorprendido primero, metió las manos con avidez entre los billetes, y el inspector Morales le dio un bastonazo recio en los nudillos.

—¡Fuera esas manos!

El intendente Oreamuno corrió a fotografiar la caja.

—¡Santo Dios! Y las demás, ¿estarán también hasta el tope de dólares? —preguntó mientras iba tomando las fotos.

—Por lo menos en dos tercios de las cajas, si no calculo mal —respondió el inspector Morales, inclinado tanto como podía sobre la caja.

—Se ven muy manoseados los billetes —se asomó también doña Sofía—. Pero, por eso mismo, no parece que sean falsos.

Siguieron probando a abrir cajas, y la proporción calculada por el inspector Morales resultó ser correcta. En las bandas que ataban cada fajo se indicaba la denominación de los billetes, que iban de los veinte a los cien dólares; y, tal como señalaba doña Sofía, habían pasado por muchas manos. Rotos, arrugados, algunos con números telefónicos, leyendas y obscenidades escritas sobre los cachetes de Benjamín Franklin y en la frente despejada de Ulises Grant: fuck you, motherfucker, sonofabitch…; y las firmas de los efímeros poseedores de los billetes, trazadas con bolígrafo junto a la del secretario del tesoro de los Estados Unidos.

—Ahora sí salen las cuentas, míster Patterson —sonrió el inspector Morales—. Hay el champán justo y necesario para la fiesta de cumpleaños. El resto contiene dólares en efectivo.

—Oh, my gosh! —Míster Patterson se llevó las manos a la mandíbula como si lo aquejara un repentino dolor de muelas.

—Esto huele de lejos a negocio de drogas —sentenció doña Sofía, con uno de los fajos en la mano—. Dólares que los pushers recogen en sus rondas de recaudación cada día.

—No estoy tan seguro. —El inspector Morales revolvía ahora con la contera del bastón entre los fajos de una de las cajas—. No veo a Soto a la cabeza de un cartelito de revendedores de cocaína en Managua.

—Entonces, ¿cómo llegaron a sus manos tantos billetes? —Doña Sofía volvió a depositar el fajo en su lugar.

—Esa pregunta la dejamos abierta por el momento. —El inspector Morales se inclinó para escoger algunos de los billetes, que fue sacando de los fajos.

—Seguramente los contaron con esas maquinitas que usan los bancos, y armaron los fajos. —El intendente Oreamuno seguía ocupado en fotografiar las cajas abiertas.

—Obra de un equipo profesional —asintió el inspector Morales—. Voy a quedarme, por el momento, con algunos de estos billetes que tienen algo escrito. ¿Firmo algún recibo?

—Faltaba más, usted disponga —se apresuró en responder el intendente Oreamuno—. Pero, dígame, ¿para qué traería el occiso toda esa plata en el barco?

—Tenga seguro que no era para repartir propinas. —El inspector Morales examinó contra la luz de una de las lámparas enjauladas un billete de veinte dólares.

—Para depositarlos en algún banco de Barbados —intervino doña Sofía—. Toda esta trama del crucero de cumpleaños no era más que el disfraz de una operación de lavado de dinero.

—Tenía su avión privado —reflexionó con incredulidad el intendente Oreamuno—. Pudo haber transportado más fácil esos dólares por aire.

—Demasiado llamativo para los inspectores de aduana en Barbados un cargamento de champán en un vuelo privado. —El inspector Morales pasó a examinar otro de los billetes, ahora de cincuenta dólares.

—También era dueño de una red de empresas en varios países —observó doña Sofía—. Para él era un juego de niños transferir dinero de una cuenta bancaria a otra, hasta borrar el rastro.

—Pero no dinero en efectivo. —El inspector Morales se guardó los billetes—. Eso hoy en día tiene muchos bemoles.

—Y Barbados está en la lista de los diez primeros países preferidos para las operaciones de lavado —agregó el intendente Oreamuno—. Eso lo ha dicho en su programa de Radio Columbia el doctor Constantino Urcuyo.

—Una de las grandes lavanderías, a escala mundial —comentó doña Sofía—. Bonito puerto de destino llevaba este barco.

La aflicción en el rostro de míster Patterson era patente:

—Un pasajero asesinado, y ahora esto. No quiero imaginar la cara del capitán Saltarín cuando se lo informe.

—No será la primera vez que ocurre algo parecido en este barco —intervino doña Sofía, como si quisiera consolarlo—. Cuando el cadáver de Trujillo andaba errante por los mares, también iba en la bodega un cargamento de dinero sacado de las bóvedas del Banco Central de Santo Domingo.

Míster Patterson la miró, con más aflicción todavía.

—Se necesitará a unos genios expertos en imagen para borrar este episodio de la mente de los excursionistas de elite.

—Más de algún millonario excéntrico va a sentirse atraído por ocupar la suite donde se cometió el crimen, no se preocupe —buscó animarlo el intendente Oreamuno mientras, vaya a saberse por qué razón, lo fotografiaba.

—Recuérdeme el número que estaba anotado a mano en la revista de turismo de las islas del Caribe —pidió el inspector Morales a doña Sofía.

Ella buscó en el bloc de cartas adonde había transferido la anotación.

—Claro que sí, aquí lo tengo: 001 246 7235400.

Le alcanzó el bloc y el inspector Morales examinó el número con cuidado:

—Si quitamos el código de área, nos queda esa cifra que, según míster Patterson, no corresponde a ningún teléfono de Barbados:

7235400. Me apunto a que ésa es la cantidad de billetes que hay en las cajas: siete millones doscientos treinta y cinco mil cuatrocientos dólares.

—Extraño lugar para anotar una cifra tan importante, la página de una revista —comentó, otra vez incrédulo, el intendente Oreamuno.

El inspector Morales capeó la cara, temeroso de que el intendente Oreamuno fuera a enfocarlo con el teléfono.

—Porque es donde nadie espera encontrarla, la página de una revista cualquiera.

—O un cuadro en una pared, como la carta robada del cuento, que la habían colgado en un marco, a la vista de todos —le dio la razón doña Sofía.

—No puedo atrasarme más en dar parte de estas novedades al capitán Saltarín. —Míster Patterson, inquieto, se adelantó en busca de la escalera.

—Subimos con usted, aquí ya no tenemos nada que hacer. —El inspector Morales fue tras él—. Pero antes quiero pedirle que ponga bajo custodia la bodega, y que me encierre bajo llave a este testigo, para que no pueda salir de su camarote.

—Ideay, ¿y a mí por qué? —protestó Tribilín—. ¿Acaso voy a venir a robarme los dólares? Ni que fuera yo ladrón.

—Yo sé bien que sos una persona muy honrada, incapaz de tocar un centavo ajeno —le respondió el inspector Morales—. Pero mejor protegerte de las malas tentaciones.

—Además, apenas estamos empezando a platicar con vos y queremos saber dónde encontrarte —agregó doña Sofía.

9. La palabra Ouagadougou

Cuando se encaminaban hacia la biblioteca, al salir de la bodega, el inspector Morales se sintió desorientado ante el intenso fulgor que hacía relumbrar el agua, y tardó en encontrar la línea de la costa. Aunque el Sea Cloud apenas había girado sobre su eje, parecía haberse alejado de la bahía con rumbo desconocido, como si la tenue brisa que soplaba desde el este lo empujara mar adentro. En la distancia borrosa los penachos de las olas parecían inmóviles en la playa, y, más allá de la escasa vegetación que coronaba la duna, apenas despuntaba algún destello de los techos de zinc. Por mucho que se esforzara, haciendo visera con la mano, no podía distinguir el hotelito Estrella de Mar, ni el galpón de los Testigos de Jehová, para no hablar del cobertizo bajo el cual se encontraba la carrocería del bus donde vivían.

Pensó comentarlo con doña Sofía, esa sensación de que se hallaban navegando hacia algún puerto lejano, pero ella se había ya adelantado, y, cuando entró tras sus pasos en la biblioteca, y ocupó de nuevo su lugar, en espera del nuevo testigo, ya su mente había abandonado los pensamientos ociosos. Tomó el bolígrafo, y sobre la hoja del bloc de cartas con el emblema del Sea Cloud, trazó una línea vertical para dividirla en dos columnas:

BILLETES DÓLAR:

Pretexto del crucero de cumpleaños contratado por Soto: transportar a Barbados cargamento de dólares a fin de depositarlos en bancos de Bridgetown. Operación de lavado. Falta conocer origen dinero. Es dato clave para aclarar motivo crimen y para identificar hechor o hechores.

MALETÍN EJECUTIVO DESAPARECIDO:

Soto subió al barco con maletín ejecutivo encadenado a la muñeca. Registrados camarotes pasajeros, no aparece. ¿Dónde está? ¿Quién lo tiene en su poder? ¿Qué contiene? Posibilidad contenga documentos que expliquen origen cargamento de dólares. Importante también para aclarar motivo crimen y para identificar hechor o hechores.

El inspector Morales puso al lado del bloc los billetes sacados de los fajos, y luego leyó en voz alta, para beneficio de los demás, las anotaciones de las dos columnas. Concluida la lectura, expuso su juicio:

—Creo que la investigación debería centrarse en el lavado de los siete y tantos millones de dólares.

—¿Quedaría entonces descartada la hipótesis de la herencia como motivo del asesinato? —preguntó el intendente Oreamuno.

—No lo descartamos, pero pasa por el momento a segundo plano. —El inspector Morales se empeñaba en asentar con el costado del puño los billetes que tendían a arrugarse—. Debemos concentrarnos en el botín camuflado en las cajas de champán.

—Si Soto anotó en una revista de turismo un dato tan delicado como la suma de los billetes, no veo cómo dentro de ese maletín que no aparece vaya a haber nada valioso —observó doña Sofía.

—El maletín no era más que un falso señuelo —aprobó el intendente Oreamuno—. Y aunque estuviera vacío, Soto buscaba hacerlo más visible llevándolo esposado al puño con la cadena.

—Vacío, o con papeles sin interés —reafirmó doña Sofía.

El inspector Morales había tomado su bastón y lo examinaba como si nunca antes lo hubiera visto.

—Qué cosas más peregrinas se les ocurren a ustedes. ¿Y el teléfono celular? No estaba en la suite ¿Y las claves de las cuentas bancarias para depositar el dinero? ¿Y la computadora personal? Tampoco estaban en la suite.

—Allí sí que me agarró fuera de base, compañero Artemio —concedió doña Sofía—. Reconozco que tiene razón.

—Qué fácil se rinde usted, y lo deja a uno en la estacada —le reprochó el intendente Oreamuno.

—Esto no es asunto de aferrarse a un supuesto, hay que abrirse a las diversas variantes que presentan tanto las hipótesis como las evidencias —doña Sofía buscaba ser amable en su contestación.

—Y será mejor que deje de llamar compañero Artemio al inspector Morales, que eso me crea confusiones innecesarias —siguió en el mismo tono de enojo el intendente Oreamuno.

—Es algo natural en mí dada la fuerza de la costumbre —doña Sofía seguía haciendo alarde de paciencia.

El inspector Morales, sin hacerles caso, parecía medir ahora el largo del bastón.

—Ese maletín era de interés del asesino, de eso no hay duda, porque conocía su contenido y sabía lo que quería encontrar. Lo que no sabemos es si fue él mismo el que se lo llevó.

—Ahora sí me está enredando más la cosa —protestó el intendente Oreamuno, metido en su mal humor—. ¿Quién más se lo pudo haber llevado?

—Una tercera persona, pero sólo es un supuesto sobre el que hay que elaborar. —El inspector Morales empuñó el bastón con las dos manos, como si fuera a quebrarlo.

—¡Deje ese bastón en paz, que ya me tiene nerviosa! —Doña Sofía se lo arrebató de las manos.

—¿Y si le pidiéramos a míster Patterson que nos hiciera el favor de ponernos unas cervecitas sacadas del fondo del congelador? —La cara del inspector Morales era de pronto de súplica.

—¡Ve con lo que viene a salir! —lo reprendió doña Sofía—. Qué manía la suya con el abuso de las bebidas alcohólicas.

—No reniegue, doña Sofía, que después termina usted bebiendo a pico de la misma botella —dijo Lord Dixon.

—Dos zopilotes buscaban cómo regalarse en un vertedero y se hallaron con una botella de licor entre la basura, y entonces uno le preguntó al otro que si quería un trago. «No —respondió el convidado— porque después no sólo me da vasca, sino que con la reseca se me pone fétido el aliento». —El inspector Morales sonrió ensimismado al terminar su cuento, y se quedó callado.

—No sé a qué viene esa historia tan repugnante, a la que no le hallo gracia alguna —protestó doña Sofía.

El inspector Morales se volteó hacia ella, para explicarle con calma:

—La verdad es que lo que el zopilote rechazó no fue el licor, sino una sarta de cebollas. Pero igual, también del mucho beber, además de la vasca, llega a oler mal el aliento. ¿No lo ha notado después que nos acabamos hoy al mediodía la botella entera de ron Plata?

—¡Qué divertido! —el intendente Oreamuno se reía por lo bajo, como si ahora encontrara la gracia del cuento—. ¡Un zopilote con vasca por la goma! ¿Cómo puede darle vasca a un animal tan inmundo como el zopilote? ¿Y cómo puede quejarse de mal aliento?

Doña Sofía no hizo caso de la alusión al licor, en mala hora compartido, y buscó desatenderse de aquella tontería de los zopilotes que la sacaba de quicio, por lo que alzó la cabeza para mirar hacia la puerta.

—Ya tarda en venir el testigo que estamos esperando.

En ese momento apareció míster Patterson, con visibles muestras de preocupación:

—Míster Pence no está en condiciones de prestar testimonio.

—¿Qué le pasa a esa persona? —preguntó el intendente Oreamuno, alarmado.

—Se encuentra en estado absoluto de ebriedad, y sólo contesta con incoherencias —respondió, desolado, míster Patterson.

—Para que no se diga que no tiene usted algo en común con su antiguo rival, inspector —dijo Lord Dixon.

El inspector Morales no parecía prestar atención a las novedades que traía míster Patterson, concentrado como se hallaba ahora en estudiar los billetes marcados.

—Vea qué extraño esto que escribieron aquí. —Alzó de pronto la cabeza y le extendió uno de los billetes a doña Sofía.

Ella lo examinó de arriba abajo.

—Esa frase es una injuria muy corriente en el idioma inglés —se lo devolvió después de revisarlo.

—No me refiero al «fuck you», eso no hay quien no lo entienda. Es esta otra palabra rara, escrita aquí abajo, en la esquina a la

derecha, encima de donde dice TWENTY DOLLARS. —El inspector Morales puso el dedo índice en el punto que quería precisar.

Doña Sofía volvió a examinar el billete.

—¿Ouagadougou? Seguramente no quiere decir nada. Alguien la escribió como un juego, a lo mejor por aburrimiento.

—¿Me permite verlo? —pidió míster Patterson.

Doña Sofía se lo alcanzó, y míster Patterson se quedó meditando, con la vista fija en el billete.

—Ouagadougou es una ciudad de un país de África. No me acuerdo de cuál, pero me parece que es la capital de ese país.

—¿Está seguro? —doña Sofía seguía mostrándose escéptica—. A mí no me parece más que un trabalenguas.

—Tuvimos en el Sea Cloud un grumete nacido allí —respondió con vehemencia míster Patterson—. Su nombre era más difícil de pronunciar todavía: Mamadouba Tiendrebeogo.

—¿Cómo es que se acuerda de ese nombre enrevesado, y no del país de donde venía ese grumete? —le señaló, en tono burlesco, el intendente Oreamuno.

—No puedo yo imponerme a los caprichos de mi memoria —replicó míster Patterson, con irritación.

—Estos veinte dólares pasaron entonces por manos de alguien que era africano, y tenía que ver con esa ciudad de… —el inspector Morales leyó, muy despacio, el nombre en el billete que había recibido de regreso—: Ouagadougou.

—Un billete de veinte dólares da muchas vueltas por el mundo —protestó desdeñoso el intendente Oreamuno—. Igual que por África, pudo andar por Oceanía.

—Pero da la casualidad que éste, del que estamos hablando, viene procedente de Nicaragua, en un falso cargamento de champán, subido a bordo de este barco por un empresario de Nicaragua, que tenía, además, dudosa reputación —el inspector Morales fue marcando sus palabras con golpes de los nudillos sobre la mesa.

—Acabo de acordarme. —Míster Patterson miró triunfalmente al intendente Oreamuno—. Ouagadougou es la capital de Burkina Faso. La tripulación llamaba al grumete Burkina, por simplificar.

—¿Y dónde queda eso en África? —preguntó, siempre desconfiado, el intendente Oreamuno.

Míster Patterson se dirigió al globo terráqueo asentado en la peana en el rincón, y lo hizo girar levemente, hasta dar con el sitio, sobre el que colocó el dedo.

—En este mapamundi, que es antiguo, Burkina Faso corresponde al territorio de la colonia francesa del Alto Volta, en el África occidental.

El intendente Oreamuno se acercó para observar el lugar que míster Patterson señalaba.

—Muy bien, un billete marcado. Y eso, ¿adónde nos lleva? Mientras tanto, el tiempo avanza, y el asesino nada que aparece.

El inspector Morales se puso de pie, y lo detuvo a medio camino cuando iba de regreso a su sitio.

—Usted mismo me contó que el doctor Constantino Urcuyo había hablado en el programa de Radio Columbia sobre los centenares de migrantes ilegales que pasan cada día por el aeropuerto de Managua para seguir viaje a Estados Unidos.

—Claro que me acuerdo —aceptó complacido el intendente Oreamuno—. Los vuelos chárter que llegan de todo el mundo a Nicaragua, atestados de migrantes que son trasladados a la frontera con Honduras, para que sigan viaje rumbo al norte. El doctor Urcuyo lo comentaba con datos en la mano: procedencia de cada vuelo, aeronave, ruta, fecha.

—Para trazar vuelos en tiempo real existen aplicaciones en la red al alcance de cualquiera, con mapas interactivos, y dan todos esos datos que usted menciona —informó doña Sofía.

—Doscientas mil personas, sólo en lo que va de este año, han pasado por ese aeropuerto —siguió el inspector Morales—. Gente de Nigeria, Ghana, Senegal, Egipto, Marruecos, Libia, Somalia… y de las islas del Caribe.

—Exacto —reconoció el intendente Oreamuno—. Cada migrante debe pagar una coima que le cobran en las ventanillas de migración del aeropuerto.

—Una coima en dólares, que se paga en efectivo. —El inspector Morales le mostró el billete, sosteniéndolo con ambas manos.

—Dólares que es necesario lavar de toda mancha de pecado —doña Sofía, entusiasmada, dio un puñetazo sobre la mesa—. Y quién mejor que Soto, con cuentas bancarias en el extranjero.

—Pero primero hay que sacar esos dólares de Nicaragua —acotó el inspector Morales—. Siete millones y tanto en billetes de veinte, de cincuenta, son muchos billetes. Ya lo vimos.

—Por eso las cajas de champán, por eso este crucero. —Se puso de pie doña Sofía, sin dejar de asentir.

—Vamos a ver. Toda esa plata de las coimas que pagan los migrantes es recaudada de manera oficial por el Gobierno —replicó el intendente Oreamuno—. La depositan en el Banco Central, y se acabó. ¿Para qué tantos mates?

—Nada de oficial —replicó el inspector Morales—. Se trata de una operación clandestina. Los migrantes pasan por el aeropuerto y no queda ningún registro. Del cobro tampoco. ¿Ya se le olvidó lo que dijo el doctor Urcuyo?

—Muy bien, ¿pero qué pinta Soto en las coimas? No me van a decir que formaba parte del negocio de los migrantes —porfió el intendente Oreamuno—. Él no era funcionario del Gobierno.

El inspector Morales regresó a ocupar su lugar.

—Nadie ha dicho que Soto estuviera metido en la recaudación de las coimas. Más bien lo veo cobrando una comisión por lavar el dinero. Una comisión alta. Y por alguna razón, ese encargo le costó la vida.

—El Gobierno de Nicaragua debería desmantelar esa red delictiva —intervino míster Patterson.

—Pero si quienes mandan allá son la cabeza de esa red delictiva —se rio doña Sofía—. No se pueden desmantelar ellos mismos.

—Entonces que intervengan los tribunales de justicia —insistió míster Patterson.

—En las mismas quedamos —meneó la cabeza doña Sofía—. Esos jueces imparciales de pelucas colochonas que salen en las películas no existen allá.

—Esta operación tiene todas las trazas de estar dirigida por el aparato de inteligencia del enano Manzano —dijo, con toda convicción, el inspector Morales.

—¿Quién más? —se apresuró a agregar doña Sofía—. No hay manera de que esa gente no esté envuelta en esta operación.

—El enano Manzano debe haber designado a alguien para recibir las claves de las cuentas cifradas en Barbados una vez que Soto hiciera el depósito —asintió el inspector Morales—. Y ese alguien viene en este barco.

—Queda claro. Soto no iba a hacer el depósito a su nombre, sólo a facilitarlo en el banco donde tiene sus contactos —siguió doña Sofía.

—Todo está por verse. Sigamos con los testigos, que ya son las cuatro de la tarde. —El intendente Oreamuno golpeó repetidamente con el dedo la carátula de su reloj.

—¿Qué hacemos con el testigo Pence? —consultó míster Patterson.

—¿No se estará fingiendo borracho ese Pence para no ser interrogado? —planteó el intendente Oreamuno.

—Ha consumido casi en su totalidad una botella de ron Matusalem —respondió, apenado, míster Patterson—. El capitán ordenó ley seca a bordo a raíz del crimen. No sé cómo esa botella llegó a sus manos. Se la he confiscado.

—Demasiado tarde la confiscación, según se ve —comentó el inspector Morales.

—Debe tratarse de un alcohólico de esos que terminan viendo diablos azules —opinó el intendente Oreamuno.

—Temo que está usted en lo cierto —reconoció míster Patterson—. Anoche, durante la cena, también bebió de manera exagerada, y uno de los camareros tuvo que ayudarlo a llegar a su camarote.

—Déjelo entonces que duerma en paz la mona —respondió el inspector Morales—. Sigamos con los demás pasajeros.

—En la lista apuntamos de últimos al gerente Joaquín Ardila, y a la abogada conocida nuestra —informó doña Sofía—. La pareja nupcial.

—Traiga por favor al señor Ardila, míster Patterson —pidió el intendente Oreamuno.

10. El cordial graduado de Penn State

Joaquín Ardila no tardó en aparecer. Un rubio deslavado, medio calvo y pasado de peso, vestido con un traje de satén italiano color perla, como si viniera saliendo de una reunión de negocios y ahora le tocara asistir a otra. El saco, que no había manera de ajustar a su cuerpo, parecía bailarle en las caderas, y el nudo de la corbata de seda le apretaba el pescuezo debajo de la doble papada.

Les estrechó la mano, escrutando a cada uno con simpatía, sin que la sonrisa complaciente se despegara nunca de su cara, y luego sus ojos saltones, de un amarillo estriado, recorrieron el recinto para comprobar si no le quedaba nadie a quien saludar. No se sentó hasta que el intendente Oreamuno le dio la venia, que pidió también para despojarse de la corbata. La dobló con cuidado y la guardó en el bolsillo delantero del saco.

—Según la información que tenemos, usted manejaba las empresas del señor Soto —empezó el intendente Oreamuno, sin más preámbulo.

¿La sonrisa era un don natural suyo, o un tic nervioso?, se preguntó doña Sofía. ¿Y cómo era que, vestido de traje entero, no pareciera sudar? Porque el aparato de aire acondicionado seguía sin despejar el calor, que se había vuelto pegajoso.

—Lo que en el argot empresarial se conoce como un CEO. —Ardila estiró los puños de su camisa, y sobresalieron las mancuernillas de plata, en forma de nudos marineros.

—O sea, ¿un gerente general? —siguió el intendente Oreamuno.

—Chief executive officer es algo más que un gerente general. —Ardila parecía invitar a su interlocutor a sonreír con él—. Se supone que un CEO goza de autonomía en sus funciones. Pero el señor Soto solía reservarse mucho control.

—¿Cuáles eran entonces sus atribuciones reales? —intervino doña Sofía.

Ardila le regaló la mejor de sus sonrisas.

—Gestión empresarial y financiera, pero las decisiones finales eran suyas. Y algunos negocios prefería confiarlos a su sobrino Manuel.

—¿Manuelito maneja, él solo, empresas de su tío? —preguntó el inspector Morales.

—En Nicaragua los vínculos familiares son muy fuertes. —Ardila seguía disfrutando del interrogatorio como si se tratara de una conversación de bar—. Yo he sido educado de otra manera: negocios son negocios, y familia es familia.

—Entonces había una rivalidad entre usted y Manuelito. —El inspector Morales golpeaba el bolígrafo contra la hoja de papel—. A ver quién de los dos conquistaba más el favor de Soto.

—Las rivalidades son de naturaleza amorosa —Ardila se sonrió apenas—. En asuntos de negocios, uno lo que hace es buscar cómo preservar sus competencias.

—Eso también se llama rivalidad —el inspector Morales le devolvió la media sonrisa.

—¿Tenía usted mucho tiempo de trabajar para él? —preguntó doña Sofía.

—Cinco años —la sonrisa de Ardila se esfumó de su cara y quedó reducida a sus ojos—. Desde que me reclutó en Texas. Yo era gerente de mercadeo de una empresa grande, la Schwab Corporation.

—Según veo, es usted ciudadano de Estados Unidos —continuó doña Sofía.

—Mi madre, Jane Marlowe, es de Missouri —ahora Ardila parecía sonreír sólo para sí mismo—. Allí la conoció mi padre, Alfonso Ardila, que es de Chinandega, cuando estudiaba Ingeniería Eléctrica en la Universidad Católica de San Luis.

—¿En esa universidad se graduó usted también? —Doña Sofía, que tomaba nota de las respuestas, alzó la cabeza.

—No, yo soy graduado de la Universidad de Pensilvania. Estudié en Wharton, la escuela de negocios —ahora la sonrisa de Ardila era de orgullo.

—El actual ministro de Economía de Costa Rica se llena la boca repitiendo en la televisión que estudió en esa escuela —se apresuró en comentar el intendente Oreamuno—. Como él viene de familia rica, me imagino que la colegiatura no es barata.

—Mi padre era algodonero en Chinandega, y se propuso dejarme como herencia mi título de Wharton —Ardila puso en su sonrisa un acento de gratitud.

—¿Se consideraba usted un íntimo amigo del occiso? —preguntó el inspector Morales, sin alzar la cabeza del bloc de notas en el que escribía con parsimonia.

La sonrisa tan cambiante desapareció del rostro de Ardila y su boca se contrajo. Era como si la palabra occiso le hiciera tomar conciencia, hasta ahora, de que Soto estaba muerto.

—Lo respetaba y obedecía. Y él confiaba en mí. No sé si el respeto y la confianza mutua se podrían calificar como amistad íntima.

—Se lo pregunto porque está usted entre los pocos afortunados, escogidos por él, para que lo acompañaran en este crucero. —El inspector Morales seguía sin levantar la cabeza, escribiendo, o haciendo que escribía.

—Siempre me quería tener a su lado, donde estuviera. —La doble papada de Ardila temblaba levemente—. Con él no había horario, y prefería resolver las cosas conmigo cara a cara, y no a distancia, por Zoom y esas cosas. Pero esta vez había otro motivo.

—¿Se puede saber cuál? —El inspector Morales dejó caer el lapicero sobre el papel, y por fin lo miró.

—Su abogada, la doctora Moncada, y yo vamos a casarnos, y él quería que este crucero para celebrar su cumpleaños fuera también un viaje de despedida de solteros. —En el pliegue de la papada de Ardila había una línea blanca, como de talco.

¿Será que se entalca después de bañarse?, se preguntó doña Sofía. Recordaba el talco Mennen, la cabeza de un bebé rubio entre los pétalos de una rosa. El bebé feliz de Mennen. ¿Usaría también Ardila colonia Mennen para bebés?

—¿Su relación con la doctora Moncada es vieja? —siguió el inspector Morales.

—Ha durado unos dos años —Ardila volvió a mostrarse contento —. Lo suficiente para conocernos bien. Y ya tenemos, además, experiencia matrimonial. Los dos somos divorciados. Ahora no hay cómo equivocarse.

—¿Usted le recomendó a Soto a su novia para que entrara a trabajar con él? —El inspector Morales se había desentendido del bloc y mantenía cruzados los brazos sobre el pecho.

—Se la recomendé no porque fuera mi novia, sino por su capacidad y experiencia —la sonrisa de Ardila era ahora plácida.

—¿Experiencia en qué área? —El inspector Morales reacomodó los brazos.

—En el litigio de propiedades agrícolas, por ejemplo —el tono de Ardila pasaba ahora a ser festivo—. Son casos judiciales que pueden durar años y ella sabe cuáles teclas corresponde tocar.

—Conexiones privilegiadas que ella tiene —afirmó el inspector Morales con movimientos de cabeza.

—Toca enfrentar una maraña de trámites engorrosos —Ardila asintió también, complaciente—. Y ella conoce a la gente adecuada.

—Y el monto de la mordida que debe ofrecer a esos rábulas para salir de la maraña —intervino doña Sofía.

—Del tamaño del sapo depende la pedrada —dijo Lord Dixon.

Ardila no pareció sorprendido ni ofendido, y más bien extremó su cordialidad.

—La gente completa sus malos salarios a como puede. Si las bielas de la máquina burocrática no se aceitan, los asuntos pendientes se estancan. ¿Y adónde iría a parar la economía?

—Toda una lección de ética pragmática —dijo Lord Dixon.

—Y eso incluye las sentencias, que tienen su propia tarifa, según sea el juez —el inspector Morales copió una de las sonrisas obsequiosas de Ardila.

—No me atrevo a afirmar que los jueces reciban pago por sus sentencias —respondió Ardila, sin perder su talante risueño.

—¿La doctora Moncada hizo el testamento de Soto? —El inspector Morales se dio cuenta de que, a pesar suyo, seguía sonriendo.

—No estoy al tanto, pero no lo creo —respondió Ardila, ahora esquivo—. Será mejor, en todo caso, que se lo pregunte a ella.

—Se lo vamos a preguntar, no se preocupe. —El inspector Morales volvió a sus notas—. Imagino que Soto iba a ser el padrino de la boda de ustedes.

La sonrisa en la cara de Ardila era ahora triste.

—Hubiera sido impensable para él, y para nosotros, que no fuera así. Fue de lo último que hablamos ayer en la cena.

—Cuénteme de la cena. ¿Quiénes se sentaron con Soto? —El inspector Morales alzó la vista para mirarlo con gran interés.

—Alba Luz y yo, nadie más. Estuvo de muy buen humor, bromeando sobre las cargas del matrimonio y las casadas celosas.

—Y los demás invitados al crucero, ¿cómo se sentaron? —intervino doña Sofía.

—Su sobrino Manuel, la señora Maritano, y ese muchacho Pence comieron juntos en otra mesa. —Ardila estiró el cuello y se abrió un botón de la camisa.

—¿Recuerda si Pence se embriagó durante la cena? —se apresuró en intervenir el intendente Oreamuno.

—Tengo la impresión de que ya se hallaba pasado de tragos desde que subió al barco —la sonrisa de Ardila fue ahora de desconsuelo.

—¿Cómo se lleva usted con Manuelito? —preguntó doña Sofía.

Ardila exhaló el aire como tras un gran esfuerzo.

—Qué quiere que le diga. Siendo sobrino de Soto, tenía que ser cordial con él. Y paciente. No todas las ideas que se le ocurren son brillantes.

—Como el negocio de las criptomonedas —intervino el inspector Morales.

Ardila asintió, con aire de complicidad.

—Me parece que más bien eso de las criptomonedas se le ocurrió a Pence, aunque Manuel se entusiasmó.

—¿Qué opinión tiene de Pence? —volvió a apresurarse en intervenir el intendente Oreamuno.

Ardila meditó antes de responder, abstraído en su propia sonrisa.

—Pienso que para ese muchacho, las inversiones son como apostar en un casino. Y su tendencia a la bebida no le ayuda. Siempre se halla pasado de copas, y eso es algo que a Soto le disgustaba.

—Pero lo invitó a este crucero de cumpleaños —observó doña Sofía.

—Invitó a su hijastra, con la que quería reconciliarse, y no podía dejar de invitarlo a él.

—Entiendo que están divorciados —observó, casi por lo bajo, el inspector Morales.

—No legalmente divorciados, separados —lo corrigió cordialmente Ardila—. Pero es una relación extraña, porque ambos viven en el mismo domicilio en San Petersburgo, Florida.

—Los invitó a los dos, y sólo vino él —comentó doña Sofía.

—Mandó su avión a traerlos, y Pence apareció solo en Managua —confirmó Ardila—. Soto se quedó muy desilusionado.

—Y de ese negocio de las criptomonedas, ¿qué opinaba Soto? —intervino una vez más el intendente Oreamuno.

—Se lo propusieron en uno de sus viajes a Miami —Ardila giró la cabeza hacia él, lleno de cortesía—. Creo que no llegaba a entenderlo del todo. Y rechazó la idea.

El inspector Morales revisó la hoja del bloc, y la encontró llena de triángulos equiláteros, isósceles y escalenos, como los que había aprendido a dibujar en sexto grado, rellenados una y otra vez con la tinta de bolígrafo:

—¿Manuelito no tenía poder suficiente para decidir en esa clase de inversiones o avales financieros?

La cara de Ardila era de diversión ante lo absurda que le parecía la pregunta.

—Aprobar asuntos mayores sólo le correspondía a Soto. En eso era inflexible.

Doña Sofía, a diferencia de las entretenciones de dibujante del inspector Morales, había llenado ya dos hojas enteras con las transcripciones de las respuestas de Ardila, escritas en letra clara y correcta.

—¿Usted se hallaba presente en esa reunión de Miami?

La sonrisa de Ardila era ahora cansada, como si la hubiera ensayado ya demasiadas veces.

—Viajé en compañía de Soto en su avión. Quería que yo estuviera presente. A mí me pareció descabellada la propuesta, pero no

necesitaba convencerlo para que se negara.

—Volvamos a la cena de anoche —intervino el inspector Morales —. ¿Tribilín estuvo presente?

La sonrisa de Ardila fue de extrañeza.

—Romeo Guardiola, se le conoce por el sobrenombre de Tribilín —aclaró doña Sofía.

—Ah, el guarura, como dicen en México —se rio con franqueza Ardila—. No se sentó a ninguna mesa. Se quedó todo el tiempo de pie, en la puerta del comedor, en custodia del maletín.

—¿Soto se había desprendido del maletín? —se extrañó doña Sofía.

—Bueno, no iba a sentarse a comer con el maletín esposado a la muñeca. —Ardila celebró su propia respuesta.

—¿Usted ya conocía al sujeto apodado Tribilín? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Lo vi algunas veces en la antesala del despacho de Soto, pero hasta ahora no he cruzado palabra con él —Ardila se esforzaba otra vez en sonreír—. Me parece una persona extraña, de esas que se ríen sin motivo.

Unos se ríen sin motivo, y otros se sonríen sin motivo, se dijo doña Sofía antes de preguntar:

—¿Quién bajó primero a acostarse al terminar la cena?

Ardila meditó la respuesta.

—Soto se despidió de primero, porque tenía unas llamadas que hacer a España. Estaba pendiente de un crédito con el Banco Santander, y había una traba con las garantías.

—¿Tenía su celular a la vista? —siguió doña Sofía.

Ardila no dudó en negar.

—Mientras se sentaba a comer, tenía por costumbre guardarlo en el maletín. Y veía mal que los demás usaran sus celulares en la mesa, y también en las reuniones de negocios. En su despacho, los teléfonos eran recogidos en la puerta por la secretaria.

—¡Cae, hecha pedazos, la hipótesis del maletín vacío…! —exclamó el intendente Oreamuno, alzando las manos; y cuando doña Sofía lo miró de manera reprobatoria, se calló, azorado.

—¿Qué más guardaba Soto en ese maletín? —continuó doña Sofía.

—Lo usual. El teléfono, como dije, informes, documentos, su laptop —enumeró Ardila.

—Y una libreta con las claves de sus cuentas cifradas en los bancos de Barbados —agregó el inspector Morales.

La sonrisa de Ardila fue condescendiente.

—Esas claves, hoy en día, no se anotan en ninguna parte. Por razones de seguridad, las genera el sistema cada vez que se va a realizar una operación desde la laptop.

—Me lo explica otro día —cabeceó con fingida modorra el inspector Morales—. ¿Iba solo Soto cuando bajó a su suite?

—Solo, seguido a distancia por ese hombre, Guardiola —confirmó Ardila.

—¿Mónica Maritano no bajó con él? —indagó doña Sofía.

—Ella lo hizo poco después —respondió con celeridad Ardila—. Mi impresión es que durante toda la cena se mantuvo ansiosa por abordar a Soto, y cuando lo vio levantarse, fue tras él.

—Entonces, lo siguió, y lo alcanzó —afirmó el inspector Morales.

—Supongo que debió haberlo logrado. —Ahora sí, Ardila sudaba, y se abrió otro botón de la camisa—. En las escaleras que llevan a los camarotes, o ya abajo, en el corredor.

—¿Y el maletín? —continuó el inspector Morales—. ¿Siguió en manos de Tribilín?

Ardila cuidaba de que la sonrisa no fuera a desaparecer de su cara.

—Mientras duró la cena, Guardiola permaneció en la puerta, como dije, en custodia del maletín, esposado a su muñeca. Y al salir Soto, se lo entregó de regreso.

Debajo de los triángulos el inspector Morales dibujó un trébol sin despegar el lapicero del papel.

—Y Tribilín, ¿cargaba alguna clase de arma?

—Llevaba una pistola en la cintura, metida debajo del pantalón, a la altura de la ingle —en la respuesta de Ardila seguía patente el afán de agradar.

—¡Y el muy lépero aseguró que había subido desarmado al barco! —clamó doña Sofía.

El lapicero del inspector Morales rellenaba el trébol con energía.

—¿Sabe qué clase de pistola era?

—No entiendo de armas —se excusó cortésmente Ardila—. Y, además, sólo podía notarse la culata.

El inspector Morales levantó de la mesa la ziploc que contenía la Walther PPK, y se la mostró.

—¿Podría ser ésta?

Ardila la examinó con atención.

—La culata, que es todo lo que podía verse, es parecida. Pero no se fíe de mi criterio.

—¿Cuánto tiempo después bajaron, usted y la doctora Moncada, a sus camarotes? —intervino doña Sofía.

—Quizás una media hora más tarde —calculó Ardila enarcando las cejas—. Hasta que terminamos la botella de vino que estaba en la mesa.

—¿A cuál camarote se fueron a dormir? ¿Al suyo, o al de ella? —Ahora el inspector Morales dibujaba un borde al trébol, rellenado con tanta energía que el lapicero había roto el papel.

Ardila sonrió, sin parpadear, como los muñecos de celuloide.

—Tomamos un nightcap en su suite, y luego me fui a dormir a la mía.

—¿No se quedaron a pasar la noche juntos? —en la voz del inspector Morales había un tono de grosería que no se preocupó en reprimir.

La sonrisa de Ardila se volvió pudorosa.

—No estamos casados todavía. Somos de la vieja guardia. Volví a mi suite, como dije, me puse la pijama, y me dormí de inmediato.

—¿Pudo darse cuenta de que el barco se había detenido? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Creí escuchar, ya amodorrado, un cambio en el ruido de los motores. —Ardila volvió a enarcar las cejas para hacer memoria—. Pensé que era una maniobra habitual, porque no tengo experiencia en viajes por mar.

—Y cuando se produjo el asesinato de Soto, ¿se hallaba despierto, o dormido? —preguntó doña Sofía.

—Me había levantado al baño, y desde allí escuché que tocaban la puerta —Ardila respondía despacio, como si temiera errar—. Míster Patterson me dio la noticia, y cuando salí al pasillo, todos los demás estaban ya allí, pero el capitán no permitió que nadie entrara a la suite de Soto. Y después ordenó que volviéramos a nuestros camarotes.

—Uno de los pasajeros pidió al capitán Saltarín que el barco regresara a San Juan del Sur. ¿Recuerda quién fue ese pasajero? —inquirió doña Sofía.

Ardila volvió a esbozar su proverbial sonrisa.

—Por supuesto que lo recuerdo. Fue Alba Luz. Y varios la secundaron. Pero cuando el capitán explicó que no era posible porque el crimen se había cometido en aguas de Costa Rica, ya nadie volvió a insistir.

—Perdonen que intervenga —se oyó a míster Patterson—. Pero creo recordar que usted, míster Ardila, antes de que el capitán Saltarín respondiera, mostró su oposición a la petición de missis Moncada.

—No es que me opusiera —Ardila le dedicó a míster Patterson la mejor sonrisa de su repertorio—. Sólo comenté que en San Juan del Sur no hay servicios portuarios nocturnos, y que tendríamos que quedarnos fondeados frente a la costa, a saber hasta qué horas de la mañana.

—Ya vamos terminando. —El inspector Morales volvió a sus supuestas anotaciones—. Como entre vos y Soto no había secretos, sos la persona ideal que andaba buscando para obtener un dato que me falta.

La sonrisa de Ardila se desconcertó. El tratamiento respetuoso del inspector Morales de pronto había desaparecido para dar paso a aquel tono confianzudo.

—No sé si pueda serle útil, si se trata de su vida personal, pues en eso era muy reservado como para compartir secretos conmigo —vaciló al responder.

El inspector Morales había completado un segundo borde en su trébol de cuatro hojas y contemplaba el resultado, bolígrafo en mano, no sin admiración.

—Me refiero al cargamento de dólares que subió a este barco para depositarlos en algún banco de Barbados.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando —lo miró Ardila, ya sin ningún asomo de sonrisa en la cara.

Ahora el inspector Morales parecía escribir con el bolígrafo en el aire.

—No es posible que no sepás que el motivo de este crucero no era ningún cumpleaños, ni celebrar tu futura boda, sino lavar los más de siete millones de dólares que vienen camuflados en cajas de champán.

—Me contó que había traído el champán para la celebración, de la marca que le gustaba —Ardila, turbado, hacía esfuerzos por sonreír de nuevo—. ¿Está seguro de que no es champán lo que hay en las cajas?

—A Manuelito le luce el papel de pendejo, a vos no. —El inspector Morales cesó abruptamente de escribir en el aire—. Esos dólares vienen del tráfico de los miles de migrantes que pasan por Managua, todos esos pobres desgraciados a los que les cobran peaje y los dejan después en manos de los coyotes, a ver si con suerte logran llegar a Estados Unidos.

Ardila se quedó un rato meditando y, mientras tanto, su cara iba reflejando de nuevo serenidad.

—La única manera de explicarse algo así, tan anormal en la conducta de Soto, es la situación económica comprometida en que se hallaba.

—¡Vaya sorpresa! Nada de eso nos habías contado, que Soto estuviera en apuros de dinero. —El inspector Morales se removió con incomodidad en el asiento.

—No creí que viniera al caso —se excusó Ardila.

—¡Cómo no va a venir al caso! —rezongó, exasperado, el inspector Morales—. A ver, ¿cómo es eso?

—Hizo una pésima operación, que yo le desaconsejé, al vender varias empresas dedicadas a la colocación de commodities. —La

frente de Ardila se perlaba de sudor, sudaba también del cuello, y se abrió un tercer botón de la camisa—. Los compradores, un holding del golfo Pérsico, resultaron poco solventes, y perdió bastante dinero. Por eso la llamada de anoche a España. Había solicitado un préstamo de rescate al Banco Santander, pero era muy dudoso que se lo concedieran. Sus activos más rentables estaban comprometidos, y las garantías que podía ofrecer eran mínimas…

—En resumidas cuentas, estaba quebrado —lo interrumpió el inspector Morales.

—No propiamente, pero en riesgo de insolvencia. Y es la única explicación que le hallo para que aceptara prestarse a una operación así, como esta del lavado de los dólares —explicó Ardila mientras buscaba el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón.

—Y esa operación le costó la vida —afirmó pausadamente el inspector Morales.

—Perdone, pero a eso no le veo lógica. —Ardila se secaba el sudor de la frente y el cuello con el pañuelo—. Si quien lo mató lo hizo para quedarse con los dólares de ese cargamento, ¿qué podría hacer con ellos? Tirarlos al mar, nada más. Si esos dólares no entran en una cuenta bancaria, no existen.

—Buen punto de parte del bebé del talco Mennen, camarada —dijo Lord Dixon.

—A menos que quien lo mató también tenga sus propias cuentas cifradas en ese mismo banco —el inspector Morales lo miró con severidad desafiante—. Por ejemplo, vos.

La sonrisa de Ardila se pintó franca y cordial en su cara.

—No tengo ninguna cuenta en Barbados. Mis únicas cuentas bancarias están en Estados Unidos, y en Nicaragua. Y a mi propio nombre. Puedo probarlo.

—¿Qué pruebas pueden ser ésas? —doña Sofía despreció el argumento—. En esos bancos que lavan dinero podés abrir una cuenta a nombre del ratón Mickey o del pato Donald, porque no te piden ni pasaporte.

—Así mismo es —sentenció el intendente Oreamuno—. El dinero pasa de una a otra cuenta en un parpadeo y se le pierde todo rastro, según comentó el doctor Urcuyo en su programa de Radio Columbia.

—Ya puede llevarse al testigo, míster Patterson —pidió el inspector Morales.

Ardila se despidió con toda urbanidad, y el inspector Morales se puso de pie para dirigirse con determinación, bastón en mano, hacia el bar.

—Míster Patterson, mientras tanto regresa con la doctora Moncada, ¿me permitiría disponer de alguna bebida refrescante? Digamos, ¿una cerveza?

—No sea descarado, compañero Artemio —le reprochó en un susurro doña Sofía.

—Be my guest —míster Patterson señaló cortésmente desde la puerta hacia el refrigerador—. La ley seca dispuesta por el capitán Saltarín no cubre a los investigadores.

—Deme chance entonces de tomármela tranquilo —ya el inspector Morales estaba abriendo el refrigerador—. Así que tómese su tiempo para traernos a la testigo.

—Que no se vuelva una eternidad este recreo —reparó el intendente Oreamuno, preocupado siempre por las dilaciones.

—Hay más tiempo que vida —se volvió hacia él míster Patterson, que ya salía llevando por delante a Ardila.

El inspector Morales, mirando con deleite la lata de Heineken, hizo saltar la anilla, se la llevó a la boca y dio el primer trago.

11. Cien años de perdón

El inspector Morales salió a la cubierta para terminar de beberse en paz la Heineken, una lata de medio litro que de tan helada le había entumido la mano. Doña Sofía vino tras él, y se acodó a su lado en la barandilla.

La bandada de pelicanos marrones, que antes revoloteaban tras el rastro del pesquero, ahora se calentaba al sol posada en un cúmulo de rocas color de herrumbre, contra las que rompían en hervor las olas. ¿O era otra bandada distinta?, se preguntó doña Sofía. No tenían por qué ser los mismos.

Uno de ellos alzó pesadamente el vuelo, y tras gravitar a media altura vino a pararse sobre la barandilla, muy cerca de donde los dos se hallaban. El pelícano, con el plumaje alborotado, parecía vigilarlos de perfil, con el ojo fijo que no parpadeaba. ¿Los pájaros nunca volvían la cabeza para mirar?, volvió a preguntarse doña Sofía. De pronto, sus patas se movieron con ritmo pausado para cambiar de posición en la barandilla, sacudió el cuello, y expulsó del buche tres pargos pequeños que cayeron sobre la cubierta, donde quedaron inertes en un abundante charco. Luego, alzó de nuevo el vuelo.

—Qué extraña conducta la de este animal —comentó ella mientras lo veía alejarse, de regreso hacia las rocas donde los demás de la bandada seguían inmóviles—. Vino a botarnos aquí su almuerzo.

—¿Cómo será la carne de pelícano? —El inspector Morales sopesó la lata de cerveza—. Coyundosa, de seguro, y dura de meterle el diente.

—Debe saber a pescado, siendo lo único que comen. —Doña Sofía mantenía la mirada puesta en los pelícanos, que se habían juntado ahora sobre una sola roca, y acercaban las cabezas, como si sostuvieran una consulta.

—Explíqueme por qué la boa tiene sabor a pescado no siendo culebra marina ni nada parecido. —La lata comenzaba a entibiarse en la mano del inspector Morales.

—Nunca en la vida he comido boa ni pienso jamás hacerlo, vaya semejante asquerosidad con la que me sale. —La bandada de pelícanos, después de concertarse, alzó el vuelo por encima de los montarascales resecos de la isla Bolaños, y se alejó hacia el sur.

—Yo sí la he probado muy a gusto, en la guerrilla no se le hace asco a nada. —La lata de cerveza ya pesaba poco, señal de que llegaba a su fin—. Aprendí a pelarla y a destazarla para hervirla.

—Ni siquiera tolero la carne de iguana, otra asquerosidad. —Doña Sofía sacudió los hombros y la cabeza en señal de repugnancia.

—Y también comíamos mono asado en las brasas. —El inspector Morales apuró los restos de la lata—. Un mono congo ya pelado parece un niño.

—Cómo se le ocurre semejante comparación. —La cara de doña Sofía reflejaba asco y pesar.

—A ver si se acuerdan de que existo y me cuentan algo de lo que están tramando. —El intendente Oreamuno se acercó, con dos latas de cerveza en la mano—. Vengo a repostar su provisión al inspector Morales, y a acompañarlo en calmar la sed; para usted no traje, doña Sofía, porque sé que su religión le prohíbe el licor.

—A mí me parece un abuso estarse bebiendo esas cervezas —los reprendió ella.

—Estábamos hablando de pelícanos, culebras y monos. —El inspector Morales tiró al agua la lata vacía, y recibió la que le ofrecía el intendente Oreamuno.

—Yo he aprovechado para analizar los puntos que anotó usted en su bloc como pendientes. —El intendente Oreamuno falló al tirar de la anilla y al segundo intento la espuma se desbordó sobre la lata.

—¿Y ha sacado en claro algo nuevo? —El inspector Morales abrió la suya con un tirón enérgico.

—He recapacitado sobre el maletín. —El intendente Oreamuno quitó la espuma de la tapa con el dedo—. Mientras no lo hallemos, vamos a seguir trabados.

El inspector Morales alzó la lata en ademán de brindar.

—Me alegra que rectifique. Antes de seguir con los testigos, voy a pedirle a míster Patterson que me lleve a dar una vuelta por el barco. A lo mejor tengo suerte, y me topo en algún recoveco con el maletín.

—Si les parece, yo voy a ir a platicar con Tribilín —propuso doña Sofía—. Mintió diciendo que no traía ninguna pistola. Si es la misma con que mataron a Soto, ya tenemos al autor material.

—Y yo me quedo contemplando la mar océano desde un ojo de buey en el bar —se quejó el intendente Oreamuno.

El inspector Morales probaba a refrescarse llevándose la lata al cuello y a la frente.

—Usted vaya a ver si Pence, el yerno del occiso, ya está en capacidad de hablar, a ver qué le saca. Y después nos juntamos para hacer cuentas de lo que hemos avanzado.

—¡Allí viene el capitán Saltarín! —alarmado, el intendente Oreamuno escondió a sus espaldas la lata de cerveza.

—No sea pendejo, ¿que acaso nos robamos las cervezas? —El inspector Morales bebió tranquilamente de su lata—. Míster Patterson, que allí viene también, nos hizo el convite.

—Pero no los autorizó a que vaciaran la refrigeradora —rezongó doña Sofía.

—Salud, señores, que les aproveche. —El capitán Saltarín se llevó los dedos al quepis—. No tengo las mejores noticias, seguimos sin poder arreglar la avería, pero estamos trabajando con el mejor empeño.

—Nosotros también seguimos trabajando con gran empeño —respondió el intendente Oreamuno mientras, con sonrisa forzada, dejaba a la vista su lata.

—Esto del contrabando de dólares es una verdadera sorpresa. —El capitán Saltarín se quitó el quepis y se pasó la mano por la frente—. Se van a llevar un doble disgusto en Hamburgo. No va a ser fácil controlar los daños que sufrirá la imagen del Sea Cloud.

—¿Soto tenía contratados otros viajes chárter con este velero? —preguntó, de improviso, el inspector Morales.

El capitán Saltarín congeló en el aire el movimiento de ponerse otra vez el quepis.

—En el rol figura una opción de contrato para dos cruceros más en los próximos meses —afirmó.

—Siempre hacia Barbados, imagino —continuó el inspector Morales.

—Creo recordar que a las islas Caimán, y a Monserrat —meditó el capitán Saltarín, ya el quepis de nuevo en su cabeza—. Podremos comprobar el dato exacto cuando vuelva el sistema.

—También esas islas son lavanderías del top ten de la lista —intervino doña Sofía.

—Más plata de los migrantes que lavar y planchar —asintió el inspector Morales—. Para eso serían esos otros viajes. A ver qué pretexto pensaba buscarse Soto, porque no podía cumplir años tres veces.

—Ya me ha informado también míster Patterson del probable origen de esos fondos —suspiró el capitán Saltarín mientras volvía a repasarse la frente—. Nicaragua quedará vedada en nuestras rutas, es lo primero que con toda seguridad decidirán en Hamburgo. Y ahora me perdonan, pero tengo que regresar a lo mío.

Cuando el capitán Saltarín se alejó en dirección al puente de mando, el inspector Morales se volvió hacia la borda para tirar al agua la otra lata vacía, pero ante la presencia de míster Patterson recapacitó, y se dirigió hacia el tacho de basura colocado al lado de la puerta del bar.

—Míster Patterson, quisiera pedirle que me acompañara de nuevo a la suite de Soto —le pidió, mientras depositaba la lata—. Hay algunas cosas que busco aclarar.

—Los acompaño —se adelantó el intendente Oreamuno.

—Usted tiene que ir a ver si a Pence ya se le pasó la juma —le recordó el inspector Morales.

Con ademán complacido, míster Patterson le abrió paso al inspector Morales.

—¿El médico del barco es de baja estatura? —le preguntó, una vez que hubieron andado unos pasos.

—El doctor Mortimer es un gigante de casi dos metros. —Míster Patterson se volvió a mirarlo, intrigado por la pregunta.

El inspector Morales detuvo la marcha.

—¿Podría pedirle que nos preste los zapatos que calzaba cuando hizo el reconocimiento del cadáver?

Míster Patterson no hizo ningún comentario, y se dirigió a las dependencias de la tripulación. Al rato regresó con los zapatos metidos en una bolsa de lavandería.

Una vez llegados a la suite de Soto, y después que míster Patterson hubo abierto la puerta, el inspector Morales le hizo una nueva petición:

—Encienda, si es tan amable, la lámpara de la cabecera, cierre los ojos de buey para que no entre ninguna claridad de afuera, y luego se acuesta bocarriba, el torso contra la cabecera, la cabeza levantada sobre las almohadas, tal como se hallaba Soto.

—¿Acostarme? —vaciló míster Patterson, los ojos muy abiertos—. Sigue puesta la misma ropa de cama.

—Sé que no es nada grato, pero será sólo un minuto —insistió el inspector Morales—. Y déjeme los zapatos del doctor.

Míster Patterson, tras su duda inicial, entró en la suite y cumplió con todo lo solicitado.

—¡Ya estoy acostado! —llamó desde la cama.

—Apenas alcanzó a distinguir su figura. —El inspector Morales había dado un paso adelante—. Y no puedo ver las manchas de sangre en la ropa de cama. La lámpara de la cabecera no es suficiente.

—Pues yo tampoco lo veo bien a usted —respondió míster Patterson.

El inspector Morales encendió el switch al lado de la puerta, y la habitación se llenó de luz.

—Anoche, cuando la camarera dio la alarma de que habían matado a Soto, lo que hizo usted fue prender las luces de la araña del techo al entrar al camarote. Si no, no hubiera podido distinguir nada.

—No me paré a pensarlo —recapacitó míster Patterson, incorporándose de la cama—. Fue un acto reflejo, llegar, y activar el switch.

—Es lo mismo que hizo el asesino para no errar el tiro. Prender primero la araña. —El inspector Morales avanzó con la bolsa de los

zapatos en la mano—. Y también la camarera; si no, no se hubiera dado cuenta de que sobre la cama lo que había era un cadáver ensangrentado.

—Es obvio que es necesario encender la lámpara del techo para poder distinguir bien lo que hay en la cama —míster Patterson se mostraba confuso—. ¿Pero cuál es la novedad?

El inspector Morales balanceaba la bolsa de los zapatos en la punta de los dedos.

—La camarera asegura que vio el cadáver con sólo la luz de la lamparita de mesa, y que no alcanzó a activar el switch, porque salió corriendo del susto.

—Se equivocó, la pobre, con los nervios —movió la cabeza, compasivo, míster Patterson.

—Mintió, no se equivocó —lo contradijo rotundamente el inspector Morales—. Cuando llamó y no le respondieron, abrió la puerta con la llave electrónica, y al ver que Soto seguía inmóvil en la cama, encendió la luz. Descubrió el cadáver, pero no huyó, horrorizada, como ella dice, sino que avanzó, en busca del maletín, que había descubierto en algún sitio. A lo mejor en la mesa de noche, o sobre la misma cama.

—¿Ella se llevó el maletín? —Míster Patterson arrugó el entrecejo, incrédulo.

El inspector Morales sacó el zapato derecho de la bolsa, y apoyándose en el bastón, se inclinó para calzarlo en una de las huellas marcadas en la alfombra.

—Este zapato no cabe en la huella. Y el dibujo de la suela es diferente.

Míster Patterson se puso en cuclillas para examinar de cerca la huella.

—Es un dibujo de espinazo de pescado —afirmó, de manera sombría, al levantarse—. Una suela de zapatos Crocs, los que usa el personal de servicio. Esto aumenta la catástrofe para el Sea Cloud.

—Se llevó el maletín, pero no le pudo sacar ningún provecho porque no dio con la combinación. —El inspector Morales volvió a introducir el zapato dentro de la bolsa, y se la devolvió a míster Patterson.

—Se ha metido en un verdadero lío esa mujer insensata —se lamentó míster Patterson mientras recibía la bolsa.

El inspector Morales le puso la mano en el hombro.

—Voy a solicitarle algo que seguramente va contra los reglamentos del barco, pero puede acelerar la solución de este caso.

Míster Patterson lo miró, inquisitivo.

—De entrada, ya vamos mal. Pero explíqueme de qué se trata.

—Vaya usted a buscar a la camarera, le pide que le entregue el maletín, y le promete que no será despedida —siguió el inspector Morales.

—No va a reconocer que lo tiene en su poder —alegó míster Patterson.

—Entonces dígale que se atenga a consecuencias peores —replicó el inspector Morales.

—Si acepta devolverlo, y yo la dejo en su puesto, me convierto en encubridor de un robo —protestó míster Patterson.

—Esa camarera ya tiene sus cien días de perdón —lo consoló el inspector Morales—. ¿No se acuerda del dicho? Ladrón que roba a ladrón…

—Cien años de perdón, no cien días —lo corrigió míster Patterson —. Pero es que, ¿no se da cuenta? ¡Negociar la impunidad de un robo cometido por un miembro del personal…!

El inspector Morales tenía puestas ahora las dos manos sobre sus hombros, y lo miró a los ojos.

—Si el intendente Oreamuno estuviera aquí, le explicaría que en las películas del detective Cannon, los fiscales negocian el perdón con responsables de actos delictivos mucho peores, para obtener información que los lleve a agarrar al pez más gordo.

—Conozco de sobra la serie de Cannon. —Míster Patterson se libró cortésmente de las manos del inspector Morales—. Está bien. Pero será un asunto que quedará nada más entre nosotros dos.

—Quede entre nosotros dos —el inspector Morales alzó la mano derecha, como si fuera a prestar juramento.

12. Un cold lunch decepcionante

Mientras míster Patterson iba en busca de la camarera, el inspector Morales se dirigió hacia el área de popa, y se sentó a esperar en una de las tumbonas bajo parasoles que rodeaban el óvalo de la piscina. En las aguas demasiado azules, apestosas a cloro, se reflejaban las nubes que seguían atravesando lentamente por el cielo en viaje hacia el mar.

Varios marineros maniobraban en silencio con las jarcias, encaramados en la verga del palo de mesana. Eran los primeros que veía desde que habían subido a bordo, con la tripulación restricta en sus camarotes según las órdenes del capitán Saltarín. Como en las películas, llevaban camisetas a rayas y bonetes de trapo. Dos cocineros, vestidos con sus filipinas blancas de doble solapa, que fumaban junto a la borda, no tardaron en desaparecer, tras tirar las colillas al agua.

Doña Sofía se acercó, la respiración fatigosa, como si hubiera caminado una gran distancia, o viniera huyendo de algo, y se dejó caer en otra de las tumbonas.

—¿Qué se averiguó del bendito maletín?

—Que se lo llevó la camarera hondureña que encontró a Soto muerto —le informó el inspector Morales mientras se recostaba a su gusto en el cheslón—. Míster Patterson fue a hablar con ella para que lo devuelva.

Doña Sofía asintió, sin mostrar curiosidad alguna sobre la manera en que el inspector Morales había hecho el descubrimiento del paradero del maletín.

Sacó una pistola que traía envuelta en una bolsa de papel kraft, y se la mostró.

—Aquí tiene. La pistola de Tribilín. Una Browning de 9 milímetros.

El inspector Morales alzó la cabeza, examinó el arma de arriba abajo, y se volvió a recostar.

—Queda descartado entonces como autor del disparo que mató a Soto. Tener en su poder esta otra arma lo salva.

—Un tramposo de marca mayor —doña Sofía se mostró, de pronto, exasperada—. Empezó negando que hubiera traído ninguna pistola, pero se aflojó cuando le aseguré que había testigos que lo habían visto con la PPK en la cintura, lo que bastaba para que fuera condenado a cadena perpetua por asesinato, y enviado al penal de la isla de San Lucas, un infierno del que nadie ha regresado con vida. Entonces se volvió un corderito pascual y me entregó la pistola entre risotadas, como es su manera.

—Ese penal ya está cerrado desde hace años, ahora es un parque de la reserva natural, donde los excursionistas van a pasear, y hay hasta un museo donde fue el antiguo presidio —el inspector Morales hablaba sin abrir los ojos, pesados de modorra.

—Él no tenía por qué saberlo. —Doña Sofía puso la pistola en su regazo—. La cosa era asustarlo.

—Ya ve, será muy farsante y será guasón, pero no es el asesino —al inspector Morales le costó abrir los ojos porque, a pesar del parasol, la luz del sol era deslumbrante.

—Usted siempre defendiendo a su compinche —lo regañó doña Sofía.

—No lo estoy defendiendo, ni es mi compinche. —El inspector Morales se incorporó morosamente—. Sólo estoy comprobando un hecho.

—No es la pistola con que mataron a Soto, aceptemos —replicó doña Sofía—. Pero si Tribilín está en el barco, es porque el enano Manzano lo mandó con alguna misión.

—Ya lo oyó, su prima la Chaparra cayó en desgracia, y él perdió todos los favores. —El inspector Morales cogió la pistola del regazo de doña Sofía.

—A veces me sorprende su ingenuidad, compañero Artemio —doña Sofía lo miraba con lástima—. Tribilín está aquí para vigilar el cargamento, advertido de que eran dólares, no champán. Y no por

comisión de Soto, sino del enano Manzano, que fue quien le dio el arma.

—¿Acaso no se acuerda lo sorprendido que se mostró cuando vio el montón de dólares? —El inspector Morales apuntaba hacia el parasol, con el ojo en la mirilla de la pistola—. Hasta quiso meter las manos en los fajos.

—Porque es un artista en fingir —contestó doña Sofía, ya impaciente—. Toda la vida se ha pintado para la comedia.

—No veo el magazine. —El inspector Morales revisaba ahora la culata de la pistola.

—Aquí está. —Se lo alcanzó doña Sofía—. No iba a caminar desde allá con esa animala cargada, vaya, me tropiezo, y me pego un tiro de choña.

—¿Qué más logró sacarle a Tribilín? —El inspector Morales volvió a colocar el magazine en su sitio, y se guardó la pistola bajo la camisa estampada con botellas de cerveza Corona.

—Se puso locuaz al final, peor que una chachalaca. —Doña Sofía se imaginaba acostada en la colchoneta inflable que se mecía suelta en la piscina—. Entre otras cosas se soltó en alabanzas con la Cachorra. Le tiene verdadera adoración.

—¿Tribilín está relacionado con la Cachorra? —se interesó el inspector Morales.

—Más que de sobra. —La colchoneta tenía una anilla para colocar un vaso, y doña Sofía se vio, de cara al cielo, sorbiendo una de esas bebidas exóticas adornadas con una sombrilla japonesa—. Dice que le debe grandes favores. Que una vez, siendo ella jueza, lo libró de ir a dar a la reja por una refrigeradora que sacó al fiado en La Curacao; dejó de pagar los abonos, y cuando llegaron a llevársela no la hallaron porque él la había vendido a una vecina.

El inspector Morales no se aguantó la risa.

—Cuando todos van, Tribilín ya viene de vuelta.

—Un estafador vulgar es lo que es, y usted le celebra sus delitos como si fueran travesuras —lo reprendió secamente doña Sofía.

—Tribilín y la Cachorra —el inspector Morales buscó poner cara de seriedad—. Se juntaron el hambre y las ganas de comer.

—Qué largo ha llegado esta mujer desde que usted tuvo trato sentimental con ella. —La colchoneta chocó contra el borde de la piscina, y doña Sofía, que se había dejado llevar a la deriva, se estremeció con el leve golpe.

—Cada uno siguió después su propio camino —refunfuñó el inspector Morales.

—Ya lo sé —doña Sofía hizo un gesto de desdén con la mano—. Además, poco tiempo estuvo ella en antidrogas con nosotros.

—La asignaron a la Seguridad del Estado y ya no volvimos a verla —el inspector Morales sentía que botaba lastre con aquella respuesta.

—Ni cabeza ni maña le faltaban. —Doña Sofía se llevó un dedo a la sien—. No tardó en que la pusieran de segunda jefa de operaciones. Sacó el bachillerato nocturno, y después, cuando en 1990 se perdieron las elecciones, se hizo abogada, junto con decenas más de oficiales de inteligencia que habían quedado en el limbo.

—Ese plan fue ideado desde las sombras por Tongolele. —El inspector Morales volvió a recostarse, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Los mandó a matricularse en las escuelas de Derecho, en cursos intensivos, y cuando se iban graduando, eran nombrados jueces, magistrados, fiscales, procuradores. Hasta que coparon el sistema judicial.

—Cobraban una fortuna por cada caso resuelto, y Tongolele colectaba el diezmo para el partido. —La colchoneta se había varado en mitad de la piscina, y doña Sofía intentaba empujarla con movimientos de las manos metidas en el agua.

—Y acuérdese que otra parte de esos abogados actuaban como litigantes —la voz del inspector Morales sonaba adormecida—. El famoso «taller de enderezado y pintura», como le decían en guasa ellos mismos al bufete que montaron en las propias oficinas del partido para extorsionar a empresarios.

—Les ponían falsas demandas, y al que no pagaba la maquinaria judicial lo molía. —Doña Sofía seguía pendiente de las evoluciones de la colchoneta, que ahora giraba sobre sí misma—. ¿Se acuerda del famoso cascarillazo?

Veinte años atrás, Soto había sido acusado de estafa cuando se descubrió que entregaba a su propio banco, en garantía de préstamos, cargamentos de sacos que en lugar de café en oro contenían cascarilla de arroz. Ese banco, el Agribank, quebró a consecuencia del fraude.

—Soto fue absuelto a poco de empezado el juicio. —A pesar de que mantenía los ojos cerrados, un fulgor rojizo encandilaba los párpados del inspector Morales.

—La Cachorra era la jueza del caso, el primer cargo judicial que le daban. —Doña Sofía dejó que la colchoneta hiciera su gusto, que se quedara quieta, o que avanzara, le daba lo mismo.

—¿Y se acuerda quién era el jefe de operaciones en la Seguridad del Estado cuando pusieron a la Cachorra de segunda? —El inspector Morales se incorporó, desperezándose.

—Por supuesto —saltó con viveza doña Sofía—. El enano Manzano.

—Y fue él quien había pedido que la trasladaran desde la policía antidrogas a su dependencia. —El inspector Morales buscó su bastón para ponerse de pie.

—Antiguos conocidos desde entonces. —Doña Sofía puso las manos en sus rodillas, preparándose para levantarse—. Conclusión: el enano Manzano está al tanto de que ella viene en este crucero.

El inspector Morales, ya de pie, marcó sus palabras con el bastón:

—No sólo eso, doña Sofía. Por encargo del enano Manzano era ella quien debía vigilar que el dinero camuflado llegara a su destino, y que se abrieran las cuentas bancarias en Barbados. Y era ella quien debía recibir de Soto las claves de esas cuentas.

—No confiaban plenamente en Soto —aceptó doña Sofía.

El inspector Morales reflexionó un momento.

—Sin Soto no era posible depositar los dólares, así que matarlo significaba joder por completo la operación; en eso estoy de acuerdo con Ardila. Pero algo imprevisto pasó. Y lo que pasó lo saben ellos dos, él y la Cachorra.

—Y lo sabe también Tribilín —agregó doña Sofía.

—Saque a Tribilín de la foto, no se ofusque. —El inspector Morales caminó hasta la borda—. Éste es un asunto de grandes ligas, no de

payasos, como usted lo llama.

—Dos más dos siguen siendo cuatro, compañero Artemio. —Doña Sofía fue tras él—. Si la Cachorra está aquí por el enano Manzano, lo mismo que está Tribilín, es que los dos se hallan conectados.

—¿Cuántos años tiene la Cachorra ahora que se va a casar con Ardila? —El inspector Morales hizo un cálculo con los dedos—. Se acerca al altar al rondarla los sesenta; le saca en edad varias cabezas de ventaja al novio.

—Viejos recuerdos, viejas cuentas —dijo Lord Dixon.

—¿Por qué se va por la tangente? —lo increpó doña Sofía—. Nada tiene que ver quién de los novios es más viejo.

—Tiene que ver —respondió con tranquilidad el inspector Morales —. Si las edades son tan disparejas, se trata de un casamiento de conveniencia. Algo escondido hay detrás.

—Puede que tenga razón —caviló doña Sofía—. Ardila mintió cuando dijo que él se la presentó a Soto. Ya Soto la conocía de sobra desde mucho antes, desde el caso del cascarillazo.

El inspector Morales recorrió con la vista la cubierta desolada.

—A mí me está rugiendo el tigre en la barriga. Y no hay señales de que nos vayan a dar de comer.

En eso descubrieron a míster Patterson, que se acercaba por la banda de estribor, y les hacía señas desde largo. De una de sus manos colgaba el maletín, y traía la cadena recogida en el puño.

—Estaba escondido debajo de la lona de uno de los botes salvavidas —mintió con gravedad en la voz, mientras extendía el maletín al inspector Morales.

—¿Y ahora qué va a pasar con la camarera? —preguntó doña Sofía.

Míster Patterson, azorado, apeló con la mirada al inspector Morales. ¿Aquél no era, acaso, un secreto entre los dos?

—Se le reconocerá su colaboración voluntaria, doña Sofía —respondió el inspector Morales, al tiempo que recibía el maletín—. Míster Patterson es hombre generoso.

—Por lo menos soy discreto, y espero ser correspondido con la misma discreción —míster Patterson apeló con la mirada a doña Sofía—. Me estoy jugando mi carrera.

—No voy a ir con un pito y un tambor pregonando que usted perdonó su desliz a la camarera —lo tranquilizó doña Sofía.

—Sigamos conversando mientras tomamos el lunch —propuso, resignado, míster Patterson—. Ya he enviado aviso al intendente Oreamuno para que se una a nosotros en el comedor, apenas termine de cumplir su cometido.

—El rugido de su barriga llegó hasta los oídos de míster Patterson —dijo Lord Dixon.

Un olor a humedad impregnaba el comedor donde el aire acondicionado acababa de ser encendido. Al fondo se alzaba un estrado con un piano de cola, atriles y micrófonos de pie, y las mesas, vestidas con manteles almidonados, rodeaban un pedestal circular de mármol en el cual se asentaba un enorme jarrón chino, custodiado por dos faisanes disecados, y que en lugar de flores lucía un ramillete de plumas de avestruz.

Al sentarse, doña Sofía fijó los ojos en una pintura enmarcada en una moldura antigua, donde figuraba, en primer plano, un ciervo con los ojos como de vidrio, de cuyo cuello manaba la sangre; al lado una pareja de perdices, muertas también, los picos clavados en tierra; y arrimada al tronco de un árbol, una escopeta de caza.

—Un bodegón muy valioso —le informó míster Patterson—. Lleva la firma del pintor francés Poidevin, y está allí desde que el Sea Cloud se hizo por primera vez a la mar, adquirido en una subasta por missis Merriweather.

—Pobres animales inocentes —comentó ella, con pesar.

No se había encendido la cocina en el Sea Cloud ese día, pero míster Patterson convocó al chef, uno de los cocineros de atuendo blanco que el inspector Morales había visto fumando en la cubierta, para que preparara un cold lunch.

Era un holandés colorado, de bigote de herradura, y ahora llevaba, además, su alto gorro almidonado. Parecía ahogarse buscando el aire al pronunciar las consonantes guturales, en su español trozado, cuando cumplió el ritual de explicar el menú: ensalada Mediterránea, compuesta de lechuga, quinoa y tomates, rodajas de huevos duros y atún en conserva, con aliño de aceite de oliva y vinagre balsámico;

sándwich Supremo de pan moreno sin corteza, jamón de York y queso provolone.

—Estamos sentados a la mesa del capitán, que nos concede ese honor a pesar de que no puede unirse a nosotros —anunció míster Patterson cuando el chef se retiró.

—Tanta ceremonia para un simple sándwich de jamón y queso —dijo Lord Dixon.

—A ver, míster Patterson, explíquenos ahora qué canción le ha cantado la camarera —le pidió el inspector Morales.

Míster Patterson sacó del bolsillo de la camisa una pequeña libreta de resorte.

—Haré uso de mis notas, y lo demás lo completa mi memoria: missis Zelaya se mostró pacífica y segura al responder, y en ningún momento buscó ocultar esta vez la verdad. Tal como el inspector Morales había calculado de previo, afirma que, tras abrir la puerta de la suite, y al no distinguir bien, dada la poca luz, hizo uso del switch, y entonces descubrió el cadáver en la cama. No se atemorizó, porque en el puerto de La Ceiba, costa norte de Honduras, de donde es nativa, los hechos de sangre son comunes y corrientes. Vio que, sobre la cama, al lado derecho, reposaba un maletín, al que ella, en un impulso impremeditado, se acercó para abrir y revisar su contenido, pero como no pudo, debido a la cerradura de combinación, decidió llevárselo; todo motivado por el hecho de que un hijo suyo, de dieciséis años, se halla en la mira de reclutamiento por parte de la Pandilla 18, que opera en el barrio de San Judas de La Ceiba, en el que ella vive. Su idea era que, a lo mejor, en ese maletín había dólares, pues se halla en la necesidad de comprar un pasaje aéreo para sacar a Franklin, así se llama el hijo, hacia México, y que desde allí pueda emprender camino a la frontera con Estados Unidos, para lo que también le es necesario financiar el pago a los coyotes. Al final le fue imposible abrirlo, pues las cerraduras no cedieron ni usando un cuchillo de cocina, por lo que finalmente decidió dejarlo oculto en el bote salvavidas, sin saber en adelante qué hacer.

—¡Vaya con las novedades! —se oyó la voz del intendente Oreamuno, que ahora se acercaba a la mesa—. Me detuve en la

puerta para no interrumpir a míster Patterson, y me doy por enterado de todo.

Traía en las manos uno de los menús en cuarto mayor empastados en cuero, como la cubierta de un diploma, que se hallaban sobre el mostrador de recepción; lo abrió y leyó en voz alta como si se tratara de un pregón:

—Bisque de merluza a la bechamel; codorniz de viña rellena de foie con compota de berenjena especiada; faisán al chocolate con puré de cítricos; pichón de Bresse con cigala; pato silvestre a la naranja; silla de ternera príncipe Orloff… Debo confesar que puede más en mí la curiosidad que el apetito con este menú.

En ese momento, un camarero, salido de la nada, trajo en un carrito los platos, cubiertos por una campana de plata. Y sin haber tomado aún su lugar, el intendente Oreamuno vio, con manifiesta decepción, lo que quedó a la vista cuando fueron destapados: la fuente de ensalada al centro, los sándwiches alrededor.

El inspector Morales tomó el suyo, para examinarlo con desdén, y luego retiró el palillo coronado por festones de colores, donde venían ensartados una aceituna en salmuera y un pickle de pepino. Doña Sofía le hizo con los ojos la advertencia de guardarse de manifestar cualquier queja ante las viandas tan raquíticas; él, con gesto desganado, le dio a entender que ni siquiera les ofrecerían cervezas, pues el camarero, con gran elegancia, una mano a la espalda, vertía agua mineral en las copas; ella, otra vez con los ojos, lo previno, de manera terminante, de abstenerse de solicitar ninguna clase de bebida alcohólica.

A pesar de sus mudas protestas, dio cuenta del lunch con voracidad, igual que lo hizo el intendente Oreamuno, quien se quedó con el palillo del sándwich para escarbarse los dientes.

Y apenas retiraron los platos, el inspector Morales colocó el maletín en mitad de la mesa, retiró la cadena del asa, y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Ahora toca ver cómo hallamos la maña para abrirlo.

—Antes de eso, quizá quieran oírme a mí, que también tengo novedades —intervino el intendente Oreamuno.

—¿Ya está sobrio el amigo Pence? —preguntó doña Sofía.

—Lo suficiente para dejarme saber que el arma con que se cometió el crimen es propiedad de Manuel Soto, sobrino de la víctima. —El intendente Oreamuno los miró con aire triunfante.

—¿Y Ardila, entonces? ¿Y la Cachorra? ¿No parecían hasta hace poco tan culpables? ¿Y Tribilín, al que doña Sofía no cejaba de agregar en la misma foto? —dijo Lord Dixon—. Todo se cae en pedazos, camarada.

—A ver, barájela despacio. —El inspector Morales tardó en reaccionar—. ¿La pistola es de Manuelito?

El intendente Oreamuno seguía mirándolos con ínfulas de vencedor de la contienda.

—El interfecto le confió a Pence que había traído el arma para proteger a su tío de cualquier peligro, ya que la escolta se quedaba en tierra. Se la mostró en el muelle de San Juan del Sur, con gran misterio. La llevaba en el depósito exterior de su mochila, metida en una cartuchera de nylon. Y anoche, después que ocurrió el crimen, le contó que se la habían robado.

—¿Y no sabe Manuelito cómo y cuándo se la robaron? —preguntó doña Sofía, con escepticismo burlón.

—Según le aseguró, puso la mochila junto con el resto de su equipaje, que le llevaron a su camarote —siguió detallando el intendente Oreamuno—. Y cuando abrió el depósito de la mochila en el camarote, la pistola ya no estaba.

—Antes nos metió el cuento de que jamás en la vida había visto esa pistola —recalcó doña Sofía—. ¿Y quién nos asegura que esto del robo no sea otra mentira?

—Me complace coincidir con usted —afirmó el intendente Oreamuno—. Es lo que yo mismo pienso.

—Tommy es el único que sabía de quién es la pistola. —El inspector Morales jugaba con los números de la combinación de la cerradura del maletín—. ¿Y si fue él quien la robó?

—¿Pence? —El intendente Oreamuno se había dejado el palillo en la boca—. A mí me pareció un muchacho de lo más simpático, muy ocurrente en su conversación. Y sincero.

—¿Sincero? —el inspector Morales lo miró con sorna—. Todos estos del séquito de Soto son una colección de malandrines

mentirosos. Por el momento veamos cómo abrimos el maletín. Son cuatro dígitos los de la cerradura.

—Probemos primero con el año del nacimiento del occiso —propuso doña Sofía—. Pareciera que, por obvio, nadie la usa como clave, pero es al revés. Aquí tengo el dato en la lista de pasajeros: 1943.

—Probemos por no dejar. —El inspector Morales alineó los números de la fecha en la cerradura, pero no cedió.

—Esto va a ser de nunca acabar —se quejó el intendente Oreamuno—. Las combinaciones son infinitas, como en la lotería.

—Inténtelo con la fecha del nacimiento de su antigua conocida Marcela, la hijastra. —Doña Sofía le dio un codazo leve al inspector Morales.

—¿De dónde se le ocurre eso? —la miró él con embarazo.

—Si la quería nombrar su heredera, tiene que haber estado pensando siempre en ella —ripostó doña Sofía.

—Voy a preguntarle el dato de la fecha a Pence, que es su marido —anunció el intendente Oreamuno, poniéndose de pie.

—No es necesario, yo me lo sé —musitó, amoscado, el inspector Morales.

Y sin explicar cómo y por qué lo sabía, estaba ya manipulando la combinación: 1985. Se escuchó muy nítidamente un clic, y todos, incluido míster Patterson, corrieron a congregarse a su alrededor.

Dentro había un iPhone, un reloj Rolex Daytona, un juego de bolígrafo y pluma fuente Dupont, el pasaporte en una funda de cuero de lagarto, y una cartera con tarjetas de crédito; y en uno de los compartimentos de la tapa, una bolsa de envío DHL sin abrir. El inspector Morales rasgó la bolsa y sacó un documento anillado, bastante grueso, con el logo de Price Waterhouse. Era el único documento que contenía el maletín.

—Según la camarera el maletín estaba en la cama —comentó el inspector Morales—. Lo que quiere decir que Soto iba a ponerse a leer este documento antes de dormirse.

—Price Waterhouse es una firma de auditores —informó míster Patterson—. Lo sé porque es la que certifica anualmente las cuentas de la compañía naviera dueña del Sea Cloud.

El inspector Morales le alcanzó el documento.

—Usted parece que sabe de estas cosas, échele por favor un vistazo.

Míster Patterson repasó las páginas, y volvió sobre algunas de ellas.

—Es una auditoría forense de las operaciones de las empresas del holding de míster Soto. Habría que sentarse a leerlo con cuidado. El lenguaje en que estos informes están escritos es muy engorroso.

—¿Qué quiere decir eso de auditoría forense? —preguntó el intendente Oreamuno.

—La investigación que se hace en los libros contables y demás documentos financieros, para averiguar fraudes y malos manejos en las cuentas de una empresa, o de un holding de empresas —respondió míster Patterson.

—Algo maliciaba entonces Soto —afirmó el inspector Morales.

—Como, por ejemplo, que Manuelito, su sobrino, el dueño de la pistola, hubiera metido las manos donde no debía —asintió doña Sofía.

—A lo mejor, en complicidad con Tommy —agregó el inspector Morales.

—No confunda el celo con los celos, camarada —dijo Lord Dixon.

—¿Y dónde dejan a Ardila? —intervino el intendente Oreamuno—. Todas las arcas de las empresas de Soto las tenía abiertas. O sabía cómo abrirlas.

—No todas, ya lo oyeron a él mismo —repuso doña Sofía—; una parte de las compañías las manejaba Manuelito.

—¿Podemos encargarle que analice el documento? —pidió el inspector Morales a míster Patterson.

—Me iré a las conclusiones, si les parece, porque no creo que dé el tiempo para revisarlo todo —repuso míster Patterson.

—Extraño que Soto no viajara con su laptop —comentó el intendente Oreamuno.

—Estos teléfonos son mejores que una laptop. —Doña Sofía tomó el iPhone y lo encendió—. Veamos si la clave es la misma de la cerradura del maletín.

Hizo el intento, pero no funcionó.

—Pruebe a escribir «Marcela1985» —le sugirió en voz baja el inspector Morales.

—¡Bingo!, aquí está. —Doña Sofía les mostró el teléfono—. Sólo que era «marcela1985», con minúscula.

El intendente Oreamuno se levantó del asiento, con los brazos en alto, como si el Saprissa, su equipo de fútbol, le hubiera metido un gol al Alajuelense.

—Muy temprano para alegrarse —dijo Lord Dixon—. Falta caña que moler.

13. Ciertos manejos fraudulentos

De pronto oscureció dentro del comedor del Sea Cloud, como si entrara la noche. Un soplo de viento que hizo ceder el pestillo de una de las claraboyas alzó los manteles en las mesas, y cayó de espaldas una silla.

Cúmulos de nubes esponjadas y grises, de bordes iluminados, atravesaban en lenta caravana el cielo desde la cordillera volcánica de Guanacaste para adentrarse en el mar, y parecían haberse detenido sobre la bahía en espera de alguna señal de proseguir. Una bandada de cormoranes negros sobrevolaba en desorden las jarcias del velero, sometido a un lento cabeceo. Luego todo volvió a relucir con intensidad, tan rápido como había oscurecido.

El inspector Morales, que se había quedado en suspenso con el bolígrafo en la mano mientras cundía la oscuridad, volvió a la hoja donde figuraban las dos columnas de anotaciones, y en la de la derecha, MALETÍN EJECUTIVO DESAPARECIDO, agregó un párrafo:

> Acerté: maletín encontrado en manos camarera hondureña (recordar recompensarla). Se abren nuevas pistas gracias al maletín: por informe auditores gringos que revisa míster Patterson, sabremos alcance malos manejos empresas Soto y si éstos podrían haber sido motivo crimen. ¿Cómo concuerdan esos malos manejos con lo que Ardila mencionó de que Soto buscaba un préstamo bancario porque se hallaba en riesgo de quiebra? ¿Qué nos puede revelar el teléfono celular? Pendiente examen del aparato de parte de doña Sofía, que se pinta para esos menesteres.

Luego, agregó, en el revés de la hoja, una tercera columna, ARMA HOMICIDA:

> Determinar veracidad robo arma homicida cuya propiedad ocultó Manuelito. Regresa este sujeto al hit parade de sospechosos. Él mismo pudo haber asesinado a su tío, no debido a disputa herencia, sino para tapar chanchullos en empresas a su cargo. Lo dirá el informe de los auditores. ¿Complicidad de Tommy? Curiosidad por conocerlo. ¿Quiere esconderse detrás de la bebida?

Apenas terminaba de escribir cuando míster Patterson elevó su voz de bajo desde la mesa donde se había retirado a examinar el informe de auditoría:

—Aquí aparece el traspaso de las acciones de tres compañías del consorcio de míster Soto a una sociedad creada en Panamá. Los auditores califican como dolosa la operación. Las acciones fueron transferidas el mismo día a otra sociedad en Andorra, que las vendió a una tercera en Singapur. Allí se les pierde el rastro.

—¿De cuánta plata estamos hablando? —El inspector Morales había alzado al instante la cabeza.

—Déjeme ver. —Míster Patterson buscó en la página anterior—. Sumarían veintisiete millones de dólares, valor en libros. Eran las tres compañías más saneadas y rentables de míster Soto. Digamos la columna vertebral del holding.

—¿Y cómo pudieron darle semejante batacazo? —preguntó el intendente Oreamuno.

—La operación se hizo mediante un poder falso, firmado supuestamente por míster Soto, y notariado por un bufete de abogados de Panamá. —Míster Patterson iba señalando los renglones con el dedo—. La primera sociedad de papel, que compra las acciones, está formada por empleados del mismo bufete.

—Ardila mencionó la venta de varias compañías, pero como una mala decisión de Soto. —El inspector Morales dejó el bolígrafo sobre la hoja de papel—. Y que por eso tenía pendiente anoche una llamada con un banco en España, para negociar un préstamo.

—El Banco Santander, supuestamente. —Doña Sofía tenía la vista puesta en la pantalla del iPhone—. Pero no existe esa llamada. Desde que Soto se subió al barco no usó el teléfono para nada.

—La afirmación de Ardila de que el propio Soto malvendió empresas se cae con este informe. —El inspector Morales volvió a tomar el bolígrafo y tachó «riesgo de quiebra» en el agregado que acababa de hacer en sus notas.

—Fue el mismo Ardila quien urdió toda esa trama de pasar las acciones robadas de una empresa a otra, hasta hacerlas desaparecer. —Doña Sofía seguía sin apartar los ojos del teléfono—. Eso de la llamada pendiente con el Banco Santander lo inventó él.

—El nombre de míster Ardila no consta en el informe forense —les hizo ver míster Patterson.

—Pero él mismo se denuncia con su mentira de la llamada —insistió doña Sofía.

—Una mentira que funciona con Soto muerto, y el informe desaparecido —agregó el inspector Morales—. Pero que se cae con el informe en la mano, como lo tenemos nosotros.

—Por eso el motivo del crimen fue el robo del maletín. —Doña Sofía repasaba el dedo en la pantalla del teléfono—. Un robo que la camarera frustró.

—¿Y si fue Soto quien le hizo creer a Ardila que gestionaba el préstamo para salvarse de la quiebra? —reflexionó el intendente Oreamuno.

—¿Con qué propósito iba a inventar eso? —preguntó el inspector Morales.

—Para despistar a los posibles culpables, mientras esperaba el resultado de la auditoría —respondió el intendente Oreamuno—. Recuerden que no sólo Ardila, también su sobrino le manejaba empresas. Y lo mismo le hizo creer a él. Uno o el otro tenía que ser el estafador.

—Es una posibilidad —meditó el inspector Morales—. Si Ardila no tenía nada que ver con el fraude, pudo haber tomado por válido el dicho de Soto de que buscaba un préstamo en España para rescatar sus negocios.

—¿Se menciona en el informe que el propio Soto había hecho una mala venta de algunas de sus empresas, míster Patterson? —preguntó doña Sofía dejando por un momento la revisión del teléfono.

—Ni una palabra —afirmó míster Patterson.

—Entonces Ardila inventó también lo de esa venta, así como inventó lo de la llamada. —Doña Sofía volvió a su ocupación con la pantalla.

—No estoy tan seguro, no hay que descartar al sobrino —porfió el intendente Oreamuno—. Recuerden que es el dueño del arma con que Soto fue asesinado.

—¡Hay más novedades escondidas en este teléfono! —exclamó doña Sofía—. Pence, el yerno, trabajaba para Soto. Nada menos que gerente de la empresa que contrata los vuelos chárter para transportar a los emigrantes a Managua.

—Vaya con su muchacho sincero y simpático —el inspector Morales miró al intendente Oreamuno con malicia.

—Aquí tengo a la vista un PDF con el reporte de Pence sobre las operaciones de la empresa los últimos seis meses. —Doña Sofía buscaba ampliar el tamaño de las letras con los dedos—. La compañía se llama Global Aviation, y tiene sede en Tampa.

—Esa compañía no aparece auditada —míster Patterson repasaba las hojas del informe.

—Porque es un negocio subterráneo —repuso el inspector Morales —. Y ya se ve que Soto tenía las manos bien metidas en ese negocio. Contratar los aviones, lavar el dinero, y a saber qué más.

—En estos seis meses Global Aviation contrató 1.475 vuelos chárter que transportaron a Managua 191 mil pasajeros —doña Sofía se esforzaba en leer—. Aquí está el cuadro de aeropuertos de origen: Puerto Príncipe, La Habana, Camagüey, Matanzas, Santo Domingo, Puerto Plata, Punta Caucedo, Greytown, Kingston, Oranjestad, en el Caribe. Y Trípoli, Benina, Túnez, Argel, Dakar, Rabat, Estambul… y sigue. Traen emigrantes del mundo entero.

—¿Y qué líneas aéreas son ésas? —preguntó el intendente Oreamuno.

—Son varias, según de dónde salgan los vuelos —respondió doña Sofía—. Una se llama Sky High, otra Air Century, otra EasyJet… Y está Conviasa, que es venezolana.

—Toda esa historia de las criptomonedas no es más que una cobertura de la verdadera relación entre Soto y Pence. —El inspector Morales se puso de pie—. Tiene mucho que aclararnos. Voy a buscarlo en su camarote. ¿Me acompaña, míster Patterson?

—Todavía nos queda pendiente la doctora Moncada —agregó el intendente Oreamuno.

—Y hay que interrogar otra vez a Ardila —propuso doña Sofía.

—Mientras yo sondeo a Pence, ¿por qué no habla usted con Manuelito sobre el arma, intendente? —le pidió el inspector Morales.

—Además, tenemos olvidada a la Maritano, sólo porque no ha salido a bailar en las declaraciones —añadió doña Sofía—. Pero nunca se sabe con ella, es la perfidia andando.

—Vaya usted a buscarla y dele un toque, doña Sofía. —El inspector Morales iba ya camino de la puerta—. Engánchela, cuéntele alguna mentira que la provoque a hablar.

—A ver si de una vez por todas avanzamos —se quejó el intendente Oreamuno.

—Con paciencia y saliva, un elefante se la metió a una hormiga —sentenció el inspector Morales—. No se desespere.

—Ya va la grosería —lo reconvino doña Sofía.

—Son palabras de mi abuela Catalina, que era una santa mujer —protestó el inspector Morales, sin preocuparse de si lo escuchaban o no, porque salía ya tras los pasos de míster Patterson, camino del camarote de Pence.

Lo encontraron desmadejado en un sillón de espaldar que remataba en volutas, como de utilería de teatro, y la primera impresión que tuvo al verlo fue la de un gringo insignificante, del que nada llamaba la atención.

Llevaba puestas la franela y la gorra del equipo de los Tampa Bay Rays, pero lejos de tener la pinta de un jugador de beisbol de

planta, más bien parecía el cargabates. La camisa del uniforme, con los faldones de fuera sobre la calzoneta, le quedaba desahogada.

¿Cómo era posible que alguien así, tan esmirriado y endeble, pudiera tragarse casi entera una botella de ron? Un golpe de viento, como los que de pronto entraban por las claraboyas del camarote, podía despegarlo del sillón y llevárselo volando a través de uno de los portillos. Por lo visto, era de esos enamorados del calor tropical, y mantenía apagado el aire acondicionado.

Sudaba de manera copiosa, y aquel sudor hedía de lejos a alcohol fermentado, como hedía todo el camarote, y al inspector Morales le recordó el estanco que un día tuvo su abuela Catalina en las vecindades de la estación del Ferrocarril del Pacífico; el olor rancio impregnado en las paredes de adobe y hasta en los resquicios de la madera del mostrador al que se acercaban los borrachines consuetudinarios con paso tembleque en demanda de su ración de guaro lija.

Tan abstraído se hallaba que no pareció reparar en ellos, a pesar de que míster Patterson había cerrado la puerta tras de sí con un golpe seco.

La voz del inspector Morales lo hizo sobresaltarse.

—No hay cosa peor que una goma bien pegada. Es como le decimos a la cruda en Nicaragua. ¿Cuál es la palabra en inglés para «cruda», míster Patterson?

—Hangover —respondió, muy serio, míster Patterson.

—Tuve un tío que era albañil y no soltaba la botella ni arriba del andamio —siguió el inspector Morales—. Pero alegaba que nunca padecía de goma. «Lo único que me da después de ponerme una buena papalina», decía, «es dolor de cabeza, como si me la hubieran atravesado con un clavo; una basca que me hace vomitar las tripas; y un miedo espantoso de pegar aullidos».

Míster Patterson sonrió, con gozo disimulado.

—Y a vos —el inspector Morales se dirigió a Tommy—, ¿qué es lo que te da? ¿Temblorina? ¿Sed? ¿Se te pone la boca amarga?

Tommy se recompuso en el sillón.

—No suelo beber así, ya se lo he explicado al intendente de policía que me visitó antes. Supongo que es la tensión del momento.

Su español era correcto, como el de los locutores de esos discos de aprender idiomas que pronuncian cada palabra con cuidado y encadenan las frases de manera mecánica.

El inspector Morales buscó donde sentarse, vio un butaco forrado de raso que se hallaba cerca de la cama, aún deshecha, y lo arrastró para colocarlo frente al sillón de Tommy, en tanto míster Patterson se mantenía de pie, al lado de la puerta.

—Claro, es comprensible que buscaras ahogar tus preocupaciones en alcohol. —El inspector Morales se dejó caer en el butaco—. Tu socio en el negocio de transportar emigrantes pobres, eliminado con la pistola de su sobrino, que también es socio tuyo.

—Ya el asunto de la pistola se lo he explicado al intendente con toda sinceridad. —Tommy se recostó en el sillón con cara de sufrimiento—. Le he dicho lo que sé, no porque sea un soplón, sino porque quiero colaborar con la justicia. En cuanto a lo de ser socio del señor Soto, no entiendo. Tampoco soy socio de su sobrino Manuel.

—¿No es Manuelito tu socio en una empresa de criptomonedas? —El butaco sin respaldar le resultaba incómodo, y el inspector Morales se apoyó en el bastón.

—Era sólo una propuesta de inversión que íbamos a hacerle al señor Soto —la voz de Tommy era cansina—. Sin mucha esperanza de mi parte, debo reconocer.

—Amigo íntimo tuyo Manuelito, de todas maneras. —El inspector Morales creía sentirse mejor con la espalda doblada, pero pronto tuvo que enderezarse de nuevo.

—Tenemos una relación cordial, pero no íntima. —Tommy parpadeó, como si se esforzara en mantenerse despierto—. Lo considero una persona con buenas intenciones, aunque a veces sea algo fantasioso.

El inspector Morales pensó que se sentiría mejor poniéndose de pie, pero el butaco era tan bajo que le costaría levantarse.

—¿Por qué negás tus relaciones de negocios con Soto? Puedo probarte lo contrario.

El tono de Tommy era sereno, aunque el temblor de las manos se había acentuado.

—Usted me preguntó si éramos socios, y sostengo que no. Pero desde hace varios años he trabajado como gerente de varias de las empresas suyas en Florida. Eso no tengo por qué negarlo.

—Entre ellas una que se llama Global Aviation —el inspector Morales lo miró fijamente—. ¿No tenés participación en esa compañía?

—Soy gerente de Global Aviation, pero no accionista —respondió Tommy—. Recibo un sueldo, y se acabó.

El inspector Morales dejó de lado el bastón y adelantó el cuerpo, apoyando las manos en las rodillas.

—Una empresa clandestina que transporta a Managua a desgraciados traídos hasta de África, para que desde aquí sigan viaje a Estados Unidos, a merced de las redes de traficantes de personas. Y como esa compañía no tiene un solo avión, y existe nada más en el papel, supongo que el único empleado sos vos.

Tommy reaccionó con extrañeza:

—Nada de empresa clandestina. Está legalmente registrada en Tampa, con sus certificados y permisos al día. Y siento que no entienda bien cómo funciona una compañía de servicios. Este velero, por ejemplo. Lo opera un armador que no es su propietario.

El inspector Morales volvió la vista hacia míster Patterson, quien con un gesto le dio a entender que Tommy tenía razón. Luego lo encaró de nuevo:

—¿Por qué la Global Aviation no aparece entre las empresas de Soto?

Tommy volvió a recostarse, y meditó brevemente la respuesta.

—Porque realmente no era propiedad suya. Él la supervisaba en nombre de sus verdaderos dueños. Me parece que como un favor al que no se podía negar, según me comentó una vez.

—Un testaferro —el inspector Morales se cruzó de brazos—. ¿Y quiénes son esos dueños?

—Gentes de las alturas en Nicaragua —vaciló Tommy—. No sé exactamente.

El inspector Morales buscó erguirse, aguijoneado por el dolor en los ijares.

—Sabés bien cómo se llaman, no te hagás el pendejo.

Tommy miró hacia todos lados y bajó la voz:

—Una vez nada más asistí a una reunión en las oficinas del señor Soto en Managua, con un alto militar. Fue hace seis meses.

—¿El comisionado Manzano, jefe de la Oficina de Seguridad del Estado? —el inspector Morales volvió a adelantar el cuerpo—. Y no tengás miedo, que aquí sólo estamos nosotros. Nadie más está oyendo lo que digás.

—No sé cuál es su cargo, pero ése era su apellido, Manzano —la voz de Tommy se adelgazaba hasta parecer un estertor.

—Otro testaferro —el inspector Morales se revolvió en el butaco—. Los verdaderos dueños están más arriba.

Tommy calló, con cara embobada.

—El intendente Oreamuno piensa que sos una persona sincera, y vamos a probar si es cierto. —El inspector Morales recuperó su bastón, de nuevo en busca de sostén—. Hablemos del botín de dólares que viene en este barco, producto del negocio de los migrantes del que sos parte.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando —se defendió Tommy.

—No es hora de estar capeando el bulto —la voz del inspector Morales se volvía impaciente—. A lo mejor quiso quedarse con los dólares que vienen en este barco y por eso mandaron a matarlo. Y el tiro se lo pegaron con la pistola de Manuelito, que decís que no es tu socio, pero es tu amigo.

La desazón de Tommy lo hacía moverse inquieto en el sillón.

—De dólares en este barco le repito que no sé nada. Me comentó Soto, sí, que le preocupaba tener que manejar el negocio de los vuelos chárter para esa gente, porque eran personas muy desconfiadas, y a veces se ponían violentos.

—¿Lo habían amenazado? —el inspector Morales volvió a enderezarse, el bastón entre las manos.

—Eso no me lo dijo claramente, pero sí lo noté temeroso. —Tommy se llevó la mano a los labios para secar la saliva—. Que lo hayan asesinado con la pistola de Manuel me parece que es una coincidencia. O la usaron en el crimen para crear confusión.

—Está por verse si Manuelito no está metido en la trama del asesinato de su tío. —El inspector Morales esgrimió el bastón, desdeñoso—. Nos ocultó en su declaración que había traído una pistola a bordo del barco, que resulta ser el arma del crimen. A nadie le consta que de verdad se la robaron. Y sólo te cuenta del robo a vos, cuando ya Soto está muerto.

—Habrá sentido miedo de que fueran a hacerlo responsable del crimen, es comprensible —alegó Tommy, la mano siempre en los labios.

—¿Vos sabés disparar? —le preguntó, de pronto, el inspector Morales, manipulando de nuevo el bastón.

—No aprendí nunca —respondió Tommy con toda calma—. Tengo una cardiopatía congénita. Por eso no me aceptaron en el cuerpo de marines.

—Si sos enfermo del corazón, deberías tener cuidado con el alcohol —lo reprendió amablemente el inspector Morales, y se apoyó en el bastón para ponerse de pie.

—No le ha preguntado qué ha sido de Marcela, camarada —dijo Lord Dixon.

—¿Seguís casado con la hijastra de Soto? —el inspector Morales se incorporó con esfuerzo.

—Es una relación con altos y bajos —respondió Tommy, tras una pausa—. Yo diría que ahora mismo estamos en lo bajo. Y ya dura bastante.

—¿Quién dejó a quién? —el inspector Morales ya estaba de pie, buscando el equilibrio con el bastón.

Tommy no pareció molestarse porque un extraño hurgara en su intimidad:

—Todas las veces, ella me ha dejado a mí.

El inspector Morales dudó un momento, pero se adelantó para plantarse frente a Tommy.

—Voy a hacerte una pregunta que sos libre de responder. Soto abusó de Marcela por años. ¿Cómo es posible que vos hayas tenido una relación de negocios tan cordial con el violador de tu esposa?

—Cuide de no revolver el cebo con la manteca, camarada —dijo Lord Dixon.

Tommy lo miró con la boca abierta, las manos de nuevo temblorosas.

—Es que eso de la violación nunca estuvo claro. Y Soto siempre lo negó. Me juró, por su honor, que era una falsedad inventada por sus enemigos.

—¡El honor de Soto! —la voz del inspector Morales se llenó de desprecio—. Yo estuve involucrado en el caso, oí la confesión de Marcela de sus propios labios. La palabra de Soto contra la palabra de ella. Y vos le creíste a Soto.

Tommy atropellaba ahora las palabras entre un reguero de saliva:

—Culpa de ella, que nunca quiso hablar del tema conmigo. Cuando Soto me ofreció trabajo, me dijo él que no quería sombras en la relación que íbamos a empezar, y por eso deseaba que ventiláramos esa vieja calumnia. Se lo conté a Marcela, y ella guardó silencio.

El inspector Morales hubiera querido ensartar a Tommy con el bastón, como se ensarta un insecto con un alfiler.

—¿Y es cierto que Soto quería nombrar a Marcela su heredera?

Tommy tragó saliva.

—Precisamente eso me convenció de su inocencia. Me dijo que la consideraba su hija de sangre, y quería dejarle toda su fortuna en prueba de cariño.

—Nunca se ha visto desfachatez semejante —el inspector Morales sacudió la cabeza con enojo—. Y vos, muy obediente, le transmitiste a Marcela la propuesta. Ya te veías heredero consorte de Soto.

—Cuando se respira por la herida, la objetividad se va a la mierda, camarada —dijo Lord Dixon.

—Le expuse ese deseo de Soto, pero ella, otra vez, guardó silencio. —El temblor de las manos de Tommy se acentuó hasta parecer incontrolable.

—Según se ve, tu relación con ella está hecha de silencios —se rio con sarcasmo el inspector Morales—. Adivino que también guardó silencio cuando le informaste que habías aceptado trabajar con Soto.

—Entramos en una mala racha a partir de entonces. —Tommy unió las manos fuertemente, en busca de detener el temblor—. Le

habían ofrecido un puesto en una fundación en Indianapolis, lo aceptó, y se fue. Y hasta ahora, estamos separados.

—Y a vos no se te ocurrió pensar que lo que había detrás de todo era su rechazo a Soto —la cólera iba encrespando de nuevo la voz del inspector Morales—. La repugnancia de verte al lado de su violador.

Así, tan de cerca como lo tenía, el olor a alcohol que transpiraba Tommy se le volvía enfermizo. Y el temblor de las manos cada vez le chocaba más.

—La verdad es que no se me ocurrió. —Tommy se secó de nuevo la saliva de los labios, ahora con las manos juntas—. Pensé, más bien, que las relaciones de las hijastras con sus padrastros son malas la mayor parte de las veces, y por eso la hostilidad de Marcela con él.

—Me impresiona mucho tu inocencia —la sonrisa del inspector Morales era amarga—. Tanto que se me vuelve sospechosa.

—Contesto lo que usted me pregunta —Tommy lo miró con ojos sumisos—. Aun los asuntos de mi vida personal, ya ve que no me callo nada.

El inspector Morales se volvió hacia míster Patterson.

—Sea caritativo y ordene que le traigan a este prójimo un trago doble de ron Matusalem, que se nos puede morir de angustia etílica.

Míster Patterson no acertaba a saber si la petición iba en serio.

—Es una prohibición del capitán Saltarín, no puedo pasar sobre ella.

—Pero se trata de una emergencia médica. —El inspector Morales volvió a poner la vista en Tommy, que esperaba con mirada suplicante.

—Voy a dar las órdenes al jefe de camareros —accedió, aún dudoso, míster Patterson—. Pero sólo un trago, nada de botella.

14. Confesión inesperada

Tras alcanzar la cubierta, a la zaga de míster Patterson, el inspector Morales abrió la boca para respirar profundamente el aire salino, aún sofocado por el ambiente viciado del camarote que dejaba escaleras abajo, y se juró no volver a entrar allí nunca, salvo si Tommy resultaba envuelto en la trama del asesinato de Soto, porque entonces él mismo iría a echarle mano.

Cuando caminaban por la banda de babor hacia el bar, doña Sofía y el intendente Oreamuno, que conversaban acodados a la barandilla, se adelantaron a su encuentro. El pelícano que venía a botar su comida estaba otra vez posado en el mismo lugar, muy quieto, como un animal disecado.

Cuando los tuvo a su alcance, el intendente Oreamuno se quitó el sombrero y lo sostuvo contra el pecho mientras recitaba su informe:

—El sobrino confiesa ser dueño de la pistola con que se cometió el delito, regalo de cumpleaños del occiso mismo, y de la cual confiesa también no tener portación legal; reconoce que fue una estupidez de su parte no informar la sustracción del arma en su declaración, pero pudo más en él el temor de que no fuera a creérsele; insiste en la veracidad del robo, sin albergar sospecha cierta acerca de quién pudo haber sido el autor del mismo, ni en qué momento el hecho pudo haberse dado, pues sólo descubrió la falta de la dicha arma una vez que se había cometido el crimen. Respecto a que el número de serie aparece borrado, es porque así se la entregó su tío.

—El intendente Oreamuno habla a la perfección el idioma judicial —dijo Lord Dixon.

—La única novedad es que Soto le regaló a Manuelito, para su cumpleaños, el arma con que iban a matarlo —comentó el inspector

Morales—. Que no haya sido el sobrino quien la disparó aún queda por verse.

—Míster Pence, por su parte, alega haber sido declarado inhábil para el servicio militar, por condición cardiaca, y que, por tanto, no sabe disparar —intervino míster Patterson.

—El intendente Oreamuno debería proceder a juramentar también a míster Patterson —dijo Lord Dixon.

—Y aunque supiera, con ese temblor alcohólico en el pulso, imposible que pudiera acertar de manera tan precisa —agregó el inspector Morales.

—Seguimos patinando y el reloj avanza. —El intendente Oreamuno volvió a calarse el sombrero.

—Aún tenemos luz del día y las reparaciones del sistema se están haciendo de hule, no se me ahueve. —El inspector Morales le puso la mano en el hombro, y de esa manera, llevándolo abrazado, se encaminaron hacia el bar.

Una vez que ocuparon sus lugares habituales, doña Sofía tomó respiro como si se preparara para empezar una larga carrera.

—Yo, por mi parte, tengo que informar que la Maritano es una mujer neurasténica. Apenas me vio se echó a llorar en mis brazos, como si fuéramos viejas amigas, desconsolada por la muerte de Soto, al que llamaba «mi cielo santo», «muchachito lindo» y otras ridiculeces, olvidada de que se trataba de un anciano decrépito y no de ningún galán de la pantalla, para, enseguida, aún las lágrimas en los ojos, reírse burlescamente de Manuelito, el que, según ella, se le queda corto a Soto, no sé en qué, pero sospecho que se refería veladamente a cuestiones obscenas entre ellos, y luego, sin decir agua va, se soltó en insultos contra la abogada Moncada, o sea, la Cachorra, con palabras bastante soeces, algo que no me esperaba, que hubiera rivalidades entre ellas, porque dice que esa mujer ambiciosa y pérfida quería echarle el ala a Soto por interés de sus reales, y él, como era ingenuo, se dejaba embaucar y se iba detrás de cualquier escoba con faldas, perdido el entendimiento.

—Está corrigiendo pudorosamente a la Maritano doña Sofía —dijo Lord Dixon—. Lo que ella ha dicho es que a Soto cualquier puta de

la calle le daba a beber agua de calzón, y lo dejaba lele, como jugado de cegua.

—¿En resumidas cuentas, señora? —la urgió el intendente Oreamuno.

—Usted se toma el tiempo que le da la gana, y a mí no me deja ni empezar a hablar —lo miró ella, airada.

—A ver, doña Sofía —intervino, conciliador, el inspector Morales—. ¿Cuáles son exactamente los agravios de la Maritano contra la Cachorra?

—Considera que la Cachorra era amante de Soto, con pleno consentimiento de Ardila, pues así sometido podían robarle a gusto sus millones —respondió doña Sofía.

—¿Habla por hablar, o tiene alguna prueba de que entre los dos le robaban? —preguntó el inspector Morales.

—Ella sostiene que hace cosa de un mes, Soto le contó que maliciaba manejos oscuros en las cuentas, por lo que había ordenado una investigación en los libros, y que, si Ardila resultaba culpable, como sospechaba, ese malandrín iba a pagarlo con su cabeza —explicó doña Sofía.

—Veamos por fin con qué cuento nos sale la Cachorra —propuso el inspector Morales—; es la única que nos falta.

—¿Puede traer a la abogada, míster Patterson? —pidió el intendente Oreamuno.

—Me la dejan a mí —pidió el inspector Morales.

—Es toda suya —concedió el intendente Oreamuno, con gesto galante.

—Aquella que usted conoció entonces, cuando su juventud montó potro sin freno, ya nada tiene que ver con esta de ahora, camarada —dijo Lord Dixon.

Pronto estuvo frente a ellos.

Metida en una de esas holgadas batas con bordados típicos que cuelgan en las perchas del mercado de artesanías de Masaya, se sostenía sobre unos zapatos de afilados tacones en punta, que resonaron en el entarimado de la cubierta desde antes de asomar por la puerta de la biblioteca, maquillada como para una fiesta

nocturna, las cejas realzadas al carbón y sombra de ojos en los párpados.

Mientras míster Patterson retiraba la silla para que se sentara, y ella desplegaba con ambas manos su bata folclórica al acomodarse, doña Sofía pensó que aquel nalgatorio era demasiado abundante para la estrecha silla; y el inspector Morales pensó, por su parte, que tras tanto tiempo de no verla cara a cara, nada menos que cuarenta años, además de todo el peso que había ganado, sus rasgos de aquel entonces se le perdían por vericuetos imposibles de seguir, y sólo alcanzaba a recordar el pelo lacio, que seguía teniendo el mismo color azabache, cuando aún olía a humo de candil y no a perfume de duty free de aeropuerto como ahora. Una incipiente papada desdibujaba su barbilla, y sus ojos saltones recordaban a los enfermos de bocio.

Ella lo saludó sonriente, con un leve gesto de sorpresa cordial, pero el inspector Morales sabía que los ojos de doña Sofía no lo descuidaban, y puso cara de severidad.

—Vamos a ver si no desperdiciamos el tiempo y nos entendemos sin muchos bemoles: queda claro que su papel en este viaje era vigilar que los dólares escondidos en las cajas de champán fueran depositados por Soto en Barbados. Usted debía recibir los comprobantes de las cuentas bancarias para entregarlos al comisionado Manzano, quien le encargó esta misión.

—Ese tratamiento de usted es como un cerrojo oxidado en una puerta vieja —dijo Lord Dixon.

La Cachorra se alisó la bata sobre las piernas con toda tranquilidad.

—El comisionado Manzano iba a esperar en Venezuela al final del crucero para recibir de mi parte los comprobantes. Pero después del asesinato este viaje perdió todo sentido. No había cómo hacer la transacción en Bridgetown, porque era Soto quien tenía los contactos.

¿Era así, todo tan fácil? ¿Y por qué era tan fácil? El inspector Morales tardaba en recuperarse del desconcierto.

—¿El comisionado Manzano desconfiaba de Soto? ¿Pensaba que se le podía ir arriba con los dólares?

—Eso no lo sé, yo sólo recibí sus instrucciones, y debía atenerme a ellas —la Cachorra se encogió de hombros.

—¿Entonces sigue usted activa en la seguridad del Estado, como agente del enano Manzano? —el inspector Morales, por hacer algo, tomó las hojas que tenía sobre la mesa.

—Digamos que me hallo en retiro honroso, y colaboro cuando el comisionado Manzano me lo solicita —la Cachorra bajó la cabeza sonriendo de manera modosa.

El inspector Morales tomó el bolígrafo y dibujó un triángulo y encima otro invertido: dos triángulos equiláteros superpuestos forman una estrella de seis puntas, recitaba la maestra frente a la pizarra.

—¿Una de esas formas de colaboración fue entrar al servicio de Soto como abogada?

—Cuando Soto se interesó por mis servicios, porque supo que yo podía ayudarle en sus litigios, se lo notifiqué al comisionado Manzano, y él me dio la luz verde. —La Cachorra seguía con la cabeza baja como si su ocupación fuera examinar las punteras de sus zapatos.

—Su novio, Ardila, ¿estaba enterado de cuál era su misión en este crucero? —Ahora el inspector Morales sombreaba con esmero el hexágono al centro de la estrella.

—Él no sabe nada de mi relación con el comisionado Manzano —se apresuró ella a negar.

El inspector Morales apartó los ojos de la estrella y alzó a mirarla.

—¿Así que tampoco Ardila sabe nada del cargamento de dólares, ni del papel suyo en la operación del lavado?

—Nadie más tenía por qué saberlo —rebajó ella el tono de la voz —. Ni siquiera él.

—¿Hay secretos entre ustedes dos? —en la mirada del inspector Morales había una curiosa incredulidad.

—Una cosa son las relaciones sentimentales, y otra las misiones profesionales —respondió ella con certeza—. Nunca revuelvo unas con otras. La compartimentación es una regla inviolable del oficio.

El inspector Morales volvió a su estrella y contó con la punta del bolígrafo los triángulos que quedaban alrededor del pentágono

sombreado: seis.

—¿Por qué anoche, después que apareció muerto Soto, usted insistía en que el barco regresara a Nicaragua?

Ella lo miró con extrañeza, como si la pregunta saliera sobrando, frente a algo demasiado obvio.

—Si el dinero ya no podía depositarse en Bridgetown, debía volver a su lugar de origen. Era inútil seguir adelante corriendo el riesgo de perderlo, como en efecto sucedió desde que ustedes descubrieron el verdadero contenido de las cajas de champán.

A partir de la punta inferior de la estrella, el inspector Morales trazó una doble línea vertical. En la oscurana de las calles avanzaba el pase del Niño Dios en las madrugadas de diciembre, y la estrella iba por delante, sostenida de un palo que él llevaba asido con ambas manos, una vela de parafina dentro de la armazón forrada de papel encerado, con una aureola de luz mortecina.

—¿Cómo se dio cuenta usted de que ya habíamos averiguado lo del cargamento de dólares?

—Por Tribilín, que corrió a contármelo después que ustedes salieron de la bodega —concedió ella—. Él tampoco sabía nada de lo que había en las cajas. Sólo debía cumplir las instrucciones de que nadie se les acercara.

—¿Tribilín está aquí por órdenes del comisionado Manzano? —El inspector Morales hubiera querido lápices de crayón de colores para pintar de amarillo la aureola de la estrella.

—Sí, fue su decisión, aunque a mí me pareció algo innecesario —volvió ella a poner la vista en la puntera de los zapatos.

Nunca tuvo una caja de lápices de colores, con costo su abuela Catalina ajustaba para los cuadernos, que a falta de salbeque llevaba a la escuela amarrados con una cabuya.

—Yo creo que a Soto lo mataron por el cargamento de dólares. ¿Qué piensa usted?

—Sería lo más absurdo, matarlo para quedarse con los dólares —comentó ella—. Si no se tienen formas de acceso al sistema bancario internacional, es como si esos dólares no existieran.

—Pero eso puede hacerlo Ardila, que conoce los manejos financieros. —El inspector Morales dobló en dos la hoja con la

estrella, como si quisiera ocultarla de su propia vista—. O usted misma.

—De ser cierto lo que usted dice, el comisionado Manzano no hubiera necesitado a Soto para la operación, ¿no le parece? —La Cachorra movió los pies como para apreciar mejor la puntera de los zapatos.

—Una bonita forma de desvincularse del crimen, y desvincular a su novio —replicó el inspector Morales.

La Cachorra tenía ahora en la mano un pañuelo kleenex que había sacado de alguna parte, y se repasó la nariz.

—No le costará llegar a la conclusión de que nada tenemos que ver con el crimen. El asesino perseguía otros motivos. Buscar apoderarse del dinero sería absurdo.

—El lavado de dinero es un delito internacional, y usted está confesando complicidad —el inspector Morales espació las palabras como si alguien estuviera tomando dictado.

—Ya lo sé —aceptó ella estrujando el kleenex—. Pero es distinto al delito de asesinato, al que soy completamente ajena.

—Declaro tablas esta partida —dijo Lord Dixon.

—Una última cosa —el inspector Morales suspiró pesadamente—. ¿Usted hizo el testamento de Soto?

La Cachorra dudaba de cómo deshacerse del kleenex que conservaba en la mano.

—¿A favor de su hijastra? —volvió a sonreír ella, estirando apenas los labios.

—De Marcela Soto, su hija adoptiva —confirmó el inspector Morales.

—No sé quién ha inventado esa leyenda. Nadie testa con un capital de ese tamaño, porque se iría todo en impuestos de sucesión. El que quiere heredar endosa las acciones de sus compañías, y santas paces.

—Manténgase a disposición por si acaso volvemos a requerirla —le advirtió el inspector Morales indicándole con la mano que podía irse mientras se ponía de pie.

—Dismissed. Seca y adusta manera de despedir a una vieja amante —dijo Lord Dixon.

Cuando la Cachorra abandonó la biblioteca, aún quedó por un rato su rastro pegajoso de perfume, tras el que el inspector Morales parecía ir cuando se levantó para salir a la cubierta.

15. Una trampa para incautos

El inspector Morales aún pudo ver a la Cachorra desaparecer por las escaleras, su bata típica inflada atrás por el soplo voraz de viento que rizaba el agua, teñida ahora de un amarillo como de yodo en el atardecer que comenzaba a caer con lentitud. Ya estaba puesta la luna en el cielo, como un trozo redondeado de hielo, y muy cerca de ella titilaba Venus, la única estrella que sabía identificar.

En la costa, donde el lejano verdor de la vegetación tomaba una tonalidad gris, una luz se encendió en una casa que no podía distinguir, y pronto volvió a apagarse, como si alguien probara el funcionamiento del motor eléctrico antes de que cayera la noche.

Míster Patterson se acercaba con paso marcial mientras silbaba una melodía que el inspector Morales recordaba de las roconolas del malecón del lago de Managua, cuando al salir de la escuela se iba a vagar por los garitos de juego, cantinas y bailongos que se amontonaban junto a las aguas infectadas donde desembocaban las cloacas.

El inspector Morales enarboló el bastón.

—Eso que viene silbando es «Sinceridad», un bolero que compuso un trompetista de Nicaragua, Gastón Pérez. Le decían Oreja de Burro.

Míster Patterson detuvo el paso, apenado, como si lo hubieran sorprendido en un acto indecoroso.

—No lo sabía. Recuerdo la canción porque mi esposa Amanda la tenía en su repertorio, cuando fue cantante de la orquesta de Bobby Valentín.

—Oreja de Burro era un portento —siguió perorando el inspector Morales—. También compuso «Cuando calienta el sol», otra canción famosa. Pero, borracho, se la vendió por una miseria a los Hermanos

Rigual, que llegaron en gira a Nicaragua, y se la apropiaron. Y él murió de cirrosis, en la miseria.

—Lleva razón en preocuparse el intendente Oreamuno, camarada: sigue sin resolverse el caso cuando ya está por oscurecer, y usted se dedica a hablar de Oreja de Burro —dijo Lord Dixon.

El inspector Morales pasó de una mano a la otra el bastón, como hacen los prestidigitadores.

—¿Sabe cómo cazábamos las palomas cuando yo era chamaco, míster Patterson? Poníamos en el suelo una caja sostenida en una de las esquinas por un palito, y debajo regábamos trigo. Cuando la paloma rozaba con el ala el palito, caía la caja, y quedaba atrapada.

Míster Patterson lo miró, primero con extrañeza, pero después sonrió de manera cómplice.

—¿Qué clase de trampa quiere poner ahora? No se olvide que nos las estamos viendo no con palomas, sino con gavilanes.

El inspector Morales empuñó con firmeza el bastón, como si alguien quisiera arrebatárselo.

—¿Qué le parece esta idea? Redactamos un mensaje dirigido a cada uno de los gavilanes, y se los metemos debajo de las puertas de sus camarotes. El mensaje lo firma un tripulante X, que declara tener en su poder el maletín, y ofrece devolverlo a cambio de una suma de dinero.

Doña Sofía había salido a la puerta de la biblioteca, a tiempo de escuchar la propuesta, que recibió con entusiasmo.

—Ese tripulante X ofrece entregar el maletín en su propio camarote. Y el primero que aparezca es porque quiere recuperar lo que no pudo llevarse cuando mató a Soto.

—Y nosotros lo vamos a estar esperando adentro —el inspector Morales se volvió hacia ella, y luego hacia míster Patterson—: ¿Podemos contar con un camarote desocupado en el ala donde se aloja la tripulación?

—Pongo a disposición el mío —aceptó míster Patterson.

—¿Y si no aparece nadie? —intervino el intendente Oreamuno, que sacó la cabeza detrás de doña Sofía, enterado también de la plática—. Más pérdida de tiempo.

—Usted a todo le encuentra peros —se volvió hacia él doña Sofía —. No hay grupera que le venga.

—Vamos a poner un plazo —el inspector Morales tranquilizó al intendente Oreamuno—. Digamos una hora a partir de que míster Patterson haya completado la entrega de los mensajes. Si no aparece nadie en el entretanto, fin del experimento.

—Voy a redactar el mensaje, si les parece. —Doña Sofía se dirigía ya hacia su mesa dentro del bar—. En un mal español, como traducido del inglés, para despertar menos sospechas.

Todos entraron detrás de ella.

—Que sea un mensaje breve —recomendó el intendente Oreamuno—. Usted es muy amiga de desbocarse con las palabras.

Doña Sofía sólo lo miró, fastidiada, y se puso a escribir los mensajes en letras de molde. Pronto estuvieron en manos de míster Patterson:

> Tengo en poder mío suitcase propiedad pasajero muerto. Ofrezco entrega si el interesado paga 500 dólares. Traiga dinero camarote 3A cubierta promenade. Venir solo. Mucho cuidado no dejarse ver por el policía entrometido de Costa Rica y sus 2 ayudantes.

—¿No estamos abusando de usted, míster Patterson? —El inspector Morales le acercó la mano al hombro ya cuando se iba con los mensajes.

—De ninguna manera —respondió míster Patterson—. Por nada del mundo me quiero perder que el asesino caiga en la red en mi propio camarote.

—Míster Patterson está en su charco, no se preocupe, camarada —dijo Lord Dixon—. Se ha metido en los zapatos de Ellery Queen, y no se los quitará hasta que no se resuelva este caso.

Para no llamar la atención acordaron dirigirse cada uno por separado al camarote de míster Patterson. Se hallaba ubicado entre el palo de trinquete y el palo mayor, debajo del puente de mando, y se accedía a él por una escalera de cinco peldaños.

Todos entraron en silencio, sin llamar, porque míster Patterson, que se había adelantado, dejó para ellos la puerta sin cerrojo, y en

el mismo silencio conspirativo fueron acomodándose adonde mejor pudieron.

El inspector Morales llegó de último, y antes de descender divisó arriba, a través de los ventanales, al capitán Saltarín y a los técnicos de computación que iban y venían afanados, mientras sus voces lo alcanzaban borrosas.

—Ya han logrado reparar el panel de control —informó míster Patterson cuando todos estuvieron en el camarote—. Pero por alguna razón no pueden resetear el sistema.

Los plafones del techo permanecían apagados, y la luz de la atardecida que entraba por los ojos de buey apenas conseguía aclarar las sombras dentro del camarote.

Míster Patterson pretendía que aquel cubículo se asemejara a su hogar del Bronx: el cobertor de coloridos retazos de la cama individual, donde se sentaron doña Sofía y el intendente Oreamuno, no pertenecía al ajuar del Sea Cloud, sino que había sido comprado en Macy's de Herald Square por su esposa Amanda, junto con los cojines colocados en la cabecera. Las fotos de sus hijos Pet y Linda, con el birrete de graduación de high school, colgaban de la pared al lado de su propio diploma de la Academia Superior de la Marina Mercante de Kings Point. En un estante había trofeos ganados por Pet como quarterback del Georgia Tech Yellow Jackets, junto a una bola de futbol con la firma de todos los jugadores del equipo; y sobre el escritorio de cierre corredizo, en cuya silla giratoria se sentó el inspector Morales, reposaba la fotografía coloreada en tonos pastel de Amanda, cuando tenía veinte años, frente a un micrófono de pedestal en el escenario del Palacio de la Salsa de la calle 52, y atrás los músicos de la orquesta de Bobby Valentín.

Doña Sofía hizo señas a míster Patterson para que fuera a sentarse en la cama, pero él declinó con un gesto apresurado de la mano, y se arrimó a la pared de estribor, desde donde vigilaba la puerta mientras consultaba cada tanto su reloj de pulsera.

El ruido sostenido del motor fuera de borda de un yate de pesca se escuchó con intensidad que disminuía al alejarse hacia el sur, mientras el camarote se sumergía en la luz ambarina que entraba por los ojos de buey.

El plazo de una hora fijado por el inspector Morales se acercaba a su fin, y todos se miraban con caras desconsoladas, cuando se escucharon tres toques espaciados pero enérgicos contra la puerta metálica.

El inspector Morales pidió a míster Patterson con un movimiento silencioso de los labios que se quedara en su sitio, se incorporó, y apoyándose en el bastón fue él mismo a abrir.

—Pase —lo oyeron decir—. Ya pensamos que no venía.

Tras un silencio que pareció extenderse más de la cuenta, escucharon la respuesta que pretendía ser despreocupada:

—Parece que me equivoqué de puerta, no lo molesto más.

—No, no se ha equivocado, éste es el camarote indicado en el mensaje que trae en la mano —oyeron contestar al inspector Morales—. Pase de una vez.

Míster Patterson activó el switch para encender los plafones, y delante de ellos apareció la Cachorra, sus ojos saltones mirando con aprensión hacia todos lados, como si de pronto se sintiera enjaulada. Los bordados en la pechera de la bata típica eran de gorriones anaranjados libando campánulas color fucsia, eso hasta ahora lo registraba doña Sofía en su mente.

El inspector Morales señaló con el bastón, de manera perentoria, la silla frente al escritorio, donde había estado sentado.

—Póngase cómoda, que queremos oírle contar con calma toda la trama del asesinato de Soto.

En ese momento el intendente Oreamuno se puso de pie, se caló el sombrero, y dio un paso hacia la Cachorra con las esposas en la mano.

—Queda usted detenida. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra en un tribunal de justicia…

—Ya se le salió otra vez el detective Cannon —dijo Lord Dixon.

—Antes de las formalidades, intendente, mejor vamos a tener una plática amistosa y voluntaria con la doctora, una vez que se siente —se apresuró a intervenir el inspector Morales.

—No he matado a nadie y no tengo por qué guardar silencio —respondió la Cachorra mientras se dejaba caer sobre la silla giratoria.

—No me diga que ha respondido al mensaje nada más por curiosear —doña Sofía acentuó la ironía de su voz.

La Cachorra se volvió desafiante hacia ella:

—Vine por hacer un favor.

—Un favor a Joaquín Ardila —el inspector Morales recorrió las caras de todos los presentes.

—Un último favor —aceptó ella—. Le advertí que podía ser una trampa, pero no hizo caso.

—¿Por qué un último favor? —preguntó doña Sofía.

—Porque decidimos que cada uno siga su camino —respondió ella, siempre altiva—. O más bien lo decidí yo.

—¿Ya no hay boda? —volvió a preguntar, cautelosa, doña Sofía.

—Es un cobarde, sólo piensa en su beneficio, y los demás, a los leones —respondió sin mirarla.

El inspector Morales vino a situarse frente a ella.

—Un cobarde que te mandó a rescatar el maletín, para apoderarse del informe de auditoría donde él aparece como responsable del saqueo de las empresas de Soto. No se pudo llevar el maletín después de cometer el asesinato, porque no lo encontró.

—Es lo único de lo que pueden acusarme, de haberme prestado a ser su mandadera —la Cachorra pugnaba por ocultar su aflicción.

—Pero no una mandadera gratis. Si aceptaste venir a recoger el maletín, es porque tras mucho discutir con él, al fin conseguiste que te diera una tajada de las acciones robadas —el inspector Morales advirtió, hasta ahora, que no la estaba tratando de usted.

—Eso no me lo puede probar —saltó ella.

—Le pusiste un precio al favor que ibas a hacerle —el inspector Morales insistió, implacable—. Le dijiste que no ibas a venir a correr el riesgo de balde. Más que una pareja de novios, ustedes son socios, muy celosos y desconfiados en lo que a negocios y ganancias se refiere.

—Ya no somos novios —masculló ella.

—Una ruptura a la que buscaste sacarle provecho —contestó tajante el inspector Morales.

La Cachorra flaqueaba, pero intentó un último desafío:

—Y aun si fuera así, eso no me hace a mí responsable del asesinato de Soto.

—Está claro que vos no disparaste contra Soto —el inspector Morales la midió cautelosamente.

—Entonces, ¿puedo irme? —la Cachorra hizo amago de levantarse.

—Cuando rindás declaración de que Joaquín Ardila mató a Soto con la intención de robarle el cartapacio y tapar las huellas del desfalco. —El inspector Morales se había situado tan cerca de ella que otra vez lo asaltaba aquel perfume dulzón de duty free.

—Yo no estaba allí, no soy testigo de nada —la Cachorra volvió a mirarlo y lo que había en sus ojos ahora era miedo—. Lo que quieran saber, pregúntenselo a él.

El inspector Morales se inclinó hacia ella y rebajó la voz.

—Una turbamulta de reporteros de los periódicos de San José, la televisión, las agencias internacionales de noticias nos van a estar esperando en Puntarenas cuando atraquemos. Imaginate vos allí, con todas las cámaras encima.

—¿Por qué encima de mí? Yo con la muerte de Soto no tengo nada que ver, usted mismo lo reconoce. —La Cachorra se agitó en el asiento hasta hacer rechinar los resortes.

—Porque una cosa es la verdad, y otra cómo la ven los periodistas —el inspector Morales argumentaba con calma—. Es más atractivo ligar el asesinato de Soto al lavado de dinero proveniente del negocio sucio del tráfico de migrantes que al traspaso ilegal de unas empresas que nadie conoce. Y vos en la operación de lavado sos la estrella. No hay manera de que te librés de los focos. Y peor, porque el autor material del crimen es tu pareja.

—Abogada del occiso, novia prometida del hechor —agregó doña Sofía.

—Y una vez bajo los reflectores, al enano Manzano no le servís para nada, pasás a ser descartable —ahora el tono del inspector Morales era paternal.

—Ellos no perdonan los fracasos cuando te encargan algo, y menos si con el fracaso viene el escándalo —acotó doña Sofía.

—No olvidés que, al destaparse el escándalo, quedan expuestos los de muy arriba, que al fin y al cabo son los dueños del circo —paternal, amistosa, casi íntima la voz del inspector Morales descendía al susurro—. Te lo cobran, por muy leal que hayas sido. No tienen piedad, ni tienen escrúpulos. Pasás al bando de los enemigos, y se vengan, del enano Manzano, y de vos.

—¿Y yo qué gano entonces con declarar? —la voz de la Cachorra parecía quedarse atrapada en su garganta—. Si de todos modos estoy hundida.

—En Costa Rica se te pueden garantizar los beneficios de colaboración con la justicia —el inspector Morales se volvió brevemente hacia el intendente Oreamuno pidiéndole aquiescencia —. Así te librás de los cargos de cómplice de lavado de dinero y traslado ilícito de activos, y podés quedarte a vivir en el país de manera anónima, como testigo protegido.

¿Colaboración con la justicia? ¿Testigo protegido? El intendente Oreamuno respingó. Ni siquiera sabía si en las leyes costarricenses estaban contempladas esas figuras que él conocía, pero por las series de televisión. El detective Cannon lograba en un episodio que el fiscal ofreciera esos beneficios a Lucy Goldilocks, la amante de Charlie Castaldi, el jefe de los gánsteres. Pero se calló.

La Cachorra titubeaba mirando hacia todos lados:

—Como no estuve presente cuando se dieron los hechos, sólo puedo hablar de lo que yo de alguna manera conozco, de las discusiones que Joaquín y yo tuvimos, y lo que él me contó que iba a hacer.

—Es lo que queremos —intervino el intendente Oreamuno—. Con eso será más que suficiente.

Doña Sofía se acercó con su teléfono celular en la mano, comprobó que tenía batería suficiente, activó la grabadora de voz, se situó al lado de la Cachorra, y extendió hacia ella la mano en que sostenía el aparato.

—Cuando quiera podemos empezar.

16. Transcripción fiel y fehaciente

Desde que veníamos para San Juan del Sur en la camioneta Cherokee de su propiedad, no dejaba Joaquín de insistir en su preocupación de que las cuentas de las empresas a su cargo no estaban presentables y que «el gran chief», así le decía él a Soto, había mandado a hacer una auditoría con una firma muy afamada de Estados Unidos que eran unos linces para detectar anomalías en las contabilidad, y yo le dije cuál es tu inquietud, el que no las debe no las teme, y si es alguna flojedad tuya en el control de las cuentas explícaselo al hombre y santas paces; si las temo es porque las debo, me contestó él tras manejar un rato en silencio, hice una marufla de cercenar del grupo un par de empresas y pasarlas a mi nombre porque cuantas veces le propuse que me diera participación en las acciones me salía siempre con que mañana veremos eso, tengo disposición para dejarte entrar pero dame tiempo de ver la forma de hacerlo, más que evidente que me estaba dando atol con el dedo, así que me dije: serás pendejo si seguís esperando hasta la consumación de los siglos esas acciones, y yo mismo le di viaje al cambio por medio de unos abogados en Panamá: eso fue lo que me soltó Joaquín, palabras más, palabras menos.

Entonces yo me alarmé, pará la camioneta, le dije, ya cuando íbamos llegando a Ochomogo, antes de atravesar el puente, parate y explicame bien, y él se detuvo, qué es lo que querés que te explique si todo está claro, me apropié de esas empresas. ¿Y de qué manera las traspasaste a tu nombre sin el consentimiento del hombre? Y él, muy campante: a como se hacen esas cosas, niña, con abogados expertos. ¿Y esos abogados expertos, cómo es que proceden?, le pregunto, ¿falsifican la firma? Y él, con las manos en

el timón, volvió a verme como si yo fuera una retrasada mental: ¿de qué otra manera creés que se pueden hacer esas cosas si vos misma sos abogada? Decime.

Allí mismo me doy cuenta que está metido en un verdadero berenjenal porque, según el propio Joaquín, el hombre ha recibido antes de salir de Managua a embarcarse en el velero el informe de auditoría que ha encargado en Estados Unidos, aunque aún no lo ha leído, eso lo saca en conclusión porque su trato con él no ha cambiado, han hablado por teléfono antes de montarse en su helicóptero para trasladarse a San Juan del Sur a coger el velero, y no hay en su voz ni reclamo ni enojo, aunque sospechas las tiene, por eso mandó a hacer la investigación. Y yo le hago ver lo extraño de que no haya leído ese informe si es algo tan urgente e importante, y me responde que hay que conocerlo a fondo para saberse los códigos que rigen su conducta, a las cosas graves suele darles tiempo, las entretiene para así afrontarlas mejor. Pero mientras tanto a Joaquín yo lo veo desquiciado, no se quita la cuestión de la cabeza: esto hay que pararlo a como sea, me insiste cuando estamos de nuevo en la carretera, ¿cómo se lo explico al gran chief cuando me confronte? ¿Y cómo vas a pararlo?, le pregunto yo, ese documento no hay manera de apropiárselo, lo lleva en el maletín del que nunca se despega. Y entonces él vuelve a orillarse, vuelve a detener el vehículo: el gran chief no puede seguir vivo porque es hombre que no perdona, y cuando se dé cuenta de que esas empresas salieron de sus manos y pasaron a las mías, el que no va a seguir vivo soy yo; y ante esas palabras suyas, tan decididas, a mí me entra gran susto, y busco disuadirlo: estás exagerando, amor, todo tiene arreglo en esta vida; pero él sacude la cabeza como muñeco descompuesto: no, mamita, esto no es juguete, estamos en un punto en que es su vida o es la mía, no vengo armado pero formas hay de hacer las cosas, no hay más que cranearlas y la solución sale, pero de este barco donde nos vamos a subir ya no puede él bajarse con sus propios pies.

El gran susto mío es por dos motivos: verlo tan decidido a deshacerse del hombre es uno, aunque no sé cómo pueda

lograrlo; y el otro es que está planeando acabar con su vida durante el crucero, lo cual es la ruina de la operación del traslado del dinero que a mí me han encargado supervisar; pero en algo me tranquiliza que Joaquín no trae armas, como él me lo ha confirmado, aunque le sobran, tiene en su casa colección de pistolas y rifles en vitrinas, y habilidad de tirador, ya no se diga, ha sacado medalla de oro en el Campeonato Nacional de Tiro que organiza el Ejército en Motastepe, el tiro al blanco es su pasión, y si no se le ocurrió armarse es porque hasta ahora que ya venimos en camino es que se le calentó la cabeza, o porque ha tomado en cuenta que todas están registradas a su nombre y eso lo comprometería.

Llegamos al puerto, aparcamos, sacamos las maletas, las dejamos en el muelle de pesca donde han puesto el equipaje los demás, y vemos que ya está allí el hombre, ha llegado en el helicóptero acompañado de Manuel, su sobrino, y del otro muchacho gringo, Tommy, que es su yerno, o fue su yerno. Cuando nos acercamos a saludarlo lo hallamos ocupado en dar las instrucciones de cómo transportar al velero las cajas de champán estibadas en el muelle bajo la custodia de Tribilín, que está allí muy serio cumpliendo su encargo de que nadie se acerque a esas cajas; nos devuelve el hombre el saludo, y me fijo bien en su cara a ver qué mate le veo, pero no, cordial, normal, nada ha pasado, no ha leído el informe todavía.

Nosotros vamos a sentarnos frente a la barra del bar del restaurante Dockside a esperar a que la lancha motora nos lleve a abordar el velero, entonces se acerca Manuel, se encarama en una de las banquetas y entra en plática con Joaquín, y mientras estamos tomando los tres una cerveza saca una pistola de una mochila y se la enseña, le cuenta que su tío va a dejar en tierra a sus guardaespaldas porque piensa que en el mar nada le puede pasar, pero fachentea que él es prevenido y ha traído esta pistola para protegerlo, palabras ante las que Joaquín lo felicita, lo alaba, mientras le palmotea la espalda, y empieza a preguntarle sobre el arma, y yo ya veo que le puso ojo a esa pistola, que allí ha encontrado la solución, y Manuel, que es, no sé cómo puedo

llamarlo, un poquito lerdo, sonriente ante la alabanza vuelve a meter la pistola en la mochila y se desatiende de ella, dice que la cerveza le ha llenado rápido la vejiga, se levanta para para ir al servicio y deja la mochila al pie de la banqueta, llegan los marineros del velero encargados de recoger el equipaje, Joaquín saca rápidamente la pistola de la mochila, la mete en una mariconera que siempre lleva con él, y cuando los marineros consultan si esa mochila también va en la carga, les dice que sí, como si fuera suya, y al regresar Manuel del servicio pregunta por la mochila y se da por conforme al saber que va con el equipaje y que se la pondrán en su camarote junto con sus dos valijas, pide otra cerveza y pasa a otro tema, y cuando dan el aviso y nos encaminamos a montarnos en la lancha me mira Joaquín de una manera que yo sé lo que significa: en esto que voy a hacer y en todo lo que a partir de ahora va a pasar estás conmigo, querás o no querás; y a mí, ya se los he expresado, no me está permitido hacerle saber que tenemos planes completamente contradictorios, que por mi parte debo vigilar que el cargamento con el dinero llegue con bien a Bridgetown, que se deposite en el banco que se debe depositar, debo recibir la minuta y las claves de la cuenta de parte del hombre, y hacer entrega de todo al comisionado Manzano que estará esperando en Caracas; no puedo hacerle saber que si él mata a Soto durante la travesía, es lo mismo que si hundiera el velero con una carga de dinamita, y los fajos de dólares que van escondidos en las cajas de champán se fueran al fondo del mar junto con todos nosotros.

Ya habíamos subido al velero que debía partir esa misma noche conforme el itinerario, y el hombre le pidió al capitán que se sirviera la cena mientras estábamos anclados en la bahía porque quería cenar esa primera vez rodeado por las luces de la costa, un capricho de su parte, a lo que el capitán Saltarín accedió; pero como en ese caso la cena debía ser a una hora más temprana, él no podría estar presente porque tenía que ocuparse de asuntos relacionados con el zarpe, y en tal caso le daría la bienvenida oficial la noche siguiente, invitándolo a su mesa, como era la costumbre.

Y antes de dirigirnos al comedor, todavía le propongo a Joaquín, buscando cómo distraerlo de su idea, que si algo va a hacer se espere para cuando estemos en el segundo tramo del viaje, después de salir de Bridgetown, y él me mira con cara de desprecio, como incrédulo de que sea capaz de semejante ocurrencia, y me responde que si yo en mi sano juicio creo que el big chief se va a esperar hasta que a mí me dé la gana para leer el informe, que seguro lo iba a hacer esa misma noche después de la cena, cuando estuviera solo en su suite, y por tanto ya no valían dilaciones, y que, además, a las cosas nunca había que estarles dando tantas vueltas una vez decididas porque se pasmaban en el ánimo.

Así que nos presentamos en el comedor a eso de las siete, y el hombre, que ya estaba allí, nos pidió que lo acompañáramos nosotros dos en su mesa, nada más ustedes, nos dijo, Manuelito me saca de quicio con sus sandeces, y mi yerno sólo quiere proponerme negocios extraños que no me interesan, relajado, de buen humor, escogiendo los vinos de la carta que le presentó el sommelier, dándonos consejos jocosos sobre el matrimonio, mientras tanto Joaquín se mostraba tenso, quitándole la vista como si lo que se proponía hacer le impidiera mirarlo a la cara frente a frente, y yo, por supuesto, nerviosísima, como era aquello de estar cenando con la persona que ya sabés que va a morir dentro de poco, brindando con ella.

El velero se puso en marcha apenas terminamos de cenar, bajamos a acostarnos, ya el hombre se nos había adelantado porque tenía trabajo pendiente según nos dijo, documentos que leer, reclamó su cartapacio a Tribilín, al que se lo había entregado en custodia mientras cenaba, y se fue a su suite, y eso de decir que tenía documentos que leer aceleró más a Joaquín, se lo vi en la mirada, pero yo calculé que no iba a ejecutar su plan hasta que el barco se quedara en calma, cuando todos los invitados estuvieran encerrados en sus camarotes.

El capitán Saltarín nos había dado un tour de cortesía por todas las instalaciones del velero, subimos al puente de mando y nos explicó cómo funcionaban las comunicaciones, por medio de un

sistema de computadoras de última generación, y en ese momento un técnico estaba quitando la cubierta del panel instalado junto a la plataforma de la escalera de acceso porque iba a revisarlo, aquí nomás, arriba de donde estamos, la escalera que sube hasta el puente y baja a este camarote, y el capitán Saltarín indicó que se trataba del panel de control del cerebro del sistema, del que dependían no sólo las comunicaciones por satélite, sino también los instrumentos de navegación, porque todo en el barco era digital; y que en caso de fallar el sistema, los reglamentos ordenaban dirigirse al puerto más cercano.

Cuando iban a ser ya las diez de la noche tomé la determinación de que de alguna manera había que detener la mano de Joaquín, y se me ocurrió que la forma era forzar a que el barco regresara a San Juan del Sur, y así yo tendría chance de darle aviso al comisionado Manzano para aplazar la operación del traslado de los dólares y hacer que bajaran las cajas de champán del barco, a lo que bastaba inutilizar el panel de control del sistema que yo ya sabía dónde estaba.

Me puse un chal sobre los hombros y subí a la cubierta como si fuera a tomar el aire fresco de la noche, con el cálculo en mi cabeza de que aún estábamos en aguas territoriales de Nicaragua, caminé a paso lento hacia la proa, deteniéndome cada tanto como para admirar la noche que estaba muy estrellada, y así no llamar la atención, pero acercándome cada vez al puente de mando donde se divisaban por el ventanal las siluetas de dos oficiales; uno de ellos salió de la cabina, lo oí darle las buenas noches al otro que quedaba en el puente, y desapareció escaleras abajo, era usted, míster Patterson, pude distinguirlo bien porque la cubierta se hallaba iluminada por las ristras de luces extendidas desde los mástiles, luego ya nadie más apareció, todo se encontraba desierto, vi mi reloj y había pasado poco más de un cuarto de hora desde que había salido del camarote y debía apurarme, llegué casi corriendo a la plataforma al pie del puente de mando, abrí la tapa del panel calzada a presión, y arranqué a puñadas los alambres que conectaban los switches, unos alambres como fideos chinos, rojos, azules, verdes, blancos, y como me quedé

con un puñado de ellos los lancé por la borda antes de bajar las escaleras de regreso a mi camarote.

Joaquín ejecutó por su cuenta lo que había resuelto, pero sin saber yo cómo había procedido, y a cualquier insinuación mía se hacía el extrañado, de qué le estaba hablando, me respondía esquivo; hasta hace un rato, cuando me suplicó el favor de presentarme en su lugar con los quinientos dólares del rescate del maletín, una sorpresa para mí, porque estaba segura de que se lo había llevado después de matar al hombre, y por esa misma convicción, cuando hallé debajo de la puerta de mi camarote el mensaje donde alguien ofrecía entregarlo a cambio de pago, lo vi como una broma, o como un chantaje gratuito.

Fue hasta entonces que se abrió conmigo y me contó que al llamar a la puerta de la suite oyó a Soto que daba la voz de entrar, como si esperara a alguien, y al abrir se halló todo en penumbra, porque sólo estaba prendida la lámpara del lado derecho de la cama, y por eso activó el switch junto a la puerta para encender los plafones y así no errar el disparo; después estuvo buscando con la vista el maletín y lo localizó sobre la cama, pero en eso oyó que alguien más llamaba, y entonces apagó el switch, y al abrirse la puerta quedó escondido detrás, por lo que no pudo saber quién entraba, y es así que esa persona, que había vuelto a encender las luces y de nuevo las apagó cuando se fue, se llevó el maletín, pues al quedarse solo de nuevo, y buscarlo otra vez, ya no estaba.

Ya todos los pasajeros reunidos en el pasillo con el capitán Saltarín, después de anunciarnos el asesinato, me di cuenta de mi mal cálculo respecto al tiempo cuando pregunté por qué no volvíamos a San Juan del Sur, y él respondió que no era posible porque estábamos en aguas de Costa Rica, y correspondía a las autoridades nacionales hacerse cargo de investigar el crimen; y como el sistema de navegación y comunicaciones se hallaba dañado, tampoco podía dirigirse al puerto nacional más próximo, que era Puntarenas, pues se hallaba a más de cincuenta millas náuticas, fuera del límite de distancia establecido por el reglamento; así que debía detener la marcha, como ya lo había hecho, y esperar la llegada de la policía. Tras mis palabras

intervino Joaquín, para ponerse del lado del capitán, argumentando que en San Juan del Sur no íbamos a poder bajar hasta el día siguiente, sin muelle de atraque ni servicio nocturno de cabotaje, y no recuerdo cuántas justificaciones más, seguramente porque calculaba que si el barco regresaba a Nicaragua sin que él tuviera en sus manos el maletín, de nada habría servido matar al hombre, y mientras nos quedáramos estacionados en el mar los chances de recuperarlo se mantenían abiertos; por lo menos es lo que yo pienso, porque otra razón no encuentro.

La Cachorra había abatido la cabeza y juntado las manos entre las piernas abiertas.

—No sé qué más les puedo decir.

—¿Por qué creés vos que Ardila dejó la pistola en el camarote de Soto, en vez de deshacerse de ella? —preguntó el inspector Morales —. ¿Temía que alguien lo viera con ella en la mano?

—No —negó la Cachorra, sin asomo de duda—. Estoy segura de que lo hizo a propósito, sabiendo que le echarían la culpa a Manuelito, al descubrirse que era el dueño del arma.

El inspector Morales se volvió hacia el intendente Oreamuno:

—Llegó la hora de esposar a Ardila y leerle sus derechos.

Arriba, en el puente de mando, se oyeron exclamaciones de júbilo.

Míster Patterson sonrió, mirando hacia el techo.

—Eso es que volvió el sistema. Ya podremos ponernos en marcha.

Epílogo

Cita

El ladrón, terminado su discurso,
hizo con ambas manos la guatusa
y gritó: «¡Tomá, Dios, ¡yo te lo ordeno!».

Las serpientes me fueron luego amigas,
porque una se le enroscó en el cuello
cual diciendo: «no quiero que más digas».

Otra a atarle los brazos se adelanta,
apretándolo de manera tan potente
que todo movimiento así le embarga.

DANTE
Infierno, Canto XXV

Epílogo

Eran pasadas las once de la noche cuando el Sea Cloud atracó en la terminal de cruceros de Puntarenas, el último tramo del espigón que se internaba por más de medio kilómetro en las aguas del golfo de Nicoya. Los destellos de las luces giratorias de las radiopatrullas que acudían a estacionarse al costado de estribor del velero teñían a trechos, de rojo y azul, los rostros del capitán Saltarín, míster Patterson y el intendente Oreamuno, quienes esperaban en lo alto de la rampa de acceso a los oficiales de la OIJ, el licenciado Goicoechea, del Departamento de Homicidios, y la licenciada Monge, del Departamento de Legitimación de Capitales.

Una furgoneta de Medicina Legal vino a aparcarse al lado de las radiopatrullas, y los técnicos, vestidos de overoles blancos, comenzaron a descargar su impedimenta; detrás, una ambulancia hizo sonar brevemente su sirena para pedir paso, bloqueada por las unidades móviles de radio y televisión.

Ardila, con las esposas metálicas puestas, aguardaba acodado a una de las mesas del comedor bajo la vigilancia de dos de los marineros de la tripulación, tal como el inspector Morales y doña Sofía lo vieron desde fuera al pasar, el traje de satén tan arrugado como si lo hubiera mascado un perro, y la sonrisa siempre pegada a su cara; pero era ahora una sonrisa melancólica, la de alguien que ha perdido todo en un juego de póker y sabe que ya no se puede recuperar.

Ellos se dirigían hacia el camarote de míster Patterson, donde quedarían voluntariamente recluidos a solicitud del intendente Oreamuno, quien alegó razones de conveniencia que ninguno de los

dos quiso discutir: le iba a ser complicado dar explicaciones a sus superiores acerca de su presencia a bordo, por mucho que los hubiera juramentado como auxiliares suyos.

Lord Dixon le hizo ver al inspector Morales que su viejo amigo y protector quería más bien adjudicarse todos los laureles en la resolución del caso, destinado a mantenerse en las noticias por largo rato, y suficiente para hacerlo merecedor de un ascenso.

—Ascenso ninguno —replicó el inspector Morales—. Ya entró hace rato en la tercera edad.

—Pero ya se ve bajo los focos de las cámaras, rodeado por el cardumen de reporteros que lo acosan a preguntas —insistió Lord Dixon con malevolencia.

—Que disfrute su momento de gloria —respondió el inspector Morales con desdén.

En las comunicaciones previas a la llegada del barco, el capitán Saltarín había solicitado a las autoridades judiciales que los reporteros y camarógrafos no tuvieran acceso al Sea Cloud, en un afán de reducir los daños a la imagen de la compañía, que de todos modos serían de consideración; ya en Hamburgo maduraban la idea de enviar el velero a dique seco, y tras un tiempo prudencial cambiarle el nombre.

Tras la cinta amarilla tendida por la fuerza pública el intendente Oreamuno divisaba, con la vanidosa avidez que le atribuía Lord Dixon, a los periodistas en pugna por adelantarse, grabadoras, cámaras y astas de micrófonos en ristre, e identificaba las unidades móviles, a ver cuáles de las radios y televisoras hacían falta: Radio Columbia, Radio Monumental, Teletica Canal 7, Repretel Canal 6, Multimedios Canal 8. Estaban todas las que importaban.

Celoso de su papel protagónico, e imbuido de un altanero espíritu de mando que hasta entonces no le conocían, el intendente Oreamuno hubiera sido capaz ahora de despreciar hasta al mismo detective Cannon. De modo que resultó difícil convencerlo de que habían cerrado un trato con la Cachorra, de no involucrarla en el caso del cargamento de dólares y otorgarle la condición de testigo protegido, a cambio de su testimonio sobre la culpabilidad de Ardila en el asesinato.

El inspector Morales, esforzándose para no perder los estribos, había utilizado, por fin, el contundente argumento de que, si ella retiraba su testimonio, no había prueba ninguna contra el incriminado, quien podía entonces bajar tranquilamente del barco riéndose de ellos.

Los trámites judiciales duraron hasta cerca de la una de la madrugada, y después que el cadáver fue retirado, una vez practicado el peritaje forense, y las cajas desembarcadas, tras levantarse el acta donde se hacía constar la presencia camuflada de los fajos de billetes, pudieron bajar los pasajeros, libres de permanecer en el país o dirigirse adonde quisieran, luego que sus pasaportes fueron registrados por las autoridades de la Dirección de Migración.

Ardila y la Cachorra fueron montados en radiopatrullas separadas, él hacia el centro penitenciario La Reforma en San Rafael de Ojo de Agua, ella con rumbo desconocido, acompañada del licenciado Goicoechea, convertido ahora en su garante; en tanto la ambulancia que llevaba el cadáver de Soto se dirigió a la morgue de Patología Forense en San Joaquín de Flores, donde se practicaría la autopsia de rigor.

Cerca del amanecer, una vez que el muelle quedó despejado, porque también se habían marchado los periodistas, el intendente Oreamuno subió de nuevo a bordo, otra vez el mismo de siempre, para avisar al inspector Morales y a doña Sofía que era la hora de partir. Tenían que caminar hasta la terminal de transportes del paseo de los Turistas, a pocas cuadras de allí, para tomar el autobús a Liberia, donde trasbordarían a otro que los llevaría a La Cruz.

Cuando fueron a despedirse del capitán Saltarín al puente de mando, escoltados por míster Patterson, lo hallaron ocupado en los preparativos de la partida. Según las instrucciones recibidas de Hamburgo, debía dirigirse a la terminal de cruceros de Dodge Island en Miami.

En la despedida estaban, cuando Lord Dixon se acercó, sonriente, al oído del inspector Morales:

—¿Qué le parecería si el capitán Saltarín los invitara a permanecer en el crucero como huéspedes suyos, dado el éxito con que han

concluido el caso, camarada? Instalarlos en las suites exclusivas, dejarlos dormir hasta tarde de la mañana, invitarlos luego a desayunar a su mesa, bajo el toldo de rayas, uno de esos brunchs de fantasía preparados por el chef del chingorro, donde uno se sirve de las bandejas y destapa las fuentes del buffet las veces que quiere, hasta decir ya no más, y después un brindis de despedida con uno de sus whiskies raros del estante del bar…

Pero por la mente del capitán Saltarín, al parecer, nunca había pasado una ocurrencia semejante. Les dijo adiós con un cordial aunque distraído apretón de manos, porque lo requerían los oficiales esperando órdenes, no sin antes entregar a cada uno obsequios en nombre de la compañía naviera.

Entonces se dirigieron a la rampa cargando sus bolsas de plástico con los regalos, que dado el peso hacían pensar en un contenido prometedor, y se despidieron de míster Patterson, con quien el intendente Oreamuno intercambió números telefónicos, comprometiéndose a cruzar mensajes de WhatsApp.

Ya en el muelle, el intendente Oreamuno propuso que antes de abordar el autobús fueran a desayunar al cafetín Angelita, ubicado en el paseo de los Turistas, y que él bien conocía, pues era propiedad de una comadre suya, doña Ángela Caamaño; todo a invitación suya, por cuenta de su asignación de viáticos, lo mismo que prometió pagar los pasajes de autobús.

—¿Para dónde irá a agarrar ese lépero de Tribilín? —preguntó doña Sofía al inspector Morales cuando se alejaban ya del velero.

—Yo le di el valor del pasaje para que se vuelva a Nicaragua en Ticabus —respondió el inspector Morales.

—¿Y usted de dónde sacó dinero? —se extrañó doña Sofía.

—El intendente Oreamuno me hizo un préstamo. —El inspector Morales se asomaba curioso al contenido de su bolsa.

—Un alcahuete de delincuentes, en eso es lo que usted ha quedado, compañero Artemio —le recriminó con tristeza doña Sofía.

En la bolsa había una taza, una gorra, una camiseta y un abridor de botellas magnético, todos con el emblema del Sea Cloud, además de un libro, ilustrado con fotos a colores del barco. Pero lo que

pesaba era una botella de ron Matusalem. La bolsa del intendente Oreamuno pesaba aún más, porque contenía dos botellas.

—Supongo que va a informarle al intendente Oreamuno la decisión que tomó de disponer de la cadena de oro que sujetaba el maletín de Soto —dijo Lord Dixon.

—¿Me andás espiando? —lo enfrentó el inspector Morales.

—La cadena, y también la pulsera que la sujetaba a la muñeca —dijo Lord Dixon.

—Qué costumbre la tuya la de meterte en lo que no te importa —el inspector Morales buscó apretar el paso.

—Adiviné sus intenciones desde que preguntó por la camarera hondureña para despedirse de ella —dijo Lord Dixon.

—Con lo que le den por todo ese oro le ajusta para comprar el pasaje aéreo de su hijo Franklin, y así lo libra de que lo recluten los mareros de su barrio —respondió con fastidio el inspector Morales.

—No le conocía esa vena justiciera a costillas de lo ajeno, camarada —dijo Lord Dixon—. La cadena y el brazalete deberían haber sido inventariados en el acta judicial, conforme la ley.

—Vos también ves demasiadas películas de Cannon —el inspector Morales hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No le hagás caso, amor, actuaste bien, es un acto de caridad con una madre angustiada —dijo la Fanny. Era una voz melodiosa que se llevaba el viento.

—¿También se va a callar que dispuso quedarse con la pistola incautada a Tribilín? —dijo Lord Dixon.

—¿Me vas a denunciar? —el inspector Morales se detuvo para enfrentarlo.

—Tranquilo, brother, conmigo siempre puede contar. Y bébase a mi salud su botella de Matusalem, pero con juicio y calma, no vaya a ser la cirrosis —dijo Lord Dixon, antes de desvanecerse entre los resplandores del amanecer.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Sergio Ramírez, representado por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: GettyImages / Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87846-88-6

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Su obra refleja la viveza de la vida cotidiana convirtiendo la realidad en una obra de arte con excepcional altura literaria».
JURADO DEL PREMIO CERVANTES



Exiliado en Costa Rica, el inspector Dolores Morales sobrevive junto a doña Sofía lejos de Managua, hasta que un caso los desafía de nuevo. A bordo del Sea Cloud, un velero de lujo marcado por una historia turbia, aparece muerto un empresario al que ambos conocen demasiado bien. La investigación del asesinato abre enseguida un camino peligroso: el de una red de lealtades rotas, intereses económicos y vínculos que afloran desde el pasado y siguen actuando más allá de cualquier frontera.

Después de *El cielo llora por mí, Ya nadie llora por mí* y Tongolele no sabía bailar, Sergio Ramírez amplía una de las series negras más singulares de la literatura en español. *La maldición de Ramfis* traza una intriga en la que el crimen convive con el exilio, la corrupción, la violencia y la impunidad. Entre indicios, humor y cuentas pendientes, construye una tensa ficción que confirma la fuerza literaria de un autor capaz de dotar a la novela policial de una densidad humana, histórica y política poco frecuente.

Sobre Sergio Ramírez

Sergio Ramírez (Masatepe, Nicaragua, 1942). Premio Cervantes 2017, forma parte de la generación de escritores latinoamericanos que surgió después del Boom. Tras un largo exilio voluntario en Costa Rica y Alemania, abandonó por un tiempo su carrera literaria para incorporarse a la revolución sandinista que derrocó la dictadura del último Somoza. Ganador del Premio Alfaguara de novela 1998 con *Margarita, está linda la mar*, galardonada también con el Premio Latinoamericano de novela José María Arguedas, es además autor de las novelas *Castigo divino* (1988, Premio Dashiell Hammett), *Un baile de máscaras* (1995, Premio Laure Bataillon en Francia), *Sombras nada más* (2002), *Mil y una muertes*(2005), *La fugitiva* (2011), *Sara* (2015), la trilogía protagonizada por el inspector Dolores Morales —formada por *El cielo llora por mí* (2008), *Ya nadie llora por mí* (2017) y *Tongolele no sabía bailar* (2021)— y *El caballo dorado* (2024). Entre sus obras figuran también los volúmenes de cuentos *Catalina y Catalina* 2001), *El reino animal* (2007), *Flores oscuras* (2013) y *Ese día cayó en domingo* (2022); el ensayo sobre la creación literaria *Mentiras verdaderas* (2001), y sus memorias de la revolución, *Adiós muchachos* (1999). Además de los citados, en 2011 recibió en Chile el Premio José Donoso por el conjunto de su obra literaria, en 2014 el Premio Carlos Fuentes, en 2021 la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes y en 2023 el Premio Festival Eñe. En 2021 el Grupo de Diarios América (GDA) lo escogió como el personaje latinoamericano del año por su activa defensa de la libertad de expresión y de la democracia en su país.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La maldición de Ramfis
Dedicatoria
Citas
Wikipedia. Dolores Morales
Introducción
1. El Sea Cloud a la vista
2. La sangre y la desgracia
3. Un admirador rendido del detective Cannon
4. Viejos conocidos
5. Happy Birthday
6. Agravios de una vieja amante
7. La energía de los volcanes
8. Burbujas doradas
9. La palabra Ouagadougou
10. El cordial graduado de Penn State
11. Cien años de perdón
12. Un cold lunch decepcionante
13. Ciertos manejos fraudulentos
14. Confesión inesperada
15. Una trampa para incautos
16. Transcripción fiel y fehaciente
Epílogo
    Cita
    Epílogo
Créditos
Sobre este libro
Sobre Sergio Ramírez

Contenido

1. La maldición de Ramfis
2. Dedicatoria
3. Citas
4. Wikipedia: Dolores Morales
5. Introducción
6. 1. El Sea Cloud a la vista
7. 2. La sangre y la desgracia
8. 3. Un admirador rendido del detective Cannon
9. 4. Viejos conocidos
10. 5. Happy Birthday
11. 6. Agravios de una vieja amante
12. 7. La energía de los volcanes
13. 8. Burbujas doradas
14. 9. La palabra Ouagadougou
15. 10. El cordial graduado de Penn State
16. 11. Cien años de perdón
17. 12. Un cold lunch decepcionante
18. 13. Ciertos manejos fraudulentos
19. 14. Confesión inesperada
20. 15. Una trampa para incautos
21. 16. Transcripción fiel y fehaciente
22. Epílogo
23. Cita
24. Epílogo
25. Créditos
26. Sobre este libro
27. Sobre Sergio Ramírez

Puntos de referencia

1. Portada

2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. Cita
5. Wikipedia: Dolores Morales
6. Introduccion
7. 1. El Sea Cloud a la vista
8. 2. La sangre y la desgracia
9. 3. Un admirador rendido del detective Cannon
10. 4. Viejos conocidos
11. 5. Happy Birthday
12. 6. Agravios de una vieja amante
13. 7. La energía de los volcanes
14. 8. Burbujas doradas
15. 9. La palabra Ouagadougou
16. 10. El cordial graduado de Penn State
17. 11. Cien años de perdón
18. 12. Un cold lunch decepcionante
19. 13. Ciertos manejos fraudulentos
20. 14. Confesión inesperada
21. 15. Una trampa para incautos
22. 16. Transcripción fiel y fehaciente
23. Epilogo
24. Creditos
25. Sobre este libro
26. Sobre el Sergio Ramírez
27. Indice